ENZO Y LORETTA
SALVADOR RANGEL ABUD

ENZO Y LORETTA

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Enzo Aponte lo tiene todo. Es multimillonario, una villa sobre el golfo de Nápoles con el Vesubio al fondo, y cinco amigos que llevan años diciéndole que su único problema real es él mismo. Lo que Enzo no tiene, y lo que lleva demasiado tiempo convencido de que no puede tener, es a alguien que lo quiera por lo que es y no por lo que representa.

Loretta Ferrigno vive en Florencia, trabaja en una librería de arte y tiene la honestidad específica de quien ha aprendido que las cosas valen lo que valen y que confundirlo con lo que cuestan es el error más frecuente y el más caro.

Un verano en Antibes. Una botella de Barolo. Una apuesta de veinticinco millones de euros entre amigos.

Y un año en una villa napolitana donde nada sale exactamente como ninguno de los dos esperaba, pero donde el intercomunicador falla en el momento menos oportuno, la tormenta cierra la carretera en Positano, y un olivo joven al que le quedan dos años para dar sus primeras aceitunas resulta ser la mejor metáfora disponible para todo lo que importa.

Una comedia romántica italiana sobre la diferencia entre el precio que tienen las cosas y el valor que merecen.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela es una comedia romántica ligera. No contiene violencia, lenguaje ofensivo ni situaciones adultas explícitas. Aborda con humor y ternura las dinámicas del amor, la amistad, la lealtad y la honestidad en el contexto de una clase social acomodada italiana. Algunas situaciones de comedia involucran malentendidos y circunstancias comprometidas que se resuelven siempre con gracia y sin daño a ninguno de los personajes.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Ha publicado más de doscientas dos novelas. Contacto: wrangel.1352@gmail.com

---

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Enzo y Loretta

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Comedia romántica contemporánea

Ambientación: Nápoles, Florencia, Positano y la costa amalfitana, Italia, 2024

Estructura: Prólogo, quince capítulos y epílogo

Extensión aproximada: Novela de extensión completa

Idioma: Español

Licencia: CC BY-NC-ND 4.0

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta sencilla: ¿qué ocurre cuando alguien que tiene todo decide que la única cosa que no puede tener es exactamente la que más necesita? Y de una segunda pregunta, igualmente sencilla: ¿qué ocurre cuando la persona que puede dársela no lo sabe todavía? Las comedias románticas existen porque esas preguntas no tienen respuesta simple, y porque el camino hacia la respuesta, con todos sus malentendidos y sus tormentas y sus intercomunicadores que nadie ha aprendido a usar correctamente, es donde la historia vive. Enzo y Loretta son dos personas ordinarias en una situación extraordinaria que terminan descubriendo que lo extraordinario de la situación importa menos de lo que parecía y que lo ordinario de las personas importa más. Eso, en el fondo, es todo lo que una historia de amor necesita ser.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Se permite la reproducción y distribución no comercial siempre que se cite al autor y no se realicen modificaciones a la obra.

PALABRAS CLAVE

Comedia romántica, amor contemporáneo, Italia, Nápoles, Florencia, multimillonario, apuesta, honestidad, identidad, clase social, amistad masculina, personajes secundarios, vida doméstica, costa amalfitana, MSC, naviera

---

TEMAS PRINCIPALES

La diferencia entre el valor que tienen las cosas y el precio que se les pone. La honestidad como forma de estar en el mundo y no como rasgo ocasional. La amistad entre hombres como motor de las decisiones más importantes de sus vidas. El amor que se construye en lo cotidiano y no en los gestos extraordinarios. La función de los personajes secundarios como coro que ve lo que los protagonistas tardan en ver. La dificultad específica

de ser amado cuando uno representa algo que supera a la persona. La valentía de dejarse conocer antes de protegerse.

CITAS DESTACADAS

"La apuesta era simple. Lo que ninguno de los dos calculó es que las apuestas bien hechas producen consecuencias que superan sus términos."

"No te lo digo como insulto. Eres raro."

"Las situaciones simples no necesitan ese nombre."

"Las naranjas de Nápoles, entonces."

"Las conversaciones importantes se anuncian antes de que ocurran. El que sabe escuchar las escucha llegar."

"No la casa. No la galería. Eso."

COMPARACIONES LITERARIAS

Enzo y Loretta comparte con las novelas de Rosamunde Pilcher el gusto por los interiores domésticos como escenario emocional y por los personajes secundarios que dicen la verdad antes que los protagonistas. Con las comedias de situación de la tradición italiana cinematográfica, particularmente las de Mario Monicelli, comparte el tono que mezcla la ironía con la ternura sin que ninguna de las dos invalide a la otra. Y con la mejor tradición de la comedia romántica anglosajona, de Jane Austen a Bridget Jones, comparte la convicción de que el amor verdadero requiere siempre que alguien aprenda algo sobre sí mismo antes de poder reconocerlo en el otro.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿Es ético lo que hizo Piero, aunque los resultados hayan sido buenos? ¿La honestidad de Loretta habría funcionado igual si hubiera sabido desde el principio todos los detalles de la apuesta? ¿Cuál de los personajes secundarios de la villa dice la verdad más importante de la novela, y en qué momento? ¿Por qué la tormenta de Positano funciona como punto de inflexión emocional aunque en ella no ocurra nada declarado? ¿Qué dice sobre Enzo el hecho de que su personal lo conozca mejor que él mismo? ¿Habría funcionado la apuesta si Loretta hubiera sido diferente, o si Enzo hubiera sido diferente, o si Piero hubiera sido diferente?

CÓMO CITAR

Rangel Abud, Salvador. *Enzo y Loretta*. México, 2025. Licencia CC BY-NC-ND 4.0.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de doscientas dos novelas publicadas, entre las que se encuentran *El último rojo del Soviet*, *Una España siempre en llamas*, *Las voces de la razón*, *La sangre del norte*, *La república que pudo haberse sembrado*, *Esto es lo que hicimos de México*, *Oro viejo*, *Tormenta de arena en el Hotel Al-Rashid*, *Un intruso en la red* y *Aquiles, el señor de los barcos negros*, entre otras.

MENSAJE FINAL

Enzo y Loretta es una novela sobre el momento en que uno deja de buscar lo que cree que necesita y empieza a ver lo que tiene delante. Ese momento no siempre llega con fanfarria. A veces llega con un intercomunicador activado por error, con una taza de café que tiene la canela en el lugar correcto, con una tormenta que cierra la carretera y obliga a quedarse exactamente donde hace falta quedarse. A veces llega cuando alguien se queda quieto en la oscuridad sin ningún impulso de moverse, y eso resulta ser la información más importante del año. Y a veces llega cuando un olivo joven al que le quedan dos años para dar sus primeras aceitunas le recuerda a uno que las cosas que merecen la espera siempre tienen su momento. Esta novela cree en eso. Y cree también que Piero tenía razón desde el principio, aunque la manera en que tenía razón fuera cuestionable. Que no siempre son lo mismo.

ÍNDICE

Prólogo: La apuesta de Antibes
Capítulo 1: Loretta Ferrigno, de Florencia
Capítulo 2: La villa del golfo
Capítulo 3: El protocolo del baño y otras negociaciones
Capítulo 4: Los amigos llegan a Nápoles
Capítulo 5: La agenda social de un multimillonario
Capítulo 6: Lo que Loretta no sabe todavía
Capítulo 7: La pregunta que no se hace
Capítulo 8: Piero empieza a preocuparse
Capítulo 9: La tormenta de Positano
Capítulo 10: Lo que Giuseppina sabe
Capítulo 11: La verdad, por partes
Capítulo 12: Enzo sabe que Loretta sabe
Capítulo 13: Los amigos y la galería de arte
Capítulo 14: La Signora Alexa opina
Capítulo 15: El año termina
Epílogo: Piero y la galería de arte

ENZO **Y LORETTA**

Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

La apuesta de Antibes

Antibes, verano de 2024

Hay ciudades en el mundo que tienen la virtud de hacer que todo parezca posible, no porque en ellas las cosas sean más posibles que en cualquier otro lugar, sino porque la combinación específica de luz, clima, arquitectura y la clase de personas que las frecuentan produce en quien las habita durante el verano una suspensión temporal del escepticismo que en otros contextos sería imprudente pero que en Antibes resulta simplemente agradable.

El restaurante Le Provençal, instalado en una terraza con vista al golfo desde 1962 y que había sobrevivido a cuatro décadas de modas gastronómicas sin modificar sustancialmente ni el menú ni el ángulo desde el que el sol caía sobre las mesas a las nueve de la noche, era exactamente el tipo de lugar donde ese efecto alcanzaba su máxima expresión.

Enzo Aponte lo sabía, porque había estado en ese restaurante suficientes veces como para reconocer el mecanismo, y sin embargo seguía volviendo cada verano porque saberse víctima de un efecto no lo protege a uno de él. Esa noche de julio, con sus cuatro amigos más cercanos, el segundo Barolo descorchado y el Mediterráneo haciendo lo que el Mediterráneo hace cuando uno se lo mira desde una terraza con la guardia bajada por la hora y el vino, Enzo estaba siendo víctima del efecto con la inconsciencia específica del que lleva suficiente tiempo en un lugar agradable como para haber dejado de notarlo.

Tenía treinta años y era, según Forbes, una de las veinte personas más ricas de Europa. Era también, según sus propios criterios, alguien que llevaba demasiado tiempo sin dormir bien.

Esas dos realidades coexistían en él con la incomodidad que producen las cosas que no deberían tener que coexistir pero que la vida, con su habitual indiferencia hacia la conveniencia narrativa, empujaba a compartir el mismo espacio.

La Mediterranean Shipping Company había nacido en Nápoles en 1970, cuando Gian Paolo Aponte, capitán de barco con veintiocho años y una convicción que superaba con creces su capital disponible, y su esposa Rafaela, que tenía veintiséis años y la clase de inteligencia práctica que no aparece en ningún currículum pero que es la diferencia entre una empresa que sobrevive y una que no, pusieron todo lo que tenían en un solo barco que hacía la ruta entre el Mediterráneo y América del Sur.

No tenían capital para el seguro completo. No tenían experiencia en los negocios a esa escala. Tenían, en cambio, algo que ningún banco podía otorgar: la convicción de que el mundo necesitaba personas dispuestas a mover cosas de un lugar a otro con más eficiencia de la que el mundo tenía disponible.

Cincuenta y cuatro años después, la MSC era la naviera de contenedores más grande del mundo. Más de novecientos buques. Terminales portuarias en cuarenta países a través de Terminal Investment Limited. Una división logística terrestre y aérea que operaba bajo el nombre MEDLOG y MSC Air Cargo. El segundo operador de cruceros del Mediterráneo. Una red de líneas de ferris que conectaba los puertos italianos y mediterráneos bajo las marcas GNV y SNAV. Forbes la valoraba en noventa mil millones de euros y la describía como uno de los ejemplos más notables de construcción de riqueza familiar en el siglo veinte.

Lo que Forbes no escribía, porque no era el tipo de historia que Forbes contaba, era que Gian Paolo y Rafaela Aponte habían muerto en enero de 2022 cuando su avión privado desapareció en los Cárpatos durante una tormenta de nieve. Los rescatadores tardaron tres días en encontrar los restos.

Los abogados tardaron tres meses en completar el proceso de transferencia de la herencia. Y Enzo Aponte, hijo único de treinta años, tardó algo que todavía no había terminado de tardar en procesar que los dos seres humanos que más había querido en el mundo ya no estaban en él.

Sus padres le habían enseñado dos cosas que no siempre se enseñan juntas y que por tanto raramente se aprenden juntas: que la riqueza era una responsabilidad antes que un privilegio, y que la responsabilidad sin calidez humana era simplemente trabajo. Enzo había integrado ambas lecciones con la eficiencia del estudiante que entiende que sus maestros tenían razón aunque en ese momento le cueste admitirlo.

Presidía la MSC con una competencia que sus directores, muchos de ellos hombres que le doblaban la edad, habían aprendido a respetar. No porque se lo hubiera impuesto mediante la autoridad que su posición le daba, sino porque había llegado a las reuniones de directorio preparado, había escuchado más de lo que había hablado durante el primer año, y había tomado decisiones que con el tiempo habían demostrado ser las correctas.

Era, en el vocabulario que los periodistas de sociedad usaban cuando escribían sobre él y que a Enzo producía una mezcla de vergüenza y diversión, uno de los solteros más codiciados de Europa. Era también, en el vocabulario que Enzo usaba cuando hablaba consigo mismo en las noches que no dormía bien, alguien que llevaba años sin encontrar a nadie que lo viera antes de ver lo que él representaba.

Sus amigos lo conocían desde antes de que representara nada. Ese era, quizás, el único privilegio de la riqueza heredada que Enzo valoraba sin ambigüedades: que los amigos que tenía los había hecho cuando todavía era el hijo del capitán Aponte y no el presidente de la MSC, y que esa diferencia cronológica les daba una autoridad sobre él que ningún directivo de su empresa o ninguna relación posterior podría tener.

Edoardo Visconti tenía treinta y dos años y el apellido más cargado de historia de todos los presentes en esa mesa, lo cual era un peso que llevaba con la ligereza ostentosa del que ha decidido que la mejor manera de manejar una herencia que no eligió es usarla como material cómico antes de que los demás lo hagan. Era el provocador nato del grupo, el que formulaba las preguntas que los demás pensaban pero que la educación o la prudencia les impedía decir en voz alta, y que luego se desentendía de las consecuencias de haberlas formulado con la inmunidad del que ha aprendido que sembrar el caos y mantenerse al margen de sus consecuencias es una forma de entretenimiento que no requiere inversión significativa.

Era también, aunque esto lo admitía únicamente después del tercer vino, el más sentimental de los cinco: había tenido tres relaciones en cinco años, cada una terminada por razones que él describía como incompatibilidad de caracteres y que sus amigos describían, con más precisión y menos diplomacia, como el miedo específico de alguien que se acerca al compromiso y luego encuentra una razón plausible para retroceder.

Paolo Ferretti era el más callado y el más observador, lo cual en el contexto de ese grupo significaba que hablaba cuando tenía algo que decir y que lo que decía merecía la atención que sus silencios previos habían acumulado. Venía de una familia de industriales del norte que había construido su fortuna en la manufactura textil y que por tanto tenía una relación con el dinero que era simultáneamente más pragmática y más ansiosa que la de los otros cuatro: más pragmática porque el dinero en su familia había sido siempre un instrumento de trabajo antes que un resultado, y más ansiosa porque había visto de cerca lo que pasa cuando ese instrumento falla.

Trabajaba en la gestión del patrimonio familiar con la sobriedad del que ha elegido el campo que le corresponde por razón y no por pasión, y compensaba esa sobriedad laboral con una vida privada de la que sus amigos sabían menos de lo que habrían querido saber, no porque Paolo fuera muy discreto, sino porque era selectivo de una manera que producía en los demás la sensación de que siempre había una capa adicional que no habían alcanzado todavía.

Ugo Barone era la razón por la que ese grupo de cinco hombres distintos y a veces incompatibles funcionaba como grupo: tenía la capacidad específica de hacer que las situaciones tensas se volvieran manejables sin disolver la tensión que las hacía importantes, lo cual es un talento tan raro como infravalorado. Su familia tenía hoteles en toda la costa amalfitana y parte de Sicilia, y él administraba los de segunda generación con la facilidad del que ha crecido entendiendo que la hospitalidad no es un servicio sino una disposición.

Era el que tenía la risa más fácil del grupo, el que abrazaba a los demás sin que nadie le hubiera pedido que lo hiciera, y el que en los momentos difíciles decía las cosas más sencillas de la manera más directa porque había aprendido que la complejidad verbal en los momentos difíciles era una forma de evasión disfrazada de profundidad.

Y luego estaba Piero Castellani.

Piero tenía treinta y uno años y poseía, entre otras cosas, una galería de arte en Florencia que había heredado de su abuelo materno junto con el ojo y el criterio necesarios para que no fuera simplemente un espacio con cuadros en las paredes sino un lugar donde ocurrían cosas. Era el más reflexivo de los cinco, el que pensaba las cosas antes de decirlas con una consistencia que a veces resultaba exasperante en los contextos donde la velocidad importaba y que en los contextos donde la velocidad no importaba producía las observaciones más útiles de la mesa.

Conocía a Enzo desde los dieciséis años, cuando ambos habían coincidido en el internado suizo donde sus respectivos padres habían decidido que un año de educación en el exterior les vendría bien, y en ese año había aprendido sobre Enzo lo que las personas que lo conocían superficialmente tardaban años en aprender: que detrás de la competencia y de la confianza que el rol de heredero de la MSC requería proyectar había un hombre que necesitaba que lo conocieran antes de que lo necesitaran, y que esa necesidad, por no haberla nombrado nunca, se había convertido en el obstáculo más consistente de su vida privada.

En esa terraza de Antibes, con el segundo Barolo y el Mediterráneo y la hora que producía en todos ellos esa suspensión del escepticismo que la ciudad facilitaba, Piero estaba escuchando a Enzo explicar por tercera vez en la velada por qué el amor no estaba disponible para alguien en su posición, y estaba llegando a una conclusión.

La conversación había empezado, como empiezan las conversaciones importantes en esas circunstancias, sin que nadie pudiera señalar el momento exacto en que la cena se había convertido en algo más que una cena.

—El problema de Enzo —dijo Edoardo, con la impunidad del que sabe que en esa mesa no hay consecuencias para lo que se dice pero sí para lo que no se dice— es que ha decidido que el amor no existe para él. No por convicción filosófica. Por comodidad.

—El problema de Enzo —lo corrigió Ugo, que había estado hasta ese momento más interesado en el pan de aceitunas que en la discusión pero que cuando hablaba solía acertar— es que cree que el dinero lo hace invisible como persona. Que la gente lo ve y solo ve los noventa mil millones.

—Es que lo ven —dijo Enzo, con la calma del hombre que ha tenido esta conversación suficientes veces como para haberla perfeccionado hasta convertirla en un argumento impenetrable.

—No todos —dijo Piero.

—Dame un ejemplo.

—Dame una oportunidad de dártelo —dijo Piero— y te doy algo mejor que un ejemplo.

El silencio que siguió tenía la calidad específica de los silencios que preceden a las ideas que en ese momento parecen extraordinariamente buenas y que a la mañana siguiente, sin el Barolo, pueden parecer razonables, cuestionables o directamente disparatadas dependiendo de cómo hayan evolucionado las circunstancias.

Lo que Piero propuso era, con el vino en el nivel en que estaba, absolutamente razonable: él conocía a una joven florentina, hija de la mujer que cuidaba su galería de arte, que era exactamente el tipo de persona que Enzo decía que no podía existir. Honesta de una manera que no era ingenuidad sino carácter formado por las circunstancias. Inteligente sin el tipo de ambición que busca atajos. Capaz de ver a las personas como lo que son antes de ver lo que tienen, porque había crecido en un mundo donde lo que las personas tenían no era algo que cambiara el valor de lo que eran.

La apuesta que siguió fue construyéndose sobre la mesa con la lógica acumulativa de las apuestas que surgen entre personas que se conocen bien: cada condición que Piero añadía era respondida por una contraoferta de Enzo que refinaba los términos hasta que lo que quedaba era algo que tenía la estructura de un experimento social y el alma de una esperanza disfrazada de cinismo.

Los términos finales: Piero contrataría a la joven, de nombre Loretta, como asistente personal de Enzo para su villa de Nápoles durante un año. Le revelaría que hay un hombre rico que ha tenido experiencias difíciles con

personas interesadas en su dinero, pero no le revelaría la escala exacta de esa riqueza durante los primeros meses. Le diría también que existe una apuesta, sin los detalles completos, porque Piero era demasiado honesto para construir algo completamente sobre una mentira pero demasiado estratégico para revelar todo antes de que la situación lo requiriera. Si al cabo del año Loretta se había enamorado del hombre sin haber perseguido al millonario, Piero ganaba la casa de Enzo en Suiza, valorada en veinticinco millones de euros, contra su galería de arte en Florencia. Si la situación no producía ese resultado, Enzo ganaba.

—¿Y si ella se va antes de que termine el año? —dijo Paolo, que había escuchado todo sin decir nada y que cuando finalmente hablaba lo hacía con la precisión del que ha estado pensando mientras los demás hablaban.

—Entonces no hay apuesta —dijo Piero—. Y yo me quedo con la certeza de que tenía razón y Enzo se queda con la duda de si la tenía.

Enzo lo miró durante un momento.

—Eso es trampa.

—Es persuasión —dijo Piero—. Hay una diferencia.

Ugo levantó su copa. Edoardo sonrió con la expresión del que anticipa que algo entretenido está a punto de ocurrir y que está dispuesto a esperar el tiempo que haga falta para presenciarlo. Paolo miró a Piero con algo que podría haber sido aprobación o podría haber sido la reserva de quien ha comprendido que la situación es más complicada de lo que la mesa está reconociendo en ese momento.

Enzo firmó la apuesta metafóricamente, que es la única manera en que se firman las apuestas que se hacen en terrazas mediterráneas con el Barolo terminándose y el golfo de Antibes abajo, y pensó que había aceptado el desafío más imposible de su vida.

No sabía que tenía razón, aunque no de la manera que imaginaba.

A cuatrocientos kilómetros de esa terraza, en el barrio florentino de Santa Croce, Loretta Ferrigno no sabía nada de nada todavía.

Tenía veintiocho años y llevaba esa tarde cerrada en la galería de Piero, donde trabajaba su madre, revisando el catálogo de una exposición de grabados del siglo diecinueve que debía estar listo para el viernes. No era su trabajo exactamente, porque su trabajo era en una tienda de libros de arte en la Via dei Fossi, pero su madre llevaba dos días con un resfriado que no cedía y Loretta había decidido que cubrir esa tarde era lo más sencillo disponible.

Era el tipo de decisión que Loretta tomaba con la regularidad silenciosa de las personas que han aprendido que la vida que uno construye se hace tanto de las decisiones grandes como de los cientos de decisiones pequeñas que determinan el carácter de los días ordinarios. Había crecido aprendiendo eso: no de un libro ni de ninguna persona que se lo hubiera formulado explícitamente, sino de observar a su madre construir una vida

digna y satisfactoria con los materiales que tenía disponibles, que no siempre eran los más abundantes pero que siempre eran suficientes cuando se usaban con inteligencia.

La Signora Alexa Ferrigno era, a sus cincuenta y cuatro años, una mujer que el tiempo había trabajado con respeto. Había tenido a Loretta con veinticuatro años y la había criado sola desde los veintiocho, cuando el padre de Loretta decidió que la vida familiar era menos interesante que las alternativas que se presentaban.

No lo había dicho así, naturalmente: lo había dicho con la retórica del que busca crecimiento personal y nuevos horizontes, que era la versión que en esa época se usaba para describir lo que en otras épocas se habría descrito simplemente como irse.

La Signora Alexa había procesado ese abandono con la eficiencia de quien tiene una hija de dos años y no puede permitirse el lujo de que el procesamiento dure demasiado, y había construido desde ese punto una vida que veintiocho años después era reconociblemente suya en cada detalle.

Administraba la galería de Piero desde hacía doce años con la competencia silenciosa de quien ha aprendido que los mejores gestores son los que hacen que todo parezca sencillo precisamente porque han trabajado para que lo sea. Conocía cada obra del catálogo, cada artista de la cartera, cada cliente de la lista con la memoria específica de quien trata las cosas importantes con la atención que merecen. Piero le pagaba bien porque sabía que perderla habría sido perder más de lo que ningún sueldo podía cuantificar.

Lo que la Signora Alexa tenía, y que Loretta había heredado en la medida en que esas cosas se heredan, era una manera de mirar el mundo que era simultáneamente realista y generosa: realista porque había aprendido que las cosas son como son y que pretender que son diferentes consume energía que podría usarse en otra parte, y generosa porque había decidido, en algún momento de los años de crianza sola que había requerido esa decisión como condición de supervivencia emocional, que el mundo merecía el beneficio de la duda hasta que demostrara que no lo merecía.

Loretta había crecido con ese par de cualidades instaladas tan profundamente que ya no sabía distinguirlas de sí misma. Era realista con la misma naturalidad con que era generosa, y las dos cosas juntas producían en quien la conocía la impresión de alguien que es completamente lo que parece, lo cual en un mundo donde la mayoría de las personas administran cuidadosamente la diferencia entre lo que son y lo que parecen resultaba de una rareza que podía confundirse con ingenuidad pero que no lo era.

Había estudiado dos años de Historia del Arte en la Universidad de Florencia antes de que el dinero disponible para esa opción se terminara, y en esos dos años había aprendido suficiente para que la educación formal

que se interrumpió fuera sustituida por la educación informal de quien vive rodeado de arte y que tiene el ojo y la curiosidad necesarios para seguir aprendiendo sin que nadie le marque el programa.

Trabajaba en la librería de arte con la satisfacción moderada de quien ha encontrado el lugar donde sus capacidades encajan con lo que se le pide, aunque las capacidades superaran ligeramente lo que se le pedía. Ganaba lo suficiente para vivir con independencia, para ayudar a su madre ocasionalmente y para ahorrar una cantidad que cada mes le parecía simultáneamente satisfactoria, aunque insuficiente.

No era infeliz. Era algo más matizado que eso: era alguien que había construido una vida satisfactoria dentro de los márgenes disponibles y que sabía que esos márgenes podían ser más amplios sin saber exactamente cómo hacer que lo fueran de la manera que le parecía correcta.

Esa tarde, revisando el catálogo de grabados en la galería de Piero, no sabía que al día siguiente Piero vendría a hablar con ella sobre un trabajo que cambiaría el año siguiente de su vida de maneras que ninguno de los dos podía anticipar completamente. Estaba pensando en si el orden de las obras en el catálogo debería ser cronológico o temático, y había llegado a la conclusión de que temático era más interesante aunque cronológico fuera más convencional, y estaba escribiendo esa recomendación en un papel cuando sonó su teléfono.

Era su madre, que preguntaba si podía cerrar ella la galería porque la fiebre todavía no había bajado del todo.

Loretta dijo que sí, por supuesto, y siguió con el catálogo.

Era exactamente el tipo de persona que Piero había descrito en la terraza de Antibes: alguien que hacía lo que correspondía hacer sin convertirlo en un favor que cobrar después.

Piero lo había sabido. Lo que todavía no sabía, sentado en ese avión de regreso a Florencia con los términos de la apuesta firmados metafóricamente y el plan formándose en su cabeza, era si la persona que era Loretta Ferrigno sería suficiente para hacer que la persona que era Enzo Aponte recordara finalmente lo que había olvidado: que las personas reales existen, que merecen ser buscadas, y que encontrarlas requiere estar dispuesto a que te encuentren.

Era una apuesta grande.

Piero pensó que valía la pena hacerla.

Y el Mediterráneo, afuera de la ventanilla del avión, siguió siendo el Mediterráneo: indiferente y hermoso y completamente ajeno a los planes de los seres humanos que lo sobrevolaban con sus apuestas y sus esperanzas y sus miedos disfrazados de cinismo.

Como siempre había sido.

Como siempre sería.

CAPÍTULO 1

Loretta Ferrigno, de Florencia

Florencia — La propuesta de Piero

Piero Castellani llegó a la galería de la Via dei Servi a las once de la mañana del martes siguiente con el pretexto de revisar unas obras que tenía en depósito y con la realidad de que llevaba cuatro días pensando en cómo empezar una conversación que no tenía un comienzo obvio. Era un hombre que pensaba las cosas antes de decirlas, lo cual era un rasgo valioso en la mayoría de los contextos y un obstáculo considerable en los que requerían improvisación. Este no era exactamente ninguno de los dos: era una conversación que había pensado suficientemente como para saber lo que quería decir pero que dependía de variables que no controlaba completamente, lo cual producía en él una incomodidad que la mayor parte de las personas no habrían detectado pero que la Signora Alexa detectó en cuanto él abrió la puerta.

—Buongiorno, Piero —dijo ella, sin levantar la vista del inventario que estaba revisando—. Las obras de Moretti están en el almacén del fondo. Y si vienes a decirme algo que te cuesta decir, mejor siéntate primero y toma un café.

Piero se detuvo en el umbral.

—¿Tan obvio soy?

—Llevas viniendo a esta galería doce años —dijo la Signora Alexa, levantando por fin la vista con una expresión que era simultáneamente amable y completamente desprovista de condescendencia—. Cuando vienes a revisar obras, entras directo al almacén. Cuando vienes a decir algo, te quedas en la puerta como si el suelo pudiera moverse.

Piero entró, se sentó en la silla que había frente al escritorio de la Signora Alexa y aceptó el café que ella preparó con la eficiencia de quien ha repetido ese gesto miles de veces sin que se haya vuelto automático, porque la Signora Alexa era de las personas que hacen las cosas pequeñas con la misma atención que las grandes.

—No es para ti —dijo Piero—. Es para Loretta. Si ella acepta.

La Signora Alexa dejó su propia taza sobre el escritorio con la delicadeza de quien está comprando tiempo para pensar.

—¿Qué tipo de propuesta?

—Una de trabajo —dijo Piero—. Un año. Bien pagada. En Nápoles.

—¿Haciendo qué?

—Asistente personal de alguien que conozco —dijo Piero—. Administrar una villa, coordinar el personal, acompañarlo en su vida cotidiana. No es una posición complicada en términos técnicos. Es complicada en otros términos.

La Signora Alexa lo miró durante un momento con esa atención específica que tiene para las cosas que no se están diciendo completamente.

—¿Cuánto de lo que no me estás diciendo tengo que saber antes de dejarte hablar con mi hija?

—Lo suficiente para que sepas que no te estoy mintiendo —dijo Piero—. Y lo suficiente para que confíes en que el resto es manejable.

—Eso es una respuesta muy elegante para decir que hay cosas que no me vas a decir.

—Sí —admitió Piero—. Pero es una respuesta honesta.

La Signora Alexa permaneció en silencio durante un momento que Piero, que la conocía lo suficiente como para respetar ese tipo de silencios, no intentó llenar.

—Loretta está en la librería hasta las dos —dijo finalmente—. Si quieres esperarla aquí, tienes las obras de Moretti para entretenerte.

Piero esperó.

Loretta llegó a las dos y cuarto con una bolsa de papel de la rosticería de la esquina y la expresión de alguien que ha tenido una mañana satisfactoria y que planea hacer de la pausa del mediodía algo igualmente satisfactorio. Cuando vio a Piero sentado en la silla del almacén con una libreta sobre las rodillas y el lápiz en la mano, su primera reacción fue la sorpresa de quien no esperaba visita, y su segunda fue la mirada rápida hacia su madre que encontró respondida con una expresión que era difícil de interpretar pero que en el vocabulario privado entre ellas dos significaba algo del tipo: hay algo que escuchar, escucha primero y pregunta después.

—Piero —dijo Loretta—. No sabía que venías hoy.

—Nadie lo sabía —dijo Piero, cerrando la libreta con la tranquilidad del que no tiene prisa—. ¿Tienes tiempo para comer y hablar?

Loretta miró la bolsa de papel en su mano.

—Tengo tiempo para comer —dijo—. Lo de hablar depende de lo que tengas que decir.

—Es justo —dijo Piero.

Comieron en el pequeño patio interior de la galería, bajo la parra que la Signora Alexa había plantado hacía diez años y que había crecido con la determinación específica de las plantas que han encontrado el lugar donde quieren estar. La Signora Alexa se había retirado discretamente al interior, que era su manera de darle espacio a su hija sin desaparecer del todo, porque desaparecer del todo cuando la situación era incierta no era su estilo.

Piero explicó la propuesta con la claridad que había preparado durante cuatro días: había un hombre, amigo suyo, que necesitaba una asistente personal de confianza para su villa de Nápoles durante un año. Alguien que administrara la casa, coordinara al personal, acompañara a su empleador

en la vida cotidiana que los asistentes corporativos no cubrían. El sueldo era de cinco mil euros mensuales, más casa, manutención y todos los gastos relacionados con el trabajo. El contrato era de un año con posibilidad de renovación.

Loretta escuchó todo esto con la atención de quien está oyendo los términos de algo antes de decidir si los términos son lo único que importa.

—¿Cuál es la parte complicada? —dijo, cuando Piero hizo una pausa.

—La situación tiene una particularidad —dijo Piero—. Mi amigo ha tenido malas experiencias con personas que se acercaron a él por razones equivocadas. Por eso quiere conocer a alguien que lo conozca a él antes de conocer todo lo que él representa. Durante los primeros meses, sabrás que es rico. No sabrás exactamente cuánto.

Loretta dejó de comer y lo miró.

—¿Me estás diciendo que el trabajo implica no saber completamente para quién trabajo?

—Te estoy diciendo que el trabajo implica conocer a la persona antes que al expediente —dijo Piero—. Que es diferente.

—¿Y hay más?

—Hay más —admitió Piero—. Existe una apuesta. Entre él y yo. Él cree que no hay mujeres honestas en su mundo. Yo creo que se equivoca. La apuesta es la manera de demostrarlo.

—¿Y yo soy la prueba?

—Eres la persona que puede ser auténtica en una situación donde él no puede serlo completamente todavía —dijo Piero—. Que no es lo mismo.

Loretta lo miró durante un momento con una expresión que era difícil de leer porque contenía varias cosas simultáneamente: la evaluación de alguien que está procesando información con rapidez, la incomodidad de quien acaba de descubrir que la propuesta es más complicada de lo que parecía al principio, y algo más, quizás, que tenía que ver con la curiosidad específica que producen las situaciones que no tienen categoría clara disponible.

—¿Sabe él que yo sé que hay una apuesta? —dijo.

—Sabrá que te lo dije —dijo Piero—. Los detalles exactos los iremos manejando a medida que la situación lo permita. Lo que me importa es que tú entres a esto con ojos abiertos, no con los ojos tapados.

—Eso es más honesto de lo que esperaba —dijo Loretta.

—Intento serlo —dijo Piero—. Dentro de los límites de lo que la situación permite.

Loretta tomó su vaso de agua y bebió despacio, mirando la parra sobre ellos con la concentración de quien está pensando en algo distinto de lo

que mira. Piero la dejó pensar. Era lo que hacía cuando sabía que presionar no ayudaba.

—¿Es buena persona? —dijo Loretta finalmente.

—Es una persona —dijo Piero—. Con sus virtudes y sus defectos como cualquiera. Lo que puedo decirte es que lo conozco desde los dieciséis años y que en todo ese tiempo nunca lo he visto hacer daño a nadie deliberadamente.

—¿Y no deliberadamente?

—Ha cometido los errores que comete cualquiera que ha tenido más de lo que sabe cómo gestionar desde muy joven —dijo Piero—. Pero los ha cometido honestamente, que es la única manera de aprender de ellos.

Loretta asintió despacio.

—¿Cuánto tiempo tengo para decidir?

—El que necesites —dijo Piero—. Pero si me lo permites, te diría que pienses en ello no como en una apuesta sino como en una aventura. El peor escenario posible es que en un año tienes sesenta mil euros ahorrados y una experiencia que no ibas a tener de ninguna otra manera. El mejor escenario posible es considerablemente más interesante que eso.

—¿Cuál es el mejor escenario posible?

Piero la miró con algo que en su cara hacía las veces de sonrisa cuando quería que la sonrisa tuviera peso.

—Ese es el que todavía no sé —dijo.

Loretta pensó durante dos días. No de manera continua, porque la vida en esos dos días siguió siendo la vida con sus horarios y sus clientes y su madre que le preguntaba cada noche cómo estaba con la delicadeza específica de quien quiere saber sin presionar. Pero en los espacios que quedaban entre una cosa y otra, el pensamiento volvía a la conversación en el patio de la galería con la persistencia de las cosas que uno no ha terminado de resolver.

Lo que evaluaba no era únicamente lo que Piero le había dicho. Era también lo que no le había dicho, que en su experiencia decía tanto como lo explícito. Piero no le había mentido. Eso lo sentía con la claridad con que se siente la honestidad cuando uno ha aprendido a distinguirla de su imitación. Le había dado información incompleta, sí, pero la parcialidad era declarada y tenía una razón que ella podía entender aunque no estuviera de acuerdo con todos sus términos.

Le gustaba más eso que la alternativa.

La noche del segundo día, sentada con su madre en la cocina después de cenar, con el vino barato que compraban los viernes en la tienda de la esquina y que siempre resultaba mejor de lo que el precio prometía, Loretta le contó a la Signora Alexa todo lo que Piero le había contado a ella.

Su madre escuchó sin interrumpir, que era su manera de escuchar cuando la cosa que escuchaba merecía el espacio completo.

—¿Y tú qué sientes? —dijo la Signora Alexa cuando Loretta terminó.

—Curiosidad —dijo Loretta—. Y algo que no sé si llamar miedo o expectativa porque se parecen demasiado cuando están juntos.

—¿Y qué crees tú que te dice eso?

—Que probablemente debería ir —dijo Loretta—. Las cosas que me dan miedo y expectativa al mismo tiempo suelen ser las que vale la pena hacer.

La Signora Alexa bebió su vino con la parsimonia de quien no tiene prisa con la respuesta porque sabe que la respuesta ya está tomada y que lo que corresponde ahora no es influirla sino acompañarla.

—¿Confías en Piero? —dijo.

—Confío en que fue honesto sobre lo que no me dijo —dijo Loretta.

—Eso es más difícil que confiar simplemente —dijo la Signora Alexa—. Y más útil.

Loretta la miró con la afección específica de quien lleva veintiocho años aprendiendo de alguien sin que el aprendizaje se haya vuelto obvio.

—¿Tú qué harías?

La Signora Alexa sonrió con la mitad de la cara, que era lo que hacía cuando la pregunta merecía una sonrisa completa pero la situación pedía moderación.

—Yo tengo cincuenta y cuatro años, una galería que administrar y un resfriado que no termina de irse —dijo—. Lo que yo haría no es la pregunta correcta. La pregunta correcta es qué hace la Loretta que tiene veintiocho años y toda la vida por delante y que lleva demasiado tiempo siendo prudente.

—¿Crees que he sido demasiado prudente?

—Creo que has sido exactamente tan prudente como las circunstancias requerían —dijo la Signora Alexa—. Y creo que las circunstancias están cambiando.

Loretta miró su vaso durante un momento.

—Voy a llamar a Piero mañana —dijo.

—Lo sé —dijo su madre.

—¿Lo sabías antes de que yo lo dijera?

—Lo sospeché cuando entraste a casa con esa expresión —dijo la Signora Alexa—. La misma que tenías cuando tenías doce años y habías tomado una decisión pero necesitabas hablarla antes de admitir que ya estaba tomada.

Loretta se rio. Era la risa de quien ha sido vista completamente por alguien y que encuentra eso simultáneamente embarazoso y reconfortante.

—Soy muy transparente —dijo.

—Eres honesta —dijo la Signora Alexa—. Que es diferente y mucho mejor.

Llamó a Piero la mañana siguiente con dos condiciones propias que él no había anticipado.

La primera: que el contrato fuera revisado por un abogado de su elección antes de firmarlo, y que cualquier cláusula que encontrara inaceptable fuera motivo de renegociación y no de descarte automático. Piero aceptó sin discutir, que era la respuesta correcta.

La segunda: que si en algún momento del año ella consideraba que la situación cruzaba una línea que no podía cruzar, tendría derecho a retirarse sin penalización de ningún tipo, independientemente de los términos de la apuesta entre Piero y su amigo. Piero tardó un momento más en responder a esta, no porque dudara sino porque estaba procesando que Loretta era exactamente lo que había pensado que era.

—Aceptado —dijo—. Y Loretta, quiero que sepas que esas condiciones me alegran más de lo que te imaginas.

—¿Por qué?

—Porque significan que vas a ir siendo tú misma —dijo Piero—. Que era exactamente lo que necesitaba que hicieras…y lo que más le conviene a Enzo que hagas, según yo claro está.

Loretta colgó el teléfono y miró por la ventana de su apartamento el tejado del edificio de enfrente, que era un tejado ordinario de Florencia con sus tejas rojas y su antena de televisión y el gato del vecino del cuarto que aparecía cada mañana a tomar el sol con la puntualidad de alguien que tiene una agenda clara.

En una semana estaría en Nápoles.

El gato la miró desde el tejado con la indiferencia específica de los gatos para todo lo que no sean ellos mismos, y Loretta pensó que había algo liberador en esa indiferencia y que ojalá pudiera llevarla como equipaje junto con las dos maletas que tendría que preparar antes del jueves.

Lo que no podía llevar era la certeza sobre lo que la esperaba. Eso, concluyó mientras se alejaba de la ventana para empezar a pensar en qué meter en las maletas, era probablemente parte del punto.

CAPÍTULO 2

La villa del golfo

Nápoles — Los primeros días

La villa Aponte estaba situada en una ladera de Posillipo, el promontorio que cierra el golfo de Nápoles por el oeste y que desde la Antigüedad ha sido el lugar donde los napolitanos que podían permitírselo construían sus casas con la orientación correcta para no perderse el espectáculo cotidiano

que el golfo proporcionaba sin cargo adicional: el Vesubio al fondo con esa silueta que los siglos han convertido en la más reconocible de Italia, el Castel dell'Ovo flotando en el agua, las islas de Ischia y Procida en el horizonte cuando el aire era suficientemente claro para permitirlo.

La casa en sí era lo que los arquitectos napolitanos de los años cincuenta construían cuando tenían un cliente que sabía lo que quería y el presupuesto para obtenerlo: proporcionada, generosa sin ser ostentosa, con el tipo de materiales que envejecen bien porque fueron elegidos pensando en que iban a envejecer. Piedra local, madera oscura en los interiores, jardines que habían tenido tiempo suficiente para volverse naturales en lugar de decorativos. Había en ella esa calidad específica de los espacios que llevan suficiente tiempo habitados como para haber adquirido el carácter de quienes los habitaron, que era, en este caso, el carácter de una familia que había valorado la comodidad real sobre la ostentación y que había llenado los estantes de libros que habían sido leídos y las paredes de cuadros que habían sido elegidos porque gustaban y no porque correspondían.

Loretta llegó un martes por la mañana con dos maletas, una bolsa de mano y la actitud de quien ha decidido que si va a hacer algo inusual lo va a hacer completamente. Stefano la recogió en la estación con la puntualidad silenciosa que era su marca personal: el cartel con su nombre, el vehículo con el motor en marcha, el equipaje cargado sin que ella tuviera que indicar cómo. En el trayecto hasta la villa dijo exactamente cuatro palabras, que eran las cuatro palabras necesarias para el trayecto, y Loretta lo encontró tan reconfortante como desconcertante.

—¿Es siempre tan parco? —le preguntó cuando el coche se detuvo frente a la entrada principal.

Stefano consideró la pregunta durante un momento mientras bajaba el equipaje.

—Solo cuando no tengo nada útil que decir —dijo—. Que es la mayoría del tiempo.

—Eso me parece muy sensato —dijo Loretta.

Stefano la miró con algo que en su cara hacía las veces de aprobación.

—Bienvenida a Nápoles, señorita Ferrigno.

Giuseppina Esposito llevaba dieciocho años trabajando en la villa Aponte y tenía sobre los nuevos empleados una política que había refinado a lo largo de ese tiempo con la precisión de un sistema que había resultado eficaz: primero los observaba, luego formaba su opinión, y finalmente decidía si valían la pena. El proceso duraba entre tres días y una semana dependiendo de lo que observara, y en dieciocho años había habido exactamente dos personas que habían superado la semana completa de observación antes de recibir su veredicto definitivo, que en ambos casos había sido negativo.

Loretta llegó un martes y Giuseppina formó su opinión provisional el jueves, lo cual era un récord.

Lo que la convenció no fue ninguna cosa grande. Fue la acumulación de cosas pequeñas que la gente que merece respeto hace sin darse cuenta de que está siendo observada: que Loretta aprendió los nombres de todos los miembros del personal en el primer día sin tener que preguntar dos veces a ninguno, que le dijo a Maria —la empleada más joven, que a veces se sentía invisible— que la disposición de las flores en el comedor era particularmente bonita cuando Maria era quien las había arreglado ese día, y que cuando Armando el chef le preguntó sus preferencias alimentarias para preparar su primera cena, ella respondió que sus preferencias eran lo de menos y que lo que le gustaría era aprender cuáles eran las del señor Aponte para poder coordinar mejor con él.

Giuseppina escuchó eso desde el corredor y pensó que esta chica tenía cabeza.

El jueves por la mañana, mientras ambas revisaban el estado de las habitaciones principales, Giuseppina tomó su decisión y la comunicó de la única manera que comunicaba sus decisiones importantes: sin anunciarla.

—La habitación de invitados del ala este tiene la mejor vista del golfo —dijo, mientras doblaba una sábana con la meticulosidad de quien ha doblado sábanas durante dieciocho años y que por eso las dobla perfectamente sin pensar—. Cuando el señor Enzo está fuera, puede usarla usted si quiere leer por las tardes. La luz es mejor ahí.

Loretta la miró.

—Gracias, Giuseppina.

—No hay de qué —dijo Giuseppina, con el tono de quien ha dicho algo sin importancia—. Y llámeme Giusy. Tutto il personale me llama así.

Era la admisión más cercana a un abrazo que Giuseppina había dado a alguien en los últimos cinco años.

Maria Caruso tenía veintidós años y había llegado a la villa seis meses antes con la recomendación de una prima de Giuseppina, lo cual en el sistema interno de la villa equivalía a una carta de presentación con todos los avales. Era entusiasta de una manera que en otro entorno podría haber resultado excesiva pero que en la villa Aponte, donde la eficiencia silenciosa era el estilo dominante, tenía el efecto de una ventana abierta en una habitación cerrada durante demasiado tiempo.

Adoptó a Loretta con la inmediatez de quien lleva meses siendo la persona más nueva de la casa y que por fin tiene a alguien más nuevo que ella.

—El señor Enzo llega mañana por la noche —le informó esa tarde, con la solemnidad de quien comparte información estratégica—. Normalmente llega de Ginebra en el vuelo de las ocho. Armando prepara algo ligero porque dice que después de volar él no tiene hambre aunque en realidad siempre come. Giusy le pone el periódico del día en la mesita de la

biblioteca aunque él ya lo ha leído en el teléfono. Y a mí me toca asegurarme de que haya agua mineral con gas en la nevera de la habitación porque la sin gas no le gusta antes de dormir.

Loretta procesó toda esta información.

—¿Y tú de dónde sabes todo eso? —dijo.

—Porque llevo seis meses mirando —dijo Maria, como si la respuesta fuera evidente—. ¿Cómo si no?

—Tienes razón —dijo Loretta—. ¿Hay algo más que deba saber?

Maria pensó durante un momento con la seriedad de quien está haciendo un inventario genuino.

—Que no le gustan las plantas de interior —dijo—. Que bebe el café sin azúcar pero le pone una cucharadita de canela que nadie le ha puesto nunca porque nadie sabía y que un día lo vi poniéndosela él mismo. Que cuando está de buen humor silba algo que no sé qué es pero que Armando dice que es Puccini. Y que cuando está de mal humor no lo está con nadie en particular, sino consigo mismo, y que lo mejor es dejarlo solo hasta que se le pase.

—¿Y cuánto tarda en pasársele?

—Depende —dijo Maria—. Pero con un café bien hecho menos.

Loretta sonrió.

—Anoto lo de la canela.

Armando Russo llevaba doce años siendo el chef de la villa Aponte y había desarrollado con ese tiempo la filosofía culinaria específica de quien cocina para una sola persona durante suficiente tiempo como para que esa persona deje de ser un cliente y se convierta en algo más parecido a un proyecto: sabía exactamente qué le gustaba a Enzo, qué le hacía bien, qué recordaba a su infancia y qué recordaba a las cenas con sus padres, y administraba ese conocimiento con la discreción del médico que sabe que la información sobre sus pacientes es privilegiada aunque nadie lo haya dicho explícitamente.

Cuando Loretta se presentó en la cocina el primer día con la actitud de quien quiere aprender el territorio sin pisarle los pies a nadie, Armando la evaluó con la rapidez del cocinero que sabe lo que tiene delante en los primeros treinta segundos de interacción: si la persona es de las que quiere impresionar o de las que quiere aprender.

Loretta era de las que quiere aprender.

—¿Qué prefiere desayunar él? —preguntó Loretta.

—Un capuchino, tostadas con mantequilla y mermelada de naranja amarga, y una fruta de temporada —dijo Armando—. Siempre en ese orden. El capuchino primero porque sin el capuchino el resto no funciona.

—¿Y si no hay mermelada de naranja amarga?

—Entonces hay mermelada de naranja amarga —dijo Armando, con la calma del que enuncia una ley de la naturaleza—. Porque yo me aseguro de que la haya.

—¿Y si yo necesito saber en qué más puedo ayudar en la organización?

Armando la miró durante un momento. Luego señaló el taburete frente a la isla central de la cocina con el gesto del que concede algo que no concede a menudo.

—Siéntese —dijo—. Y le cuento.

Estuvieron una hora hablando. Cuando Loretta salió de la cocina, Armando llamó a Giuseppina por el intercomunicador interno.

—La nueva chica sirve —dijo.

—Lo sé —dijo Giuseppina.

—¿Cuándo lo supiste?

—El primer día.

—Pues me lo podrías haber dicho antes —dijo Armando.

—Tú tienes que saberlo por ti mismo —dijo Giuseppina—. Si yo te lo digo antes no cuenta.

Armando colgó el intercomunicador con la expresión del hombre que lleva doce años trabajando con Giuseppina y que sabe que tiene razón aunque lo exprese de maneras que resultan innecesariamente filosóficas.

Enzo llegó el jueves por la noche, no el miércoles como Maria había pronosticado, porque un problema en la oficina de Ginebra había extendido su agenda un día. Llegó a las diez y cuarto con el traje del viaje todavía puesto y la cara de quien ha tenido una jornada larga y que sabe exactamente lo que necesita: silencio, comida y ocho horas de sueño en ese orden.

Loretta lo esperaba en el vestíbulo principal con la compostura de quien ha repasado este momento varias veces mentalmente y ha decidido que la mejor versión es la más sencilla disponible.

Lo vio entrar y sintió lo que sintió, que era difícil de catalogar con precisión porque ocurrió demasiado rápido para que el catálogo estuviera disponible: que era más alto de lo que imaginaba, que tenía esa manera de moverse de las personas que han aprendido a ocupar los espacios sin invadirlos, y que la expresión de cansancio que traía no lograba ocultar completamente algo debajo que era más difícil de nombrar pero que ella habría descrito, si alguien le hubiera preguntado en ese momento, como atención. Era alguien que prestaba atención al mundo aunque estuviera cansado.

Eso le pareció bien.

—Señor Aponte —dijo, con la formalidad correcta de quien empieza desde la posición adecuada.

Enzo la miró. Y lo que sintió al mirarla era también difícil de catalogar, aunque por razones diferentes a las de ella: no la sorpresa de quien encuentra algo inesperado, sino el reconocimiento ligeramente desconcertante de quien encuentra algo que esperaba encontrar de otra manera y que al encontrarlo de esta manera tiene que ajustar lo que tenía previsto pensar.

Piero le había dicho que era honesta. No le había dicho que la honestidad en algunas personas tiene una calidad que se percibe incluso antes de que esa persona abra la boca.

—Enzo —dijo—. Por favor.

Loretta lo consideró durante una fracción de segundo, calculando si era una preferencia o una prueba, y llegó a la conclusión correcta: era simplemente como prefería que lo llamaran.

—Enzo —repitió, con la naturalidad de quien acepta algo razonable.

—¿Hay algo de comer? —dijo Enzo.

—Armando dejó preparado algo en la cocina —dijo Loretta—. ¿Lo prefiere en el comedor o en la biblioteca?

Enzo la miró con algo que podría haber sido sorpresa y que en realidad era apreciación: que la pregunta no fuera dónde está la cocina sino dónde lo prefería él era exactamente la diferencia entre alguien que hace un trabajo y alguien que ha entendido cuál es el trabajo.

—En la biblioteca —dijo—. Gracias.

Loretta lo acompañó hasta la puerta de la biblioteca, le indicó que la bandeja estaba en la mesita junto al sillón de lectura, y se retiró con la discreción de quien ha comprendido que en este caso la mejor manera de estar presente era ausentarse.

Enzo se sentó, tomó el capuchino que Armando había dejado en la bandeja con la temperatura exacta que tenía cuando estaba recién hecho —Loretta había aprendido de Maria que el truco era el termo de doble pared que Armando guardaba para estas ocasiones—, y bebió en silencio mirando los lomos de los libros del estante frente a él.

Pensó en Piero.

Pensó en la apuesta.

Pensó en que había llegado a Nápoles convencido de que iba a perder y en que esa convicción, en las siguientes horas, había adquirido una calidad diferente que no sabía todavía si era mejor o peor que la certeza original.

Luego comió las tostadas que Armando había preparado con la mantequilla en la cantidad correcta y la mermelada de naranja amarga que siempre había, y fue a dormir.

En la cocina, Loretta recogió los cacharros del desayuno tardío de Enzo y los dejó en el fregadero para el día siguiente, apagó las luces que correspondía apagar y subió a su habitación.

Se preguntó, mientras se preparaba para dormir, si la aventura en que se había metido iba a resultar tan complicada como había anticipado o más.

La respuesta, pensó mientras cerraba los ojos, era probablemente más.

Pero había algo en ese más que no le producía exactamente miedo.

Le producía algo más parecido a las ganas de saber.

CAPÍTULO 3

El protocolo del baño y otras negociaciones

La villa — La segunda semana

Había en la villa Aponte un sistema de intercomunicación por voz que Gian Paolo Aponte había instalado a mediados de los noventa con la visión tecnológica del hombre de mar acostumbrado a que la comunicación a bordo fuera inmediata y sin ambigüedades. El sistema original había sido actualizado dos veces desde entonces y conectado en la última actualización con la domótica general de la casa, de modo que desde cualquier habitación se podía hablar con cualquier otra habitación, controlar las luces, ajustar la temperatura, activar o desactivar los sistemas de seguridad y, en teoría, hacer prácticamente todo lo que uno pudiera necesitar hacer sin moverse del lugar donde estaba.

En teoría.

En la práctica, el sistema tenía una curva de aprendizaje que sus diseñadores habían descrito en el manual como intuitiva y que el personal de la villa describía entre sí, con el vocabulario más honesto que la confianza mutua permitía, como una fuente constante de situaciones inesperadas para quien no la dominaba todavía. Maria había activado accidentalmente la ducha del baño principal desde la cocina durante su primera semana. Armando había apagado todas las luces del ala de invitados creyendo que estaba ajustando el termostato de la cocina. Y Giuseppina, que llevaba dieciocho años con el sistema y que lo dominaba mejor que nadie, guardaba sobre sus propios errores iniciales un silencio que era en sí mismo la evidencia más elocuente de que los había tenido.

Loretta llevaba ocho días en la villa y había aprendido el sistema con la metodología de quien aprende las cosas que importan: practicándolas repetidamente en condiciones controladas hasta que el riesgo de error en condiciones reales se reducía a lo manejable. Había llegado al punto donde podía activar la mayoría de las funciones habituales sin consultar el manual. Lo que todavía no había dominado completamente era la distinción entre el modo de comunicación estándar, que requería que la otra persona confirmara la recepción antes de que el canal se abriera, y el modo de emergencia, que abría el canal de manera inmediata e irruptiva en caso de que la situación no permitiera esperar la confirmación.

El martes de la segunda semana, Enzo llegó de una jornada de reuniones que había empezado a las ocho de la mañana y que había terminado,

después de una cena de trabajo que había resultado más larga de lo anticipado, a las nueve y media de la noche. Era el tipo de jornada que producía en él un cansancio específico que no era únicamente físico sino también de la clase más difícil de sacudir: el cansancio de haber estado siendo el presidente de la MSC durante catorce horas seguidas, lo que requería un nivel de presencia y de representación que consumía una energía distinta de la que consumía simplemente pensar.

Lo que necesitaba, y lo sabía con la claridad de quien se conoce bien después de años de jornadas similares, era el baño con las sales de lavanda que su madre había introducido en la rutina familiar cuando él tenía doce años y que desde entonces era su método más eficaz para separar el día de la noche.

Loretta tenía el baño preparado cuando él llegó. Había aprendido de Maria que los martes de reuniones largas eran predecibles en su duración y había ajustado la temperatura del agua y la cantidad de sales con la información que Armando le había proporcionado con la precisión del especialista que conoce los rituales de su cliente sin haber necesitado que nadie se los explicara.

—El baño está listo —le dijo Loretta cuando Enzo entró al vestíbulo—. ¿Necesita algo más antes?

—No, gracias —dijo Enzo—. Buenas noches, Loretta.

—Buenas noches.

Subió. Loretta fue a la cocina a preparar la infusión de tila que Maria le había dicho que Enzo a veces pedía después del baño en las noches de jornadas largas, dejó la taza en el calentador para que estuviera lista si la necesitaba, y se sentó en la mesa de la cocina con el libro que llevaba leyendo desde hacía tres días y que avanzaba a un ritmo inversamente proporcional a la cantidad de cosas nuevas que aprendía cada jornada en la villa.

Llevaba veinte minutos leyendo cuando el intercomunicador de la cocina emitió el sonido que en su experiencia de ocho días significaba que alguien en alguna habitación de la villa quería comunicarse.

Lo que Loretta no supo en ese momento, porque los ocho días de práctica no habían incluido ese escenario específico, era que el pitido que acababa de escuchar era diferente del pitido estándar. Era el pitido del modo de emergencia: más agudo, más insistente, el tipo de pitido que el sistema producía cuando alguien en alguna habitación había activado el canal de emergencia, que abría la comunicación directa e inmediata con todas las habitaciones de la villa simultáneamente.

Lo que Enzo había hecho, desde el baño, era pedirle que le llevara el libro que había dejado en la biblioteca. Lo había dicho con total tranquilidad, con el tono de alguien que hace una petición ordinaria desde la comodidad de su bañera.

Lo que Loretta había escuchado era un pitido de emergencia seguido de una voz masculina que decía algo sobre un libro.

Procesó esto en aproximadamente dos segundos.

Luego corrió.

La puerta del baño principal estaba entornada, no cerrada, porque Enzo no había anticipado que hubiera ninguna razón para que alguien llegara al baño con la urgencia con que Loretta llegó al baño, que era la urgencia de alguien convencida de que había una emergencia que requería atención inmediata.

Entró.

El escenario que encontró era el siguiente: Enzo en la bañera, completamente a gusto, con una expresión que transitó en el tiempo que tarda un parpadeo desde la sorpresa más absoluta hasta algo que era difícil de clasificar pero que contenía elementos reconocibles de la diversión que se intenta suprimir sin conseguirlo del todo. Y Loretta en el umbral de la puerta, con el libro que había recogido de la biblioteca en un impulso de eficiencia logística durante los dos segundos de procesamiento previos, en el estado emocional de quien acaba de descubrir que lo que parecía una emergencia no era una emergencia sino una petición perfectamente ordinaria comunicada a través del canal equivocado.

El silencio que siguió duró exactamente lo que tardaron los dos en recalibrar la situación.

—Traje el libro —dijo Loretta, porque era lo único que había que decir y además era verdad.

—Lo veo —dijo Enzo. Su voz era perfectamente neutra. Sus ojos eran considerablemente menos perfectamente neutros.

—Activé el canal de emergencia sin querer —dijo Loretta.

—Lo supuse.

—El pitido es diferente —dijo Loretta—. No había distinguido la diferencia todavía.

—No —dijo Enzo—. Ahora ya sí.

—Sí.

Loretta depositó el libro en el borde del lavabo, que era el punto más cercano a la puerta que ofrecía una superficie horizontal, y dio un paso atrás hacia el umbral con la compostura admirable de quien ha decidido que la única respuesta correcta a esta situación es la dignidad.

—Le dejo el libro —dijo—. Disculpe la interrupción.

—No fue una interrupción —dijo Enzo—. Pedí el libro.

—Por el canal equivocado.

—Por el canal equivocado —confirmó Enzo.

—De todas formas —dijo Loretta.

—De todas formas —dijo Enzo.

Loretta salió. Cerró la puerta con la delicadeza de quien cierra una puerta cuando lo que realmente quiere es cerrarla con considerablemente más energía pero que ha decidido que eso no corresponde a la situación. Bajó las escaleras con paso medido. Entró a la cocina. Se sentó en la silla donde había estado leyendo. Miró el libro sobre la mesa.

Luego apoyó la frente sobre los brazos cruzados sobre la mesa y permaneció así durante aproximadamente treinta segundos.

—¿Señorita Loretta? —dijo Maria desde la puerta de la cocina, que había llegado a buscar un vaso de agua y que había encontrado a Loretta en esa posición.

—Todo bien, Maria —dijo Loretta, sin levantar la cabeza.

—¿Segura?

—Completamente —dijo Loretta—. Solo estoy aprendiendo el sistema de intercomunicación.

Maria procesó esto durante un momento.

—¿El modo de emergencia? —dijo.

Loretta levantó la cabeza y la miró.

—¿Por qué nadie me advirtió sobre el modo de emergencia?

—Giusy dijo que era mejor que lo descubrieras sola —dijo Maria, con la expresión de quien transmite información sin tomar responsabilidad por ella —. Dice que las cosas que se aprenden así no se olvidan.

Loretta la miró durante un segundo.

—Giuseppina va a recibir de mi parte una conversación muy interesante mañana por la mañana.

—Se lo diré —dijo Maria, sin el menor signo de preocupación por Giuseppina.

A la mañana siguiente, mientras desayunaban en la cocina con el café y las tostadas de la rutina que había empezado a establecerse con la naturalidad de las rutinas que nadie decide conscientemente sino que simplemente ocurren, Enzo dejó su taza sobre la mesa y dijo, sin ningún preámbulo:

—Sobre lo de anoche.

Loretta lo miró con la serenidad que había practicado durante la noche.

—No tiene importancia —dijo.

—No, pero me gustaría aclararlo de todas formas —dijo Enzo—. El sistema tiene dos modos. El estándar requiere confirmación de la otra parte antes de abrir el canal. El de emergencia abre directamente. La diferencia en el pitido es que el de emergencia tiene dos tonos en lugar de uno.

—Lo sé ahora —dijo Loretta.

—Bien —dijo Enzo—. Y Loretta.

—¿Sí?

—La próxima vez que entre al baño de esa manera, le agradecería un poco menos de entusiasmo en la velocidad de entrada.

Loretta lo miró. Había algo en la manera en que Enzo había dicho eso, con esa calma perfecta y ese leve énfasis en la palabra entusiasmo, que era innegablemente divertido aunque la situación en cuestión fuera la que era.

—Tiene toda la razón —dijo Loretta—. Tocaré antes.

—Se lo agradezco —dijo Enzo.

—De nada.

Hubo una pausa. Enzo tomó otra tostada. Loretta tomó su café.

—¿Sabe qué contiene exactamente este café? —dijo Loretta, que había estado esperando el momento correcto para introducir este tema.

Enzo la miró.

—Café —dijo.

—Y canela —dijo Loretta.

El silencio que siguió tenía una calidad diferente al silencio de la noche anterior: era el silencio de alguien que acaba de recibir información sobre sí mismo que no esperaba recibir.

—¿Cómo sabe lo de la canela? —dijo Enzo.

—Maria me lo dijo —dijo Loretta—. Me dijo que usted se la ponía solo porque nadie más sabía que la quería.

Enzo la miró durante un momento con una expresión que era difícil de leer precisamente porque era completamente honesta: la expresión de alguien que ha sido sorprendido en un hábito pequeño y privado y que no sabe todavía si le molesta o le parece bien.

—Armando la pone ahora —dijo Loretta—. Desde el lunes. Espero que no le importe.

—No —dijo Enzo, después de un momento—. No me importa.

—Bien —dijo Loretta.

Tomó su café. Enzo tomó el suyo.

—¿Hay algo más que Maria le haya dicho? —dijo Enzo.

—Varias cosas —dijo Loretta—. Pero las iré implementando gradualmente para no abrumarlo.

Enzo la miró con algo que era difícil de nombrar pero que el narrador, desde su posición privilegiada, podía identificar sin dificultad: era la primera vez desde que Loretta había llegado a la villa que Enzo no estaba completamente seguro de cómo responder a algo que alguien le había dicho. Y esa incertidumbre, leve pero real, era el primer síntoma de algo que Piero habría reconocido inmediatamente si hubiera estado en esa cocina.

Pero Piero no estaba en esa cocina.

Estaba en Florencia, probablemente mirando su galería y pensando que la apuesta iba bien, sin saber que ya estaba yendo mejor de lo que pensaba.

La conversación sobre el período helenístico ocurrió esa misma tarde, sin que ninguno de los dos la hubiera planeado, que era la única manera en que las conversaciones que importan ocurren cuando ocurren bien.

Enzo había llegado a la biblioteca después de comer con la intención de leer durante una hora antes de la siguiente llamada de trabajo, y encontró a Loretta revisando el catálogo de las obras que había en las estanterías con el ojo de alguien que está viendo algo que le interesa genuinamente.

—¿Necesita algo? —dijo Enzo.

—No —dijo Loretta, señalando el libro que tenía en la mano—. Estaba mirando esto. ¿Le importa?

Era un volumen sobre el arte del período helenístico, publicación académica con ilustraciones de calidad y aparato crítico extenso, el tipo de libro que está en las bibliotecas privadas o porque alguien lo leyó o porque alguien lo compró para parecer que lo había leído. El estado del lomo y las anotaciones a lápiz en los márgenes indicaban con claridad cuál de los dos casos era este.

—Es de mi madre —dijo Enzo, tomando asiento—. Le apasionaba el período helenístico. Decía que era la época más interesante de la historia antigua porque era cuando el mundo griego se abrió al mundo real y dejó de ser solo Grecia.

Loretta lo miró con una atención que era distinta de la atención de la asistente personal.

—Su madre tenía razón —dijo—. El helenismo es fascinante precisamente porque es un período de síntesis. Griegos en Egipto, en Persia, en la India. La cultura griega absorbiendo todo lo que encontraba y produciendo algo nuevo que no era ni completamente griego ni completamente nada de lo otro.

Enzo la miró.

—¿Estudió historia del arte?

—Dos años —dijo Loretta—. Luego el dinero se acabó y la vida continuó de otra manera. Pero los libros no se acaban.

—¿Y qué le parece más interesante de ese período?

Era la primera pregunta que Enzo le hacía que no tenía nada que ver con la villa ni con su trabajo en ella, y ambos lo sabían aunque ninguno de los dos lo dijera.

Loretta consideró la pregunta con la seriedad que se merecía.

—La biblioteca de Alejandría —dijo—. No la que existió, que ya es fascinante en sí misma. Sino la idea que representó: que era posible reunir

en un solo lugar todo el conocimiento disponible y que eso produciría algo diferente de la suma de sus partes. Que el conocimiento en contacto con otro conocimiento genera algo que ninguno de los dos tenía por separado.

Enzo la miró durante un momento.

—Mi madre habría disfrutado de esta conversación —dijo.

Era una frase sencilla. No tenía ninguna elaboración ni ninguna intención aparente más allá de lo que decía. Pero Loretta, que había aprendido en veintiocho años a escuchar lo que las frases sencillas contenían cuando las decía alguien que no era dado a las frases sencillas vacías, entendió que era también la primera vez que Enzo había mencionado a su madre con ese tono en su presencia.

—¿Le gustaba mucho leer? —dijo Loretta, con el cuidado de quien sabe que está tocando algo que importa.

—Le gustaba pensar —dijo Enzo—. Leer era la manera más fácil que encontraba de hacerlo. —Una pausa—. ¿Sigue teniendo el libro o me lo devuelve?

—Se lo devuelvo cuando lo termine —dijo Loretta—. Si le parece bien.

—Me parece bien —dijo Enzo.

Loretta tomó el libro y salió de la biblioteca. Enzo se quedó mirando el estante donde había estado el volumen durante un momento, luego abrió el que había ido a buscar y leyó exactamente dos páginas antes de comprender que no estaba prestando atención al texto sino a la conversación que acababa de terminar.

Lo cerró.

Miró por la ventana el jardín donde Carlo estaba podando los setos con la concentración del artista que trabaja en algo que nadie más puede hacer de la misma manera.

Pensó que Piero era un hombre irritantemente perspicaz.

Y luego fue a hacer su llamada de trabajo porque el mundo no se administraba solo, lo cual era una lástima pero también era, en la mayoría de los días, la razón por la que se levantaba por las mañanas.

CAPÍTULO 4

Los amigos llegan a Nápoles

La villa — El primer fin de semana de visita

Edoardo Visconti llegó el viernes por la tarde con una maleta más grande de lo que un fin de semana justificaba, una botella de Barolo que había traído expresamente porque decía que Nápoles merecía mejor vino del que uno encontraba en Nápoles, y la actitud del hombre que viene a divertirse y que ha decidido de antemano que así va a ser independientemente de lo que la realidad ofrezca. Ugo Barone llegó media hora después en el mismo

tren pero en vagón diferente porque habían comprado los billetes por separado y porque reunirse en el andén habría requerido una coordinación que ninguno de los dos había considerado necesaria. Paolo Ferretti llegó el sábado por la mañana en coche desde Roma, donde tenía reuniones el viernes, con la puntualidad de quien calcula los tiempos con precisión y llega exactamente cuando dijo que llegaría.

Piero no vino. Piero había declinado la invitación con la excusa de unos asuntos en Florencia que requería su presencia, que era verdad en la medida en que tenía asuntos en Florencia que siempre requerían su presencia, pero que en este caso funcionaba también como la excusa de quien considera que su presencia en la villa ese fin de semana haría la situación más complicada de lo que necesitaba ser.

Esto Enzo lo sabía. Esto Enzo lo encontraba simultáneamente comprensible e irritante, que era la mezcla habitual con que procesaba las decisiones de Piero cuando eran correctas pero inconvenientes.

Edoardo conoció a Loretta en el vestíbulo principal cuando ella bajó a recibirlos con el orden y la eficiencia que había instalado como su manera de estar en la villa: los dos primeros de pie frente a la escalera, las habitaciones preparadas, Armando avisado de que serían cinco para la cena del viernes y seis el sábado cuando llegara Paolo.

Lo que hizo Edoardo en los primeros treinta segundos de conocer a Loretta fue evaluarla con la rapidez del hombre que ha conocido a muchas mujeres y que ha desarrollado un sistema de clasificación que considera eficiente aunque sus amigos lo encuentren superficial, llegar a una conclusión provisional, y luego revisar esa conclusión inmediatamente porque había algo en la manera en que Loretta lo miró que no encajaba en ninguna de sus categorías.

—Loretta —dijo Edoardo, con el tono que usaba cuando quería sonar encantador y que efectivamente lo conseguía el setenta por ciento de las veces—. Piero me habló de ti. No te hizo justicia.

—Piero es generoso —dijo Loretta, con la cortesía exacta de quien acepta un cumplido sin darle más peso del que tiene.

—No lo es en absoluto —dijo Edoardo—. Es el hombre más preciso que conozco. Si dice algo, lo dice porque es verdad.

—Entonces le agradeceré a Piero la próxima vez que lo vea —dijo Loretta, y se giró hacia Ugo que esperaba detrás con la paciencia de quien sabe que Edoardo tarda siempre un poco más de lo necesario en los saludos—. Ugo, bienvenido. Su habitación es la del ala norte, que tiene la mejor ventilación para esta época del año.

Ugo la abrazó con la inmediatez de quien abraza a todo el mundo porque es su manera de estar en el mundo y porque además le parece que la gente en general agradece ser abrazada aunque a veces se sorprenda.

—Llevas una semana aquí y ya sabes qué habitación conviene a quién —dijo—. Me gusta.

—Llevo dos semanas —dijo Loretta—. Y María me ayudó.

—María sabe todo —confirmó Ugo—. María es el alma de esta casa. ¿Verdad, Enzo?

Enzo, que había estado observando todo esto desde el umbral de la biblioteca con la copa de agua en la mano y la expresión del hombre que está procesando algo que no tiene prisa en procesar, asintió.

—María sabe demasiado —dijo.

La cena del viernes fue exactamente lo que las cenas del viernes con ese grupo solían ser cuando se producían en un entorno nuevo: una exploración. Armando había preparado un menú que combinaba los productos del golfo con la precisión técnica que los años le habían dado, y la mesa en la terraza con el golfo abajo y las luces de Nápoles al fondo era el tipo de escenario que hace que cualquier conversación parezca más interesante de lo que habría sido en otra ubicación.

Loretta presidió la logística de la cena con la invisibilidad eficiente de quien ha entendido que su rol esa noche era hacer que todo funcionara sin que nadie tuviera que pensar en que todo tenía que funcionar. Lo consiguió durante los dos primeros platos.

El tercero fue más complicado, por razones que no tenían nada que ver con la logística.

—Loretta —dijo Edoardo, que llevaba tres cuartos de botella de Barolo encima y que había alcanzado el estado de franqueza específica que ese nivel de Barolo producía en él—, ¿qué piensas de Enzo?

La pregunta cayó sobre la mesa con el silencio instantáneo que producen las preguntas que nadie esperaba que nadie hiciera, al menos no en ese momento y de esa manera.

Enzo miró a Edoardo con la expresión del que considera seriamente diversas opciones de respuesta ninguna de las cuales puede ejecutar en presencia de invitados.

Ugo llenó su copa con la concentración de quien ha decidido que lo mejor que puede hacer en este momento es no participar.

Loretta dejó la jarra de agua sobre la mesa, miró a Edoardo con la serenidad de quien ha decidido que la única respuesta posible a esta pregunta es la más directa disponible, y dijo:

—Pienso que es un buen empleador. Que sabe lo que quiere, que lo dice con claridad y que no complica innecesariamente las cosas. Para alguien en mi posición, eso es lo que importa.

—¿Solo eso? —dijo Edoardo.

—Edoardo —dijo Enzo, con un tono que era perfectamente cortés y que contenía sin embargo algo que sus amigos habían aprendido a reconocer como la señal de que la cortesía tenía un límite visible en el horizonte.

—Pregunto por curiosidad genuina —dijo Edoardo, sin el menor signo de contrición.

—Lo sé —dijo Enzo—. Por eso te lo digo con cortesía y no de otra manera.

Ugo soltó una carcajada que había estado conteniendo desde antes de que la pregunta se formulara.

—Edoardo —dijo Ugo—, en serio, ¿algún día vas a aprender a leer la sala?

—Leo la sala perfectamente —dijo Edoardo—. La leo y decido que prefiero ignorarla. Que es diferente.

—Para ti quizás —dijo Paolo, que había permanecido hasta ese momento en silencio con la copa en la mano y la atención en otro lugar que el resto de la mesa no había identificado todavía, que era Loretta, aunque no de la manera en que Edoardo miraba a Loretta sino de la manera más difícil de detectar pero más significativa: la del que está viendo cómo alguien maneja una situación incómoda y está llegando a conclusiones.

—¿Para ti no? —dijo Edoardo.

—Para mí leer la sala es información —dijo Paolo—. Para ti es entretenimiento. No son lo mismo.

Edoardo consideró esto durante un momento.

—Es posible —admitió, con la elegancia del que cede cuando la objeción es suficientemente buena—. Loretta, disculpa la pregunta. Aunque no me arrepiento de haberla hecho.

—No tiene importancia —dijo Loretta—. ¿Le sirvo más?

—Por favor —dijo Edoardo, con la satisfacción del que ha recibido el perdón antes de haberlo pedido del todo.

Paolo habló con Loretta el sábado por la tarde, mientras los otros tres estaban en la terraza con las copas y la discusión sobre cuál había sido el mejor verano de sus vidas, que era una de esas conversaciones que el grupo tenía periódicamente y que nunca llegaba a ninguna conclusión porque cada uno tenía razones para defender el suyo con la convicción de quien sabe que no hay forma de ser objetivos en la materia.

Loretta había salido al jardín a hablar con Carlo sobre los rosales del sector sur que necesitaban atención antes de que cambiara el tiempo, y Paolo la había seguido sin que ella lo hubiera notado, con la naturalidad del que simplemente da un paseo y que acaba encontrándose donde estaba la conversación más interesante disponible.

—¿Hace cuánto que te interesan los jardines? —dijo Paolo, desde detrás de ella.

Loretta se giró. Paolo estaba a dos metros, con las manos en los bolsillos y la expresión tranquila del que no tiene ninguna urgencia y que por eso puede estar donde está sin que su presencia requiera justificación.

—No me interesan especialmente —dijo Loretta—. Me interesa que funcionen. Es diferente.

—¿Y qué te interesa de verdad?

Era una pregunta directa formulada sin la agresividad de Edoardo ni la calidez inmediata de Ugo. Era simplemente una pregunta que quería saber la respuesta.

Loretta lo evaluó durante un segundo.

—El arte del período helenístico —dijo—. La historia de las ciudades portuarias mediterráneas. Los libros que tienen anotaciones de quien los leyó antes porque te dicen dos cosas al mismo tiempo. Y los jardines cuando están bien, aunque no sepa exactamente por qué los jardines bien mantenidos me parecen importantes.

Paolo asintió.

—¿Y Enzo?

—¿Qué pasa con Enzo?

—Llevas dos semanas observándolo —dijo Paolo, con la calma de quien constata un hecho—. Del mismo modo en que observas el jardín. Con atención práctica, no decorativa.

Loretta lo miró durante un momento.

—¿Llevas el sábado entero observándome a mí? —dijo.

—Sí —dijo Paolo, sin ninguna incomodidad—. Soy de los que miran antes de hablar. Esta mañana todavía estaba mirando. Ahora tengo suficiente.

—¿Y qué has concluido?

Paolo consideró la pregunta con la seriedad con que consideraba todo.

—Que Piero tenía razón —dijo—. Que eres exactamente lo que decía que eras. —Una pausa—. Y que eso va a ser más complicado de lo que Piero calculó, aunque Piero lo haya calculado bien.

—¿Por qué más complicado?

—Porque Piero calculó la apuesta —dijo Paolo—. No calculó lo que pasa cuando la apuesta deja de importar y queda solo lo que hay debajo.

Loretta lo miró durante un momento con la atención específica que merecía lo que acababa de decir.

—Eres más perspicaz de lo que aparentas —dijo.

—Aparento exactamente lo que soy —dijo Paolo—. La gente que no escucha tiende a no verme. No es mi problema.

Carlo llegó con las tijeras de podar y la lista de lo que necesitaban para los rosales, y la conversación terminó de la manera en que terminan las

conversaciones cuando la realidad logística las interrumpe: sin conclusión, pero habiendo dicho lo necesario.

Paolo volvió a la terraza.

Loretta se quedó mirando los rosales y pensando en que las dos semanas en la villa habían producido más preguntas de las que había traído consigo desde Florencia, lo cual podía ser bueno o complicado o las dos cosas al mismo tiempo.

Paolo había dicho que sería más complicado de lo que Piero calculó.

Loretta tenía la incómoda sensación de que Paolo tenía razón.

La última escena del fin de semana ocurrió el domingo por la mañana, cuando Enzo encontró a Edoardo en la cocina a las siete y media intentando hacer un café con la máquina de Armando sin el manual y con resultados que solo podían describirse como entusiastas.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Enzo.

—Un café —dijo Edoardo, con la confianza del que ha decidido que el desconocimiento de un sistema es un obstáculo menor—. La máquina es complicada.

—Toca el botón azul —dijo Enzo.

—¿Cuál de los tres botones azules?

—El del medio.

Edoardo tocó el del medio. La máquina produjo el sonido correcto. Edoardo la miró con la expresión del que ha ganado una batalla que no debería haber sido una batalla.

—Loretta ya lo sabía —dijo Enzo, tomando asiento en el taburete—. Lo aprendió el primer día.

—Loretta parece aprender todo rápido —dijo Edoardo.

—Sí.

—¿Y qué piensas de eso?

—Que es útil en una asistente personal —dijo Enzo.

Edoardo lo miró con la expresión del que ha escuchado una respuesta y ha identificado exactamente dónde no está la verdad sin que la respuesta sea mentira.

—Enzo.

—Edoardo.

—Llevo veinte años conociéndote —dijo Edoardo—. Y en veinte años te he visto mencionar a alguien que acabas de conocer exactamente cuatro veces en cuarenta y ocho horas.

Enzo tomó el café que la máquina había producido finalmente.

—He mencionado a mi asistente personal en el contexto de su trabajo —dijo.

—Has mencionado a Loretta —dijo Edoardo—, en el contexto de la máquina de café, de la habitación de Carlo, del libro que le prestaste sobre el helenismo, y ahora de la máquina de café de nuevo.

—Son contextos relevantes.

—Son contextos —dijo Edoardo—. La relevancia es tuya.

Enzo bebió su café en silencio durante un momento.

—¿Tienes algún punto concreto que hacer? —dijo.

—Ninguno —dijo Edoardo, con la satisfacción del que ha plantado algo y que sabe que no tiene que quedarse a ver crecer—. Solo observo. Como Paolo, aunque con menos elegancia.

—Lo segundo es cierto —dijo Enzo.

—Lo sé —dijo Edoardo—. Es mi maldición.

Loretta apareció en la puerta de la cocina a las ocho menos cuarto con la lista de la semana para revisar con Armando y encontró a los dos hombres tomando café en un silencio que tenía la calidad específica de los silencios que siguen a las conversaciones que no estaban listas para terminar del todo.

—Buongiorno —dijo Loretta.

—Buongiorno —dijeron los dos, al mismo tiempo, con un medio segundo de diferencia que bastó para que los tres lo notaran.

Armando llegó a los diez minutos y los rescató a todos de la situación con la autoridad natural del que llega a su cocina y convierte cualquier cosa que hubiera antes en algo más simple: el desayuno que preparar, la semana que planificar, el café que tenía que estar listo antes de que los otros dos despertaran.

Edoardo, mientras esperaba sus tostadas, miró a Enzo por encima de la taza con la expresión del que ha llegado a una conclusión y que no tiene ninguna prisa en compartirla porque sabe que el tiempo trabajará por él.

Enzo lo ignoró con la eficiencia del que lleva veinte años practicando ignorar a Edoardo cuando Edoardo tiene ese tipo de expresión.

Loretta revisó su lista con Armando sin notar nada, o aparentando no notar nada, que en el caso de Loretta resultaba difícil de distinguir porque era de las personas que notaban mucho y mostraban exactamente lo que decidían mostrar.

Y el domingo continuó siendo domingo, con el golfo abajo y el Vesubio al fondo y el sol de agosto haciendo lo que hacía el sol de agosto en Nápoles, que era básicamente todo lo que uno podía pedir de un domingo.

CAPÍTULO 5

La agenda social de un multimillonario

Nápoles, Milán — Los compromisos

Loretta descubrió en la tercera semana que administrar la vida cotidiana de Enzo Aponte tenía dos capas que no siempre se comunicaban entre sí con la fluidez que habría sido conveniente. La primera era la capa visible: la villa, el personal, los ritmos domésticos que había aprendido a anticipar con una precisión que ya sorprendía a Giuseppina aunque Giuseppina no lo dijera directamente sino mediante la vía indirecta de dejar de señalar los errores que Loretta no cometía. La segunda era la capa que nadie le había explicado completamente porque nadie había considerado que necesitara explicación: la vida social de Enzo fuera de la villa, que era más extensa y más variada de lo que una persona que administraba una empresa desde Ginebra y vivía en Nápoles con la discreción de quien prefiere no aparecer en los periódicos podría sugerir.

Había compromisos que Enzo gestionaba solo, con la eficiencia del que lleva años haciéndolo y que no necesita apoyo logístico para hacerlo. Y había compromisos que requería que alguien estuviera presente sin que ese alguien tuviera un rol definido en términos protocolares pero que cumplía una función real que Loretta tardó algunos días en identificar con precisión: era la presencia que normalizaba la situación social, que convertía a Enzo de multimillonario soltero en algo más parecido a una persona ordinaria que había traído a alguien porque tenía a alguien que traer.

Esto se lo explicó Enzo un miércoles por la mañana con la franqueza directa que era su modo habitual cuando la alternativa era la complicación innecesaria.

—Hay una cena el jueves —dijo, sin preámbulo, mientras desayunaban—. En casa de los Ferrante. Son amigos de mis padres. Llevan cuatro años invitándome y yo llevan cuatro años encontrando excusas para no ir porque ir solo a casa de los Ferrante produce un tipo específico de conversación que no tengo energía para tener.

—¿Qué tipo de conversación? —dijo Loretta.

—La de cuándo voy a sentar cabeza —dijo Enzo—. La Signora Ferrante tiene ochenta y dos años y la considera su responsabilidad personal.

—¿Y si voy yo?

—Si vas tú la conversación cambia de naturaleza —dijo Enzo—. No desaparece, pero cambia. Y el cambio es manejable.

Loretta consideró esto durante el tiempo que tardó en terminar su café.

—¿Qué le digo si me pregunta quién soy?

—Lo que eres —dijo Enzo—. Mi asistente personal. No hay ninguna razón para decir otra cosa.

—¿Y si pregunta más?

—La Signora Ferrante siempre pregunta más —dijo Enzo—. Es parte de su encanto. Responde lo que te parezca honesto y no te preocupes por el resto.

Loretta asintió.

—De acuerdo —dijo—. ¿Cómo se viste uno para cenar en casa de los Ferrante?

Enzo la miró con algo que se parecía a la gratitud de quien ha recibido la respuesta correcta a una pregunta que no había formulado del todo.

—Con elegancia discreta —dijo—. Los Ferrante valoran el contenido sobre la forma, pero aprecian que la forma respete el contenido.

—Eso es útil —dijo Loretta.

—Es lo más útil que puedo decirte sobre los Ferrante —dijo Enzo—. El resto lo descubrirás sola, que es como ellos prefieren que lo descubra la gente.

La cena del jueves resultó ser exactamente lo que Enzo había descrito y al mismo tiempo algo que ninguno de los dos había anticipado completamente, que era la característica habitual de los eventos que involucran a la Signora Ferrante.

La casa de los Ferrante estaba en el Vomero, el barrio alto de Nápoles donde las familias de la vieja aristocracia napolitana habían vivido durante generaciones con esa mezcla específica de elegancia y desorden que producen los interiores que han sido habitados durante mucho tiempo por personas que preferían los libros a la decoración y los amigos a los muebles. Había cuadros en las paredes que habrían interesado a cualquier historiador del arte, alfombras que habían visto pasar varias décadas de conversaciones importantes, y una mesa que podía acomodar a doce personas con la comodidad de quien ha tenido doce personas a cenar con regularidad suficiente como para saber exactamente cómo deben sentarse para que la conversación fluya.

El matrimonio Ferrante los recibió con la hospitalidad de los napolitanos de otra generación, que es una hospitalidad que no pregunta si se quiere algo sino que asume que sí y procede en consecuencia. El Cavaliere Ferrante, que tenía ochenta y cinco años y la vitalidad de alguien que ha decidido que envejecer es opcional hasta que el cuerpo demuestre lo contrario, tomó a Enzo por el brazo en cuanto lo vio y lo llevó a un rincón a contarle algo sobre sus olivos de Puglia que evidentemente no podía esperar hasta la cena. La Signora Ferrante, que era una mujer pequeña con el pelo completamente blanco y los ojos oscuros de quien ha observado el mundo durante ochenta y dos años y que por tanto lo ve con una claridad que los más jóvenes tardan décadas en alcanzar, se quedó con Loretta.

—Así que usted es la joven de la que me habló Enzo —dijo la Signora Ferrante, con la franqueza de quien no tiene tiempo que gastar en preámbulos.

—No sabía que había hablado de mí —dijo Loretta.

—Llamó la semana pasada para confirmar la cena —dijo la Signora Ferrante —. Dijo que vendría con su asistente personal. En cuarenta años de conocer

a Enzo Aponte, nunca había traído a nadie a cenar aquí. —Una pausa—. Ni su padre ni su madre lo hicieron tampoco, así que no es un rasgo heredado.

Loretta procesó esto con la cara que ponía cuando procesaba información que era más significativa de lo que la situación le permitía reconocer abiertamente.

—Soy nueva en el puesto —dijo—. Puede que sea simplemente una cuestión logística.

La Signora Ferrante la miró durante un momento con la expresión de quien ha escuchado una explicación razonable y ha decidido que la razonabilidad no es su criterio principal de evaluación.

—¿Cuánto tiempo lleva con él?

—Tres semanas.

—¿Y cómo lo encuentra?

Loretta consideró cuidadosamente la pregunta, que era más compleja de lo que parecía porque la Signora Ferrante la hacía de una manera que sugería que la respuesta que esperaba no era la respuesta de la asistente personal sino la respuesta de la persona que llevaba tres semanas observando a Enzo Aponte en su vida cotidiana.

—Lo encuentro más sencillo de lo que parece desde afuera —dijo Loretta—. Y más complicado de lo que él mismo cree que es.

La Signora Ferrante asintió con la lentitud de quien encuentra que una respuesta corresponde exactamente a lo que esperaba encontrar.

—Eso es lo que yo le habría dicho si me hubiera preguntado —dijo—. Y nunca me preguntó, que es parte del problema.

Pasaron a la mesa. La cena fue lo que las cenas en casa de los Ferrante siempre eran: comida buena, vino mejor, y una conversación que empezaba en un lugar y terminaba en otro completamente diferente siguiendo una lógica que era interna a la mesa y que ningún invitado podía anticipar desde afuera.

El Cavaliere Ferrante habló con Enzo sobre los negocios con la familiaridad del que conoce la historia de una empresa desde antes de que existiera y que por tanto se permite opinar sobre su presente con la autoridad que da ese tipo de perspectiva. Enzo escuchó con el respeto genuino que sentía hacia los Ferrante, que era diferente del respeto protocolar que sentía hacia los socios de negocios, y respondió con más apertura de la que habría tenido en cualquier reunión de directorio.

Loretta observó esto desde su lado de la mesa y pensó que había varias versiones de Enzo Aponte y que la que aparecía en casa de los Ferrante era la que probablemente se parecía más a la que había existido antes de que el peso de la empresa y de la pérdida de sus padres se instalara sobre las demás.

En algún momento entre el segundo y el tercer plato, la Signora Ferrante se inclinó ligeramente hacia Loretta y dijo, en voz suficientemente baja para que solo ella pudiera escucharla:

—En ochenta y dos años he visto a muchos hombres con muchas mujeres. Hay una diferencia entre cómo mira un hombre a alguien que trajo porque convenía traer y cómo mira a alguien que trajo porque quería que estuviera ahí.

Loretta tomó su copa de vino.

—¿Y cuál es la diferencia? —dijo.

—La diferencia —dijo la Signora Ferrante— es que en el primer caso el hombre mira a la mujer cuando le habla. En el segundo caso la mira también cuando no le habla.

Loretta bebió su vino sin decir nada.

No dijo nada porque no tenía una respuesta que fuera honesta y que al mismo tiempo fuera lo que la situación pedía que dijera, y en ausencia de esa respuesta el silencio era lo más correcto disponible.

La Signora Ferrante no insistió. Tenía ochenta y dos años y había aprendido que las conclusiones que uno llega a solo son más sólidas que las que alguien le ayuda a llegar.

Volvieron a la villa pasada la medianoche. Stefano condujo en el silencio que era su modo habitual y que esa noche resultó particularmente apropiado porque ninguno de los dos pasajeros tenía conversación disponible para el trayecto.

Cuando llegaron, Enzo dijo buenas noches en el vestíbulo con la brevedad del que está cansado y que sabe que si empieza a hablar va a terminar diciendo más de lo que había planeado decir.

Loretta subió a su habitación, se sentó en el borde de la cama, y pensó en lo que la Signora Ferrante le había dicho sobre la diferencia entre cómo mira un hombre a alguien que trajo porque convenía y cómo mira a alguien que quería que estuviera ahí.

Pensó también, con la honestidad que practicaba consigo misma cuando nadie estaba mirando, que durante la cena había notado exactamente lo que la Signora Ferrante describía.

Y que no era la única que lo había estado haciendo.

Eso, pensó mientras se preparaba para dormir, era una información que iba a tener que gestionar con más cuidado del que había gestionado cualquier otra cosa en las tres semanas anteriores.

Pero eso era para mañana.

Por ahora estaba la noche napolitana afuera de la ventana, con sus luces y su golfo y su Vesubio discretamente oscuro en el horizonte, completamente indiferente a los descubrimientos de las personas que vivían a su sombra.

Como siempre había sido.

Como era de esperar de un volcán.

El viaje a Milán ocurrió diez días después, por razones que tenían que ver con una inauguración de arte contemporáneo a la que Enzo había prometido asistir porque el galerista era hijo de un amigo de su padre y porque las promesas de ese tipo, aunque ingratas en el momento de cumplirlas, eran el tipo de cosa que Gian Paolo Aponte le había enseñado que no se rompían sin una razón suficientemente buena.

Loretta lo acompañó porque el formato de la inauguración era exactamente el tipo de evento que Enzo había descrito como los que requerían su presencia: social, informal, sin protocolo empresarial pero con suficiente densidad de personas interesantes como para que ir solo produjera exactamente el efecto que él intentaba evitar en esos contextos.

En el tren, que era la manera en que Enzo prefería viajar cuando la distancia lo permitía porque los trenes tenían la virtud de no requerir que uno estuviera disponible para nadie durante el trayecto, Loretta aprovechó para preguntarle sobre el arte contemporáneo con la franqueza de quien sabe que hay cosas que es mejor admitir que no saber a fingir que se saben.

—Hay obras que entiendo y obras que no entiendo —dijo—. Con las primeras me pasa algo. Con las segundas me pasa que pienso en si el problema es la obra o soy yo.

Enzo la miró con algo que era claramente diversión pero que contenía también algo más serio.

—¿Y qué concluyes normalmente?

—Que suele ser la obra —dijo Loretta—. Pero que decirlo en voz alta en una inauguración es socialmente complicado.

—Es socialmente muy complicado —confirmó Enzo—. Por eso hay una frase que funciona en el noventa por ciento de los casos.

—¿Cuál?

—Interesante propuesta —dijo Enzo—. Dicho con el tono correcto, puede significar cualquier cosa que uno quiera que signifique y no compromete a nada.

Loretta consideró esto.

—¿Y el diez por ciento restante?

—En el diez por ciento restante la obra es realmente buena —dijo Enzo—. Y en ese caso no se necesita ninguna frase porque la obra habla sola y lo que uno siente es suficientemente obvio para que verbalizarlo resulte redundante.

—¿Y esta inauguración?

—No lo sé todavía —dijo Enzo—. Pero el galerista tiene buen ojo, lo cual es una señal razonablemente optimista.

La inauguración resultó pertenecer al sesenta por ciento intermedio que no había mencionado ninguno de los dos: obras que no eran ni completamente comprensibles ni completamente incomprensibles sino que requerían un tiempo de observación que el formato de la inauguración no siempre permitía. Loretta se detuvo frente a una pieza en particular, una instalación con espejos y texto que requería que uno se moviera para leerla completa, y estuvo ahí suficiente tiempo como para que Enzo, que había estado saludando al galerista a cinco metros de distancia, notara que no se había movido.

Se acercó.

—¿Qué dice? —dijo Enzo, que desde su ángulo no podía leer el texto.

—Depende de dónde te pongas —dijo Loretta—. Desde aquí dice una cosa. Si te mueves dos pasos a la izquierda dice otra.

Enzo se movió dos pasos a la izquierda.

—Dice algo diferente —confirmó.

—Y si te pones en el medio —dijo Loretta—, las dos lecturas se superponen y no puedes leer ninguna del todo pero tampoco puedes ignorar ninguna.

Enzo se puso en el medio y miró.

—¿Esto es arte contemporáneo? —dijo, después de un momento.

—Esto es arte contemporáneo que funciona —dijo Loretta.

Enzo la miró.

—¿Cómo distingues la diferencia?

—Porque me hizo moverme —dijo Loretta—. El arte que no te hace hacer nada, físicamente, no funciona. El que te mueve aunque sea dos pasos, sí.

Enzo miró la instalación durante un momento más.

—Mi madre habría dicho exactamente eso —dijo.

Era la segunda vez que lo decía. La primera había sido en la biblioteca, con el libro sobre el helenismo. Loretta lo notó y no lo dijo, porque había cosas que era mejor dejar en el espacio donde existían sin convertirlas en conversación antes de que estuvieran listas para serlo.

Volvieron a Nápoles en el último tren, con Milán desapareciendo detrás de las ventanillas y la oscuridad de la campiña lombarda avanzando hacia la oscuridad de la campiña campana con la continuidad de las cosas que no tienen frontera visible.

Loretta se durmió en algún punto entre Bolonia y Florencia, con la cabeza ligeramente inclinada hacia la ventanilla y el libro sobre el helenismo, que había traído para el trayecto, abierto en una página que ya no estaba leyendo.

Enzo la miró durante un momento. Luego miró por la ventanilla el paisaje oscuro.

Pensó en lo que la Signora Ferrante le había dicho durante la cena de la semana anterior, en ese momento en que los había dejado solos un instante con el pretexto de pedir más vino y que había aprovechado para decirle, con la franqueza de quien tiene ochenta y dos años y ninguna paciencia para las indirectas:

—Enzo, esa chica ve el mundo como tu madre lo veía. Y eso, en mi experiencia, no ocurre dos veces.

Él no había respondido. No porque no tuviera respuesta sino porque la respuesta que tenía era demasiado nueva para decirse en voz alta sin que sonara a algo que todavía no estaba seguro de que fuera.

Miró a Loretta dormida junto a la ventanilla.

Luego miró el paisaje oscuro de nuevo.

El tren siguió hacia Nápoles con la determinación de los trenes que saben adónde van y que no necesitan que nadie se los recuerde.

CAPÍTULO 6

Lo que Loretta no sabe todavía

La villa — El tercer mes

Había en la vida de Enzo Aponte una distinción que los que lo conocían superficialmente raramente advertían y que los que lo conocían bien habían aprendido a manejar con el cuidado que merecía: la diferencia entre el Enzo que funcionaba y el Enzo que existía. El primero era perfectamente visible para cualquiera que lo observara en una reunión de directorio, en una negociación comercial, en cualquiera de los contextos donde el apellido y la posición definían los términos del encuentro antes de que ninguna palabra fuera pronunciada. Era eficiente, era preciso, era el tipo de presencia que produce en los demás la sensación de que las cosas van a resultar como deben resultar porque hay alguien suficientemente capaz al frente de ellas.

El segundo era considerablemente menos visible y requería condiciones específicas para manifestarse: la ausencia del protocolo que el primero necesitaba para funcionar, la presencia de alguien que no lo necesitara siendo el presidente de la MSC para que la conversación tuviera valor, y el tiempo suficiente como para que el hábito de la representación cediera ante algo más parecido a la persona real que lo habitaba.

Loretta producía esas condiciones sin proponérselo, que era precisamente lo que las hacía eficaces.

Enzo lo había notado en algún momento del segundo mes sin poder identificar el instante exacto, que era la característica definitoria de los procesos que ocurren gradualmente y que por tanto no tienen el tipo de frontera visible que permite señalar el antes y el después. Lo que sí podía

identificar era el resultado: que había empezado a reorganizar su agenda de maneras que tres meses antes habrían requerido una justificación que no habría sabido dar.

Pasaba más tiempo en Nápoles. Esto tenía explicaciones plausibles de naturaleza logística que Enzo podía formular sin dificultad si alguien le preguntaba: la villa tenía una infraestructura de comunicaciones que Ginebra no superaba en términos de eficiencia práctica, el clima napolitano en otoño era más favorable para la concentración que el clima ginebrino, y ciertos asuntos del Mediterráneo central se gestionaban mejor desde Nápoles que desde Suiza. Todas estas razones eran verdaderas. Ninguna era la razón principal.

Dejaba la biblioteca libre por las tardes cuando sabía que Loretta la usaba para leer. Esto también tenía una explicación plausible: tenía suficiente trabajo para ocupar las tardes en el estudio y no necesitaba la biblioteca. Lo cual era igualmente verdadero e igualmente secundario.

Le preguntaba a Armando con una frecuencia que el chef encontraba inusual pero que gestionaba con la discreción profesional que le era propia si Loretta había comido bien, si había pedido algo específico, si había mencionado alguna preferencia que no estuviera incorporada ya en la rutina. Armando respondía a estas preguntas con la información solicitada y sin comentario adicional, que era su manera de decir que había entendido perfectamente lo que estaba pasando y que no pensaba decirlo en voz alta porque nadie se lo había pedido.

La noche que Loretta tuvo fiebre fue la noche en que Enzo comprendió con la claridad específica de los momentos que no dejan espacio para la ambigüedad que había cruzado alguna línea cuya ubicación exacta no había podido identificar mientras la cruzaba.

María lo había informado a las siete de la tarde con la seriedad de quien reporta una situación que requiere atención: Loretta llevaba desde mediodía con fiebre, había tomado algo que tenía en su bolso pero que no había bajado la temperatura suficientemente, y había insistido en que no era necesario llamar a nadie porque era solo un resfriado y se le pasaría con descanso.

—¿Tiene todo lo que necesita? —dijo Enzo.

—Creo que sí —dijo María—. Pero no sé si el medicamento que tomó es el adecuado.

Enzo miró su agenda de la tarde, que incluía una llamada con el equipo de Shanghái a las ocho, pospuso la llamada con un mensaje que no explicaba el motivo, buscó en el directorio de la zona la farmacia de guardia más cercana, y fue él mismo porque la alternativa era mandar a Stefano y Stefano era perfectamente capaz de ir a una farmacia pero no era capaz de explicarle al farmacéutico los síntomas exactos con el detalle que Enzo consideraba necesario para que el farmacéutico recomendara lo correcto.

Esto Enzo no se lo explicó a sí mismo en esos términos mientras lo hacía. Lo hizo con la eficiencia automática de quien resuelve un problema que requiere solución y que no tiene tiempo para análisis mientras la solución está pendiente. El análisis llegó después, cuando ya estaba en la farmacia hablando con el farmacéutico sobre la combinación de medicamentos más apropiada para una fiebre de treinta y ocho grados con inicio en el mediodía y sin síntomas respiratorios aparentes, y pensó que esto era exactamente lo que Edoardo había descrito en la cocina el domingo de la visita cuando había dicho que la relevancia era suya.

Edoardo, concluyó Enzo mientras el farmacéutico envolvía los medicamentos, era irritante con una consistencia que merecía reconocimiento aunque no lo fuera a recibir de su parte en ningún futuro previsible.

Dejó los medicamentos y las instrucciones del farmacéutico con María, que se los llevó a Loretta, y volvió al estudio sin subir él mismo porque subir él mismo habría significado algo que todavía no estaba en posición de significar.

Loretta supo al día siguiente que había sido Enzo quien fue a la farmacia porque María, que tenía la discreción de alguien que guarda los secretos que le piden guardar y la franqueza de alguien que no guarda los que no le piden guardar, se lo dijo con la naturalidad de quien comparte información relevante.

—¿Por qué no mandó a Stefano? —dijo Loretta.

—No lo sé —dijo María—. Pero estuvo fuera casi una hora.

Loretta pensó en esto durante un momento.

—¿Le dijiste que estoy mejor?

—Esta mañana cuando bajó a desayunar lo primero que preguntó fue si habías dormido bien —dijo María—. Le dije que sí. Me pareció suficiente.

Loretta asintió.

—Gracias, María.

—De nada —dijo María—. Y Loretta, hay algo que Giusy dice siempre que me parece útil en estas situaciones.

—¿Qué dice Giusy?

—Que las cosas evidentes no necesitan que nadie las haga evidentes —dijo María—. Que se hacen solas cuando están listas.

Loretta la miró durante un momento.

—Giusy es más filosófica de lo que parece.

—Todos lo somos más de lo que parecemos —dijo María, con la serenidad de quien enuncia una verdad que no requiere elaboración, y se fue a doblar la ropa del tendedero con la misma serenidad.

Enzo, por su parte, pasó el tercer mes construyendo sobre su agenda reorganizada una nueva normalidad que era perfectamente funcional en términos operativos y que en términos personales representaba algo que habría sido difícil de articular sin que sonara a más de lo que él estaba dispuesto a admitir que era.

Lo que era, en los términos más precisos disponibles, era esto: que había empezado a pensar en el día en términos de cuándo coincidiría con Loretta en los espacios compartidos de la villa, con la misma naturalidad despreocupada con que pensaba en las llamadas de trabajo o en los informes que necesitaba revisar. No como la parte más importante del día, que habría sido una exageración que su honestidad consigo mismo no habría tolerado. Como una parte del día que tenía un peso específico que las demás partes no tenían de la misma manera.

Las conversaciones habían adquirido sin que nadie lo hubiera decidido la calidad de las conversaciones entre personas que ya no necesitan establecer el terreno porque el terreno está establecido y lo que queda es simplemente habitar lo que ya existe. Hablaban de lo que aparecía: de los libros que Loretta estaba leyendo, de los asuntos de la villa que requerían su atención conjunta, de Nápoles que Loretta estaba descubriendo con el ojo de quien viene de otra ciudad y que por tanto ve lo que los que han vivido siempre en ella han dejado de ver. Y ocasionalmente, con la frecuencia de las cosas que ocurren cuando el contexto lo permite pero que nadie fuerza, de cosas que no tenían nada que ver con ninguna de esas categorías y que eran simplemente lo que salía cuando dos personas con curiosidad genuina sobre el mundo se encuentran en el mismo espacio con tiempo disponible.

Una tarde, Enzo llegó antes de lo esperado de una reunión que había resultado más breve de lo que su agenda marcaba, encontró a Loretta en el jardín hablando con Carlo sobre la mejor manera de trasplantar uno de los olivos más jóvenes, y se detuvo en la puerta que comunicaba la terraza con el jardín durante un momento antes de salir.

No porque la situación requiriera que se detuviera. Porque quiso verla un momento antes de que ella lo viera a él, que era el tipo de cosa que uno hace cuando algo ha cambiado aunque no haya habido ningún momento específico en que el cambio ocurriera.

Loretta estaba de espaldas, escuchando a Carlo con la atención que le prestaba a todo lo que consideraba que valía la pena escuchar, que era considerablemente más de lo que la mayoría de las personas consideraban que valía la pena. Tenía la costumbre, que Enzo había notado en alguna de las primeras semanas, de inclinarse ligeramente hacia adelante cuando escuchaba algo que le interesaba, como si la postura pudiera mejorar la recepción de lo que llegaba.

Carlo terminó su explicación y Loretta respondió algo que Enzo no pudo escuchar desde la puerta y que hizo reír al jardinero con esa risa específica

de los hombres que han trabajado al aire libre durante muchas décadas y que ríen con todo el cuerpo porque el cuerpo ha aprendido que la risa es también un trabajo que merece hacerse bien.

Enzo salió a la terraza. Loretta se giró al escuchar sus pasos.

—Creía que tenías reunión hasta las siete —dijo.

—Terminó antes —dijo Enzo—. ¿Qué le dijiste a Carlo que lo hizo reír así?

—Que los olivos son los únicos seres vivos que mejoran con los años sin que a nadie le sorprenda —dijo Loretta—. Y que eso los hace más honestos que la mayoría de las personas.

Enzo miró los olivos durante un momento.

—Carlo lleva veinte años cuidándolos —dijo.

—Lo sé —dijo Loretta—. Me lo dijo él mismo. Y dijo que en veinte años no ha necesitado pedirle nada a ninguno que no estuviera dispuesto a dar.

—¿Y eso qué significa?

—Que son buena compañía —dijo Loretta, con la sencillez de quien no está buscando profundidad sino simplemente diciéndolo como es.

Enzo la miró durante un momento. Luego miró los olivos. Luego la miró de nuevo.

—¿Tienes tiempo para caminar hasta el mirador antes de que oscurezca? —dijo.

Era la primera vez que Enzo le proponía algo que no tenía ningún propósito logístico. Loretta lo procesó en el tiempo que tardó en responder, que fue breve porque la respuesta era sencilla.

—Sí —dijo—. Tengo tiempo.

Caminaron hasta el mirador que estaba a quince minutos de la villa por el sendero que bordeaba el promontorio, con el golfo apareciendo y desapareciendo entre los pinos según la curva del camino. No hablaron mucho durante el trayecto, no porque no hubiera nada que decir sino porque el silencio entre dos personas que se conocen suficientemente bien ya tiene su propio contenido y no necesita ser llenado para ser real.

Llegaron al mirador cuando el sol estaba justo en el ángulo que hacía que el golfo entero brillara con ese color que los pintores napolitanos han intentado capturar durante siglos y que siempre resulta ser ligeramente diferente de cualquier cosa que quepa en un cuadro.

Loretta lo miró durante un buen rato sin decir nada.

—¿Qué piensas? —dijo Enzo.

—Que entiendo por qué tus padres eligieron vivir aquí —dijo Loretta—. No la villa, sino esto. Esta vista específica.

Enzo no respondió inmediatamente. Cuando lo hizo su voz tenía un tono diferente del que usaba para la mayoría de las conversaciones, el tono de

las cosas que se dicen cuando la guardia ha bajado sin que nadie lo haya decidido.

—Mi madre se venía aquí sola por las tardes cuando tenía que pensar en algo difícil —dijo—. Decía que el golfo ponía las cosas en perspectiva porque era más grande que cualquier problema y que recordarlo era útil.

—Era una persona inteligente —dijo Loretta.

—Era la persona más inteligente que he conocido —dijo Enzo—. Y la más honesta. Las dos cosas juntas son más raras de lo que deberían ser.

Loretta lo miró de perfil, con el sol cayendo sobre el golfo entre los dos y Nápoles extendida a sus pies con su belleza caótica y permanente, y pensó que Paolo tenía razón cuando dijo que esto iba a ser más complicado de lo que Piero calculó.

No porque fuera malo.

Sino porque las cosas que importan siempre son más complicadas de lo que cualquier cálculo anticipa, y que esa complicación es precisamente la señal de que importan.

El sol terminó de ponerse. Volvieron a la villa por el mismo sendero, con el golfo oscureciéndose a su izquierda y las primeras luces de Nápoles encendiéndose abajo.

Armando tenía la cena lista cuando llegaron, y la cena fue la cena, y la noche fue la noche, y ninguno de los dos dijo nada sobre el mirador ni sobre lo que se había dicho o no se había dicho allí, porque había cosas que existían mejor en el espacio donde habían ocurrido y que hablar de ellas las habría movido a otro espacio donde serían algo diferente.

Por ahora eran lo que eran.

Y lo que eran era suficiente para el tercer mes.

CAPÍTULO 7

La pregunta que no se hace

Nápoles — Un domingo sin agenda

Había domingos en la villa Aponte que tenían agenda y domingos que no la tenían, y la diferencia entre los dos tipos no era únicamente logística sino cualitativa: los domingos con agenda tenían la textura de los días que uno atraviesa porque hay cosas que hacer, y los domingos sin agenda tenían la textura de los días que uno habita porque hay tiempo disponible y la única pregunta es qué hacer con él.

El domingo del cuarto mes fue de la segunda categoría de una manera tan completa que ninguno de los dos lo había planeado pero que en retrospectiva parecía haber sido planeado por alguien con mejor criterio que cualquiera de los dos.

Enzo no tenía compromisos. Esto ocurría con la frecuencia de los fenómenos que son posibles en teoría pero que la práctica raramente confirma: las necesidades de la MSC respetaban pocas fechas en el calendario y el domingo era una de las que respetaban menos. Pero ese domingo en particular la semana anterior había sido suficientemente intensa como para que incluso Ginebra, que no era conocida por su sensibilidad hacia los horarios de sus presidentes, hubiera producido un fin de semana limpio de convocatorias.

Loretta había organizado la semana con una eficiencia que le había dejado ese domingo completamente libre, lo cual era el resultado de haber aprendido en cuatro meses que los espacios libres en la agenda de Enzo no eran accidentes sino conquistas que requerían trabajo previo, y que ese trabajo valía la pena hacerlo porque los domingos sin agenda producían en él una calidad de presencia diferente de la que producían los otros días: más completa, menos dividida entre lo que ocurría en la villa y lo que ocurría en Ginebra o Shanghái o cualquier otro punto del mundo donde la MSC tuviera algo que requiriera la atención de su presidente.

Armando había preparado el desayuno para las nueve y media con la anticipación de quien conoce los ritmos de la casa lo suficiente como para saber que los domingos sin agenda el desayuno no se hace a la hora de siempre sino a la hora que resulte que los dos habitantes principales de la villa bajen cuando bajen.

Enzo bajó a las nueve y veinte. Loretta bajó a las nueve y veinticinco. Armando sirvió el capuchino con la canela sin que nadie tuviera que pedírselo, las tostadas con la mermelada de naranja amarga que siempre había, y una fruta del mercado que el sábado anterior había considerado especialmente digna de aparecer en el desayuno del domingo.

—¿Tienes planes? —dijo Enzo, mirando el golfo por la ventana del comedor con el café en la mano.

—Ninguno concretos —dijo Loretta—. ¿Y tú?

—Tampoco —dijo Enzo.

Fue una conversación que duró exactamente lo que duró y que sin embargo estableció algo que ninguno de los dos había articulado previamente: que ese domingo era de los dos y que lo que ocurriera en él dependía de lo que surgiera y no de lo que hubiera sido previsto.

Lo que surgió primero fue que Loretta tenía que ir al mercado a buscar las flores de la semana, que era una de esas tareas que en principio podía delegar pero que había convertido en propia porque le gustaba elegirlas ella misma, porque la elección de las flores era el tipo de decisión pequeña que decía cosas sobre el estado de ánimo de quien las elegía y que por tanto era demasiado personal para delegarse sin perder algo en el proceso.

—Vengo —dijo Enzo.

Loretta lo miró.

—No tienes que venir —dijo.

—Lo sé —dijo Enzo—. ¿Dónde está el mercado?

Era el mercado de Antignano, en el barrio del Vomero, que los sábados y domingos se extendía por dos calles con una variedad de productos que correspondía a la variedad de personas que lo frecuentaban: napolitanos de toda la vida que compraban lo que siempre compraban en el mismo puesto donde siempre lo compraban, turistas que compraban lo que les parecía más fotogénico, y una franja intermedia de personas que habían llegado al barrio en algún momento de las últimas décadas y que habían desarrollado con el mercado la relación específica de quien ha encontrado en un lugar nuevo la versión local de algo que necesitaba.

Caminaron hasta el mercado por las calles del Vomero con el sol de octubre que en Nápoles tiene una calidad específica que los napolitanos describen como la mejor luz del año: suficientemente baja para que los colores tengan profundidad, suficientemente presente para que el calor sea agradable sin ser excesivo, con esa cualidad del otoño mediterráneo que en otras latitudes no existe de la misma manera y que hace que todo parezca más definido que en verano.

Loretta conocía ya varios de los puestos del mercado por las semanas anteriores en que había ido sola o con María, y se movía entre ellos con la confianza de quien ha aprendido el territorio y sabe dónde están las cosas buenas. Enzo la seguía con la actitud del que está en un lugar que conoce de otra manera y que al verlo desde otro ángulo lo descubre de nuevo.

—¿Cuánto tiempo llevas sin venir al mercado? —dijo Loretta, mientras examinaba un ramo de ramas de eucalipto con flores de temporada mezcladas que el vendedor esperaba con la paciencia profesional de quien ha aprendido que la espera mientras el cliente decide es parte del trabajo.

—Años —dijo Enzo—. Venía aquí con mi madre cuando era pequeño. Ella compraba siempre en ese puesto de allí —señaló un puesto de especias al otro lado del pasillo— aunque en el del mercado central hubiera las mismas cosas, porque decía que el señor que lo atendía tenía el mejor criterio para el azafrán de toda Nápoles y que eso valía el desvío.

—¿Sigue estando el mismo señor?

Enzo miró hacia el puesto.

—No lo sé —dijo—. Hace mucho que no vengo.

Loretta tomó el ramo de eucalipto, pagó al vendedor, y caminó hasta el puesto de especias. Enzo la siguió. El hombre que atendía el puesto tenía unos setenta años y la cara de quien ha pasado décadas en el mismo lugar y que ha llegado a parecerse a él.

—Buongiorno —dijo Loretta—. ¿Tienen azafrán?

—El mejor de Nápoles —dijo el hombre, con la modestia específica del que sabe que lo que dice es verdad y que por tanto no necesita exagerarlo.

—¿Lleva mucho tiempo aquí? —dijo Loretta.

—Desde 1987 —dijo el hombre—. Este puesto era de mi padre y antes del padre de mi padre.

Loretta se giró hacia Enzo con una expresión que no decía nada pero que decía todo.

Enzo miró al hombre durante un momento.

—Mi madre compraba aquí —dijo—. Rafaela Aponte. Venía los domingos.

El hombre lo miró con la atención de quien busca en la memoria algo que sabe que está ahí.

—La Signora Rafaela —dijo finalmente—. Claro que la recuerdo. Siempre el azafrán de la primera cosecha y las semillas de hinojo. —Una pausa—. Hace tiempo que no viene.

—Murió hace dos años —dijo Enzo.

El hombre asintió con la gravedad de quien recibe una noticia que no esperaba y que sin embargo no le sorprende del todo porque la ausencia prolongada de alguien que venía siempre tiene su propio tipo de elocuencia.

—Lo siento —dijo—. Era una buena cliente. Y una buena persona, que no siempre coincide.

Compraron el azafrán y las semillas de hinojo y siguieron por el mercado sin decir nada durante un rato, con las compras en la bolsa y el sol de octubre y el olor a especias y a frutas y a la ciudad que los rodeaba.

Fue Loretta quien habló primero.

—¿Solías venir mucho con ella?

—Los domingos cuando estaba en Nápoles —dijo Enzo—. Que era menos de lo que habría querido, porque los últimos años viajaba mucho para la empresa. —Una pausa—. Uno piensa que hay tiempo suficiente para las cosas que importan y luego resulta que el tiempo no era suficiente.

—¿Lo echas de menos?

Era una pregunta directa y Loretta la hizo con la naturalidad de quien sabe que la franqueza a veces es la única forma de preguntar lo que vale la pena preguntar.

Enzo la miró durante un momento.

—Echo de menos los domingos en el mercado —dijo—. Específicamente esos. Con ella. La manera en que sabía exactamente qué comprar y por qué, y la manera en que me explicaba el por qué como si fuera importante que yo lo entendiera, que resultó que lo era.

Loretta no respondió. Caminaron un poco más entre los puestos con las compras de la semana acumulándose en la bolsa y el mercado reduciendo paulatinamente su intensidad a medida que la mañana avanzaba hacia el mediodía.

—¿Qué te enseñó? —dijo Loretta finalmente—. De los mercados. Lo que te explicaba.

Enzo lo pensó con la seriedad de quien no responde esto por reflejo sino porque la pregunta merece que uno llegue a la respuesta de verdad.

—Que los lugares donde la gente compra comida dicen más sobre cómo vive que cualquier otra cosa que uno pueda observar —dijo—. Que un mercado es una conversación entre las personas que producen y las que consumen, y que cuando esa conversación funciona bien el resultado es completamente diferente de cuando no funciona. —Hizo una pausa—. Y que el azafrán de primera cosecha no tiene sustituto posible y que comprar el de segunda cosecha para ahorrar dos euros es el tipo de decisión que parece razonable hasta que uno cocina con él.

Loretta soltó una carcajada que tenía la calidad específica de las risas que no se planifican: corta, genuina, con el cuerpo involucrado de una manera que las risas corteses no tienen.

—¿Te lo dijo con esas palabras?

—Más o menos —dijo Enzo—. Con más drama napolitano. Ella era de Nápoles y tenía una manera de darle importancia a las cosas cotidianas que hacía que una conversación sobre el azafrán pareciera filosóficamente significativa.

—Era filosóficamente significativa —dijo Loretta.

—Sí —dijo Enzo—. Tenías razón en lo que dijiste el otro día sobre la biblioteca de Alejandría. El conocimiento en contacto con otro conocimiento genera algo que ninguno tenía por separado. Ella lo hacía eso con las cosas pequeñas.

Compraron lo que faltaba en la lista y volvieron a la villa por un camino diferente al de ida, sin haberlo decidido, simplemente porque al salir del mercado Loretta giró en una dirección y Enzo la siguió y el camino resultó ser diferente aunque llegara al mismo lugar.

Armando preparó una comida con el azafrán recién comprado que tenía la calidad de las cosas que se hacen con ingredientes buenos cuando quien los cocina sabe lo que hace. Comieron en la terraza, con el golfo abajo y la luz de octubre haciendo lo que hacía con los colores en esa hora, hablando de cosas que surgían sin ser convocadas: la historia del barrio del Vomero, que Loretta había estado leyendo porque le interesaba entender los lugares donde vivía, los planes de ampliación del puerto que Enzo gestionaba desde la MSC y que tenían implicaciones para la ciudad que él veía de manera diferente cuando las veía desde Nápoles que cuando las veía desde Ginebra.

Después de comer, con el café sobre la mesa y la tarde instalándose con esa lentitud específica de las tardes de domingo que no tienen ningún lugar donde ir, hubo un momento de silencio que ninguno de los dos rompió durante un tiempo que no habría podido medirse con precisión pero que

tenía la calidad de los silencios que son cómodos precisamente porque no necesitan ser llenados.

—¿Qué piensas cuando estás en silencio? —dijo Loretta finalmente.

Era la pregunta que el capítulo no había hecho todavía y que cuando vino, llegó con la naturalidad de las preguntas que han estado esperando el momento correcto.

Enzo la miró.

—Depende del silencio —dijo—. Hay silencios de trabajo, donde estoy pensando en algo específico aunque no lo diga. Hay silencios de cansancio, donde no estoy pensando en nada porque el día ha consumido toda la capacidad disponible. Y hay silencios como este.

—¿Cómo este?

—Como este —dijo Enzo—. Donde estoy aquí.

Loretta procesó eso durante un momento.

—¿Y eso es diferente?

—Sí —dijo Enzo—. Es diferente.

No elaboró. Loretta no le pidió que elaborara. Había cosas que existían mejor en la forma en que se habían dicho y que cualquier elaboración habría movido a otro lugar donde serían algo diferente y posiblemente menos verdaderas.

El narrador omnisciente, que tiene el privilegio de ver lo que los personajes no dicen además de lo que dicen, puede añadir que lo que Enzo estaba pensando en ese silencio como este era que llevaba cuatro meses sin pensar en la apuesta con Piero, y que esa ausencia, que debería ser irrelevante porque la apuesta era el marco y no el contenido, resultaba en cambio la información más significativa del día.

Pero eso era algo que Enzo no dijo porque no había llegado todavía a la versión de sí mismo que podría haberlo dicho sin que sonara a más de lo que estaba listo para que fuera.

Por ahora estaba la tarde de domingo en la terraza.

El golfo abajo. El Vesubio al fondo. El café sobre la mesa.

Y dos personas compartiendo un silencio que tenía su propio contenido y que no necesitaba de palabras para ser completamente real.

Lo que vendría después vendría cuando fuera el momento.

Ese domingo todavía no era el momento.

Pero se estaba acercando.

CAPÍTULO 8

Piero empieza a preocuparse

Florencia, Nápoles — El cuarto mes

Piero Castellani era, por temperamento y por elección, un hombre que prefería pensar las consecuencias de las cosas antes de que las cosas ocurrieran. Era una cualidad que en la mayoría de los contextos le resultaba útil y que en algunos contextos, el presente incluido, producía el efecto exactamente opuesto: cuando uno piensa suficientemente bien las consecuencias de una situación que ha puesto en marcha, llega inevitablemente al punto donde las consecuencias que anticipó y las consecuencias que están ocurriendo empiezan a separarse de maneras que requieren atención.

Llevaba semanas llegando a ese punto.

La apuesta había sido diseñada con una lógica que en Antibes, con el Barolo y el Mediterráneo y la disposición específica que esa combinación producía en su pensamiento, le había parecido elegante en su sencillez: crear las condiciones para que Enzo conociera a alguien real, dejar que la realidad hiciera su trabajo, y observar el resultado. Lo que no había calculado con suficiente precisión, y esto lo reconocía con la honestidad que aplicaba a sus propios errores cuando nadie lo estaba mirando, era la variable bidireccional: que el proceso que había diseñado para que Enzo se enamorara de Loretta también producía condiciones para que Loretta se enamorara de Enzo, y que esa posibilidad, que en teoría era el objetivo, en la práctica cambiaba la naturaleza de lo que había organizado de maneras que no había anticipado completamente.

Lo que había anticipado era una apuesta.

Lo que estaba ocurriendo era algo que merecía más respeto que una apuesta.

Llamó a Enzo un jueves por la mañana con el pretexto de un asunto menor relacionado con una obra de la galería que tenía alguna conexión tangencial con un contacto de la MSC, que era el tipo de pretexto que funcionaba porque era parcialmente verdadero y porque Enzo, que tenía un detector bien calibrado para los pretextos completamente falsos, no lo cuestionaba cuando contenía algo real.

—¿Cómo va todo? —dijo Piero, después de resolver el asunto de la obra en aproximadamente tres minutos.

—Bien —dijo Enzo.

—¿Bien en general o bien en la villa?

—Bien en general y bien en la villa —dijo Enzo—. Son la misma respuesta.

—Normalmente no lo son —dijo Piero.

Hubo una pausa que tenía la calidad específica de las pausas entre personas que se conocen desde los dieciséis años y que saben cuándo la otra está pensando en algo que no está diciendo.

—¿Qué quieres preguntarme, Piero?

—Quiero preguntarte cómo está la apuesta —dijo Piero, que había decidido que la franqueza era más honesta que seguir rodeando el asunto.

—La apuesta —dijo Enzo—. No había pensado en la apuesta desde hace aproximadamente tres semanas.

El silencio que siguió duró más que el anterior.

—¿Tres semanas? —dijo Piero.

—O cuatro —dijo Enzo—. No lo medí.

Piero miró por la ventana de su despacho en la galería el jardín interior con los limoneros que su abuelo había plantado y que él había conservado porque eran lo más parecido a una continuidad con algo anterior que la galería le ofrecía.

—¿Y eso cómo lo interpretas? —dijo.

—No lo interpreto —dijo Enzo—. Lo constato.

—Enzo.

—Piero.

—¿Sabes lo que estás haciendo?

—Tengo una idea razonable —dijo Enzo—. ¿Sabes tú lo que hiciste cuando organizaste esto?

Era la pregunta que Piero sabía que tarde o temprano iba a llegar y para la que había estado preparando una respuesta que resultara honesta sin ser completamente desfavorable para él.

—Organicé una situación que permitiera que algo real ocurriera en condiciones que normalmente no lo permiten —dijo.

—Eso es una manera elegante de describir una manipulación —dijo Enzo.

—Es una manera precisa —dijo Piero—. La manipulación tiene intención de daño. Lo que yo organicé no.

—¿Y Loretta?

—¿Qué pasa con Loretta?

—¿Ella está en esto con toda la información que necesita? —dijo Enzo—. Porque si hay algo que no sabe y que debería saber, quiero saberlo yo antes de que lo sepa ella.

Era la frase más reveladora de toda la conversación y los dos lo sabían: que la preocupación de Enzo en ese momento no era la apuesta ni la galería ni la casa en Suiza sino que Loretta tuviera lo que necesitaba para estar en la situación con los ojos abiertos.

Piero tardó un momento en responder, no porque no supiera qué decir sino porque estaba procesando exactamente lo que la frase significaba.

—Sabe que hay una apuesta —dijo—. No sabe todos los detalles. Creo que es el momento de que los sepa.

—¿Cuándo?

—Cuando vayas a Florencia —dijo Piero—. O cuando venga a Florencia. Prefiero hacerlo en persona.

—De acuerdo —dijo Enzo—. Pero Piero.

—¿Sí?

—La próxima vez que decidas organizar mi vida personal con una apuesta de veinticinco millones de euros, avísame antes.

—Si te hubiera avisado antes —dijo Piero—, habrías dicho que no.

—Exactamente —dijo Enzo.

—Por eso no te avisé —dijo Piero.

Enzo colgó. Piero se quedó mirando los limoneros durante un momento con la expresión del hombre que ha tenido la conversación que necesitaba tener y que ha descubierto que la situación es exactamente tan complicada como temía aunque de maneras ligeramente distintas de las que anticipaba.

Luego llamó a su secretaria para cambiar los compromisos del viernes siguiente porque iba a ir a Nápoles.

No porque Enzo se lo hubiera pedido. Porque había cosas que había que ver con los propios ojos para entenderlas completamente, y la situación en la villa Aponte era claramente una de esas cosas.

Llegó el viernes por la tarde con el pretexto de unos documentos que había que firmar relacionados con una colección que la MSC tenía en préstamo en la galería, que era un pretexto suficientemente sólido para no requerir explicación adicional.

Lo que encontró en la villa era lo que había esperado encontrar y al mismo tiempo algo que superaba sus expectativas en un sentido que no era cuantitativo sino cualitativo: no había más de lo que esperaba, había algo diferente de lo que esperaba, y esa diferencia era de la clase que uno reconoce cuando la ve aunque no haya tenido exactamente esa forma en ninguna anticipación previa.

Loretta estaba en la cocina con Armando revisando el menú de la semana siguiente cuando Piero llegó, y lo recibió con la naturalidad de quien ya ha incorporado la presencia ocasional de los amigos de su empleador como parte de la textura habitual de la villa. Le ofreció café, le preguntó si se quedaba a cenar, le indicó que su habitación habitual estaba lista.

Todo esto era perfectamente correcto. Lo que Piero notó, con la atención que había dedicado al asunto desde Florencia, era la calidad específica de esa corrección: no era la corrección de alguien que está haciendo su trabajo sino la corrección de alguien que está en su lugar y que por tanto hace las cosas desde ahí, que es una diferencia sutil pero real y que resultaba perfectamente visible para quien buscara verla.

Enzo llegó a las siete desde el estudio con los documentos que había preparado para la firma y encontró a Piero en la terraza con una copa de

vino y la expresión del hombre que lleva un rato sentado mirando el golfo y pensando en algo que el golfo no le va a responder pero que tampoco le pide que se apresure.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —dijo Enzo.

—Una hora y media —dijo Piero—. Armando me tiene bien atendido.

—Armando atiende bien a todo el mundo —dijo Enzo, sentándose—. Es su manera de evaluar.

—Lo sé —dijo Piero—. Me atendió bien desde el primer día, lo cual supuse que era una señal positiva aunque nunca se lo pregunté directamente.

Firmaron los documentos con la brevedad de quien gestiona un trámite menor, y luego se quedaron con las copas y el golfo y la conversación que ambos sabían que debía tener lugar aunque ninguno de los dos hubiera dicho explícitamente que había venido para eso.

—¿Cómo la ves? —dijo Enzo.

—Como a alguien que está en su lugar —dijo Piero—. Lo cual no era exactamente lo que esperaba ver en el cuarto mes.

—¿Qué esperabas ver?

—A alguien haciendo bien un trabajo —dijo Piero—. No es lo mismo.

—No —dijo Enzo.

Hubo una pausa.

—¿Y tú? —dijo Piero—. ¿Cómo te ves tú?

—Como a alguien que ha dejado de pensar en la apuesta —dijo Enzo—. Ya te lo dije por teléfono.

—Te lo pregunté por teléfono porque necesitaba escuchar la respuesta —dijo Piero—. Te lo pregunto ahora porque necesito ver cómo la dices.

Enzo lo miró durante un momento.

—¿Y?

—Y es lo que pensaba —dijo Piero—. Que no es la apuesta lo que dejaste de pensar. Es que la categoría entera dejó de ser útil.

—Explícate.

—La apuesta existía para demostrar algo —dijo Piero—. Que hay personas que pueden acercarse a ti por razones que no tienen que ver con tu fortuna. La apuesta ya está demostrada. Lo que no sé es si estás preparado para lo que viene después de la demostración.

—¿Y tú sí sabes lo que viene después?

—Tengo una idea —dijo Piero—. Pero no es mi vida. Así que mi idea no es lo que importa.

Cenaron los tres en la terraza con el menú que Armando había preparado para la ocasión y que incluía el azafrán de primera cosecha que Enzo había traído del mercado el domingo anterior y que Armando había incorporado a

la paella con la reverencia del artista que reconoce un ingrediente que merece respeto. La conversación durante la cena fue lo que las conversaciones entre tres personas que saben cosas distintas sobre la misma situación suelen ser: más de lo que parece en la superficie y simultáneamente más liviana de lo que el fondo podría sugerir, porque los tres habían decidido sin decirlo que la cena era la cena y que lo que correspondía a la cena era disfrutarla.

Loretta contó algo sobre la historia del barrio del Vomero que había encontrado en un libro que había descubierto en la biblioteca de la villa, una historia sobre un mercado del siglo dieciocho que había existido exactamente en el lugar donde ahora estaba el mercado del domingo, y que por tanto el mercado actual era en cierta manera el mismo mercado con cuatro siglos de diferencia aunque nadie que lo frecuentara supiera eso. Enzo añadió algo sobre los registros de comercio de ese período que tenía la MSC porque el puerto de Nápoles había sido uno de los más activos del Mediterráneo en esa época. Y Piero, que era el más callado de los tres durante esa parte de la cena, los escuchó con la atención específica del que está viendo algo que confirma lo que ya sospechaba.

Cuando Loretta se retiró con el pretexto de una llamada que tenía pendiente y que probablemente era real aunque también era el tipo de pretexto que se usa cuando uno intuye que las personas que quedan en la mesa necesitan un momento, Piero miró a Enzo durante un segundo.

—Hablan como si se conocieran desde hace mucho tiempo —dijo.

—Llevamos cuatro meses —dijo Enzo.

—Lo sé —dijo Piero—. Por eso lo digo.

Enzo no respondió. Bebió su vino mirando el golfo con esa expresión que Piero conocía desde los dieciséis años y que significaba que estaba pensando en algo que todavía no estaba listo para decir.

—Tengo que hablar con ella —dijo Piero—. Mañana. Sobre lo que sabe y lo que no sabe.

—Lo sé —dijo Enzo—. Hazlo.

—¿Y tú?

—Yo haré lo que corresponda cuando corresponda hacerlo —dijo Enzo—. Como siempre.

Piero asintió. No era la respuesta más detallada que podría haber recibido, pero era la respuesta honesta, y con Enzo la respuesta honesta era lo más que uno podía pedir porque era también lo más que Enzo podía dar cuando algo todavía estaba formándose.

El golfo seguía siendo el golfo. Nápoles seguía siendo Nápoles. Y la situación que Piero había puesto en marcha en Antibes con el Barolo y las mejores intenciones disponibles seguía siendo exactamente lo que era: más complicada de lo que había calculado, más real de lo que había anticipado, y considerablemente más importante que una apuesta.

Eso último, pensó Piero mientras terminaba su vino, era la única complicación que en el fondo no le importaba tener.

Era también, si era honesto consigo mismo, exactamente lo que había esperado que ocurriera aunque no hubiera tenido las palabras para decirlo en Antibes sin que sonara a demasiado.

El narrador omnisciente puede añadir, desde su posición privilegiada, que en ese momento Piero estaba pensando también en otra cosa que no le dijo a Enzo: que la conversación que tendría con Loretta al día siguiente iba a requerir de su parte la honestidad más completa que hubiera tenido que ejercer en mucho tiempo, y que esa honestidad, aunque necesaria, iba a tener consecuencias que él no podía predecir con la misma seguridad con que había predicho las anteriores.

Porque Loretta, como había aprendido en las últimas horas, no era el tipo de persona a quien se le dice media verdad sin que ella complete la otra mitad sola antes de que uno termine la frase.

Y eso, en las circunstancias actuales, era lo más importante que Piero podía saber antes de sentarse con ella al día siguiente.

CAPÍTULO 9

La tormenta de Positano

Costa amalfitana — El quinto mes

La casa de Positano había estado cerrada desde enero de 2022. No porque nadie hubiera tomado la decisión de cerrarla, sino porque nadie había tomado la decisión de abrirla, que en el vocabulario de los duelos que no se nombran explícitamente era la misma cosa dicha de manera diferente. Gian Paolo y Rafaela Aponte la habían comprado en los años noventa con la intención declarada de usarla únicamente en septiembre, cuando el verano había cedido lo suficiente como para que la costa amalfitana recuperara la calidad que el turismo de julio y agosto le quitaba: el silencio que volvía a las calles estrechas, la luz que cambiaba de ángulo, el mar que recuperaba el azul profundo que en verano se volvía turquesa por la densidad de embarcaciones.

Enzo la había abierto en septiembre de 2022, el primer septiembre después del accidente, porque no hacerlo habría sido una forma de decir que la casa ya no era la casa y que los septiembres ya no eran los septiembres, y Enzo no estaba dispuesto a decir esas cosas aunque la alternativa fuera pasar una semana solo en una casa diseñada para ser habitada en compañía. Había pasado esa semana trabajando más de lo que correspondía a una casa en Positano y mirando el mar más de lo que correspondía a alguien con tanto trabajo pendiente, y al final de la semana había cerrado la casa con la certeza de que el año siguiente sería diferente aunque no supiera todavía en qué sentido.

El septiembre de 2024 era el año siguiente con dos años de retraso, que era el tiempo que había necesitado para que diferente tuviera una forma concreta.

Dijo a Loretta y a Stefano que irían dos días, que había que revisar el estado de la casa después de dos veranos de cierre parcial y que prefería hacerlo él mismo antes de mandarla a una empresa de mantenimiento. Esto era verdad. No era toda la verdad, pero era suficiente de ella para que la propuesta tuviera sentido sin requerir elaboración.

Stefano cargó el maletero con la eficiencia de siempre y condujo los cincuenta kilómetros desde Nápoles por la carretera que bordea el golfo con la concentración específica que la Amalfitana requería de sus conductores: estrecha, con curvas que se sucedían sin pausa y con la caída al mar a un lado que en algunos puntos tenía la calidad de los paisajes que uno mira con admiración y con un respeto muy razonable.

Loretta miraba el mar por la ventanilla con la atención del que está en un lugar por primera vez y que quiere registrarlo bien, que es la única manera de ver los lugares nuevos que no los da por hechos inmediatamente.

—¿Habías estado en la Amalfitana antes? —dijo Enzo.

—Una vez —dijo Loretta—. De excursión de un día con la universidad. Ravello, Amalfi, el regreso. Sin tiempo para ninguna de las dos cosas que merecen tiempo.

—¿Cuáles?

—Quedarse quieta y caminar despacio —dijo Loretta—. Las dos requieren tiempo que las excursiones de un día no tienen.

—Esta vez hay tiempo —dijo Enzo.

—Lo sé —dijo Loretta—. Por eso miraba.

Llegaron a Positano al mediodía. La casa estaba en la parte alta del pueblo, en una posición que requería bajar a pie por una serie de escalones que los habitantes de Positano llamaban calles con la generosidad semántica de quien ha aprendido que los conceptos necesitan adaptarse a la geografía y no al revés. Tenía una terraza que daba al mar con un ángulo que capturaba el pueblo entero en primer plano y el Mediterráneo abierto al fondo, y dos habitaciones más una sala que tenía esa calidad de los espacios que han sido elegidos con cuidado y que llevan el carácter de quienes los eligieron en cada detalle.

Loretta recorrió la casa con la atención silenciosa que le era propia en los espacios nuevos. Se detuvo frente a la estantería donde había libros mezclados sin orden aparente con conchas del mar y fotografías en marcos de madera que el tiempo había aclarado.

—¿Son tus padres? —dijo, mirando una de las fotografías.

Enzo se acercó. La foto mostraba a dos personas en esa misma terraza, con el mar detrás, en lo que debía ser un día de finales de septiembre de algún

año de los noventa: la luz tenía esa calidad que septiembre da a la costa amalfitana, y los dos en la fotografía tenían la postura de las personas que están exactamente adonde quieren estar.

—Sí —dijo Enzo—. El primer septiembre que vinieron aquí. Todavía no habían comprado la casa. La alquilaron porque mi padre quería ver si el sitio merecía lo que pedían por él.

—¿Y lo merecía?

—La compraron el año siguiente —dijo Enzo.

Loretta asintió y siguió mirando la foto durante un momento más.

—Se les nota que están bien —dijo.

—Sí —dijo Enzo—. Septiembre en Positano siempre les ponía bien. Mi padre decía que este era el único lugar del mundo donde la MSC dejaba de existir mientras estaba aquí.

—¿Y a ti?

—A mí también —dijo Enzo—. Aunque ahora la MSC tiene oficinas en cincuenta países y encuentra la manera de existir en cualquier sitio.

—Quizás necesitas encontrar el truco de tu padre —dijo Loretta.

—Quizás —dijo Enzo.

Stefano se instaló en la habitación que le correspondía, que era la más pequeña de las dos y la que tenía la vista al callejón en lugar de al mar, con la ecuanimidad del hombre que ha viajado suficiente como para saber que la habitación es donde uno duerme y que el sueño no requiere vistas. El resto del día transcurrió con la lentitud agradable de los días que no tienen agenda: Enzo revisó el estado de la casa con la atención del propietario que ha estado ausente durante tiempo y que quiere saber qué necesita atención, Loretta caminó por el pueblo con el ojo del que quiere aprender el lugar antes de tener una opinión sobre él, y Stefano durmió una siesta de una hora y media en el sofá de la sala con la serenidad del que ha aprendido que el descanso es también un trabajo que conviene hacer bien.

La tormenta llegó en la madrugada del segundo día.

No llegó sin aviso. El cielo había cambiado de color hacia las cinco de la tarde del día anterior con esa transición específica que tienen las tormentas mediterráneas antes de instalarse: de azul a gris con matices verdes que los pescadores de la costa aprendían a reconocer desde niños como señal de que lo que venía requería respeto. El viento empezó a las nueve de la noche, que fue cuando Loretta, que estaba en la terraza con un libro y una manta porque el aire había enfriado suficiente como para que la manta fuera necesaria, entró y dijo que creía que iba a llover.

—Va a llover mucho —dijo Enzo, mirando el cielo desde la puerta—. Y probablemente la carretera mañana.

—¿Se cierra la carretera?

—Cuando llueve así en la Amalfitana sí —dijo Enzo—. No siempre, pero este tipo de tormenta es de las que cierran.

Stefano, que había desarrollado durante décadas de conducción en el sur de Italia un sexto sentido para las condiciones de las carreteras, confirmó esto sin que nadie le hubiera preguntado directamente, simplemente apareciendo en la sala con su teléfono y la predicción meteorológica en la pantalla.

—Dos días —dijo Stefano—. Mínimo.

Dijo esto con la ecuanimidad de alguien que ha estado bloqueado por la lluvia en peores lugares que Positano y que por tanto no encuentra en la situación ninguna razón para la alarma. Luego fue a su habitación a leer, que era lo que Stefano hacía cuando no había nada más útil que hacer, y lo hizo con la misma serenidad con que habría hecho cualquier otra cosa que le correspondiera.

La tormenta llegó a las once de la noche con la determinación de las tormentas mediterráneas de septiembre que han estado construyéndose durante días sobre el mar y que cuando llegan lo hacen sin timidez. La lluvia golpeaba la terraza con esa intensidad que convierte el ruido del agua en algo que supera el umbral de fondo y se convierte en el sonido principal del espacio. El viento movía los postigos con la irregularidad de lo que no sigue ningún patrón y que por tanto resulta imposible de anticipar.

Loretta estaba en la sala con el libro que ya no leía porque el ruido de la tormenta convertía la concentración en un esfuerzo que no correspondía a la hora ni al estado de ánimo. Enzo estaba en el sillón frente a ella con su propio libro en la misma situación, y los dos habían llegado al punto donde el libro era más un objeto en las manos que una actividad en la mente.

—¿Siempre son así? —dijo Loretta.

—Las de septiembre sí —dijo Enzo—. Las de primavera son más suaves. Estas tienen más energía porque el mar todavía está caliente del verano y la temperatura del aire ya ha bajado y esa diferencia produce exactamente esto.

—¿Tu padre te lo explicó?

—Mi padre me lo explicó —dijo Enzo—. Y mi madre me dijo que el mejor antídoto para una tormenta así era el vino blanco de la Campania y no hacer nada que requiriera esfuerzo durante las horas que durara.

—Tu madre era sabia en las cosas que importan —dijo Loretta.

—Era sabia en todas las cosas —dijo Enzo—. Pero especialmente en las que importan, sí.

Se levantó, fue a la pequeña bodega que sus padres habían instalado debajo de la escalera con la previsión del que sabe que los momentos de lluvia y de nada que hacer son precisamente los que merecen buen vino, y volvió con una botella de Fiano di Avellino que tenía cinco años y que el que la había puesto ahí sabía que estaría exactamente lista en ese momento.

—¿Sabes quién puso esto aquí? —dijo Loretta, mirando la botella.

—Mi padre —dijo Enzo—. Lo trajo en septiembre de 2019 con la instrucción de no tocarlo hasta 2024 o después. —Una pausa—. No sé si sabía que no iba a estar aquí para beberlo o si simplemente calculó bien el tiempo que necesitaba.

Loretta lo miró durante un momento.

—Quizás las dos cosas —dijo—. No son incompatibles.

Enzo la miró. Había algo en esa respuesta que era exactamente lo correcto, no porque fuera reconfortante sino porque era honesta con la complejidad de la cosa que describía, y esa honestidad tenía el peso específico de las cosas que se dicen cuando alguien ha visto suficiente de la vida como para no simplificarla cuando no corresponde.

Descorchó la botella. Sirvió dos copas. Se sentaron, él en el sillón y ella en el sofá con la manta que había traído de la terraza, y la tormenta continuó siendo la tormenta afuera mientras adentro la sala tenía la calidad específica de los espacios que el mal tiempo convierte en refugios y que los refugios convierten en lugares donde las conversaciones ocurren de manera diferente de como ocurrirían en cualquier otro contexto.

Hablaron. No sobre nada urgente. Sobre las cosas que salen cuando hay vino bueno y lluvia afuera y ninguna prisa: los recuerdos de Enzo sobre los septiembres en esa casa, que eran más y más vívidos de lo que él mismo habría anticipado antes de empezar a contarlos; la infancia de Loretta en Santa Croce que tenía la textura de los barrios donde todo el mundo sabe el nombre de todo el mundo y donde eso es simultáneamente un privilegio y una presión; los libros que los dos habían leído sobre la costa amalfitana que decían cosas sobre ese lugar que el lugar mismo no necesitaba decir porque las decía solo con estar ahí.

En algún punto de la noche, después de que la segunda copa se había vaciado y la tormenta había alcanzado su punto de mayor intensidad con esa concentración que las tormentas mediterráneas tienen antes de empezar a ceder, la luz se fue.

No gradualmente. De golpe, que es como se van las luces cuando la tormenta es suficientemente seria.

—Las velas —dijo Loretta, desde la oscuridad.

—Sé dónde están —dijo Enzo.

Había una calidad específica en la oscuridad repentina de una sala conocida solo por uno de los dos y desconocida por el otro: el que la conoce se mueve con más confianza de la que la oscuridad normalmente permite, y el que no la conoce permanece quieto con la sensatez de quien sabe que moverse cuando no se ve produce más problemas de los que resuelve.

Enzo se movió en la oscuridad con la memoria del lugar incorporada en el cuerpo de los que han estado en un espacio suficientes veces como para saber dónde están las cosas sin necesidad de verlas. Fue al armario bajo la

escalera, sacó las velas que estaban donde siempre habían estado, las encendió con la caja de fósforos que estaba al lado.

La luz de las velas llegó a la sala con esa calidad que la luz eléctrica no tiene y que hace que los espacios parezcan más pequeños y más cálidos al mismo tiempo, y encontró a Loretta exactamente donde la había dejado, con la manta sobre los hombros y los ojos adaptándose al nuevo tipo de luz con la expresión de alguien que ha estado cómoda en la oscuridad y que está igualmente cómoda en lo que viene después.

—¿Cuánto tiempo pueden durar? —dijo Loretta, mirando las velas.

—Horas —dijo Enzo—. Suficientes.

—¿Para qué?

—Para que la tormenta decida lo que quiere hacer —dijo Enzo—. Que es lo único que podemos hacer cuando la tormenta decide.

Loretta asintió. La tormenta afuera seguía siendo la tormenta, con toda la convicción de algo que no ha terminado lo que empezó. Las velas ardían con la constancia tranquila de las cosas que tienen combustible suficiente y que por tanto no tienen prisa.

Siguieron hablando, con las voces un poco más bajas que antes porque la oscuridad y las velas producen ese efecto sin que nadie lo decida. Y en algún momento de esa conversación, Loretta dijo algo que Enzo no esperaba y que por tanto le llegó con la fuerza específica de las cosas que no han sido anticipadas.

—¿Estás bien aquí? —dijo Loretta.

Era una pregunta simple en su formulación. No lo era en lo que preguntaba, que era si estar de vuelta en esa casa con todo lo que la casa contenía era algo que Enzo podía manejar o si era demasiado, y si era demasiado si quería hablarlo o prefería no hacerlo pero que de cualquier manera ella estaba ahí.

Todo eso estaba en la pregunta. Enzo lo escuchó completo.

—Sí —dijo—. Más de lo que esperaba.

—¿Por qué más?

Enzo pensó en eso durante un momento con la seriedad que la pregunta merecía.

—Porque vine aquí pensando que iba a encontrar el lugar de mis padres —dijo—. Y he encontrado también el mío. No sabía que era diferente hasta que lo vi.

Loretta no respondió. Había respuestas que era mejor no dar porque la ausencia de respuesta dejaba más espacio para lo que acababa de decirse, y eso era exactamente lo que la situación pedía.

La tormenta siguió. Las velas ardieron. El Fiano di Avellino que Gian Paolo Aponte había puesto en la bodega en 2019 con la instrucción de no tocarlo

hasta 2024 o después resultó ser exactamente tan bueno como el tiempo que había esperado prometía que sería.

Stefano durmió durante toda la tormenta con la profundidad específica de los hombres que han decidido que las situaciones que no pueden controlar no merecen su vigilia, y no supo nada de velas ni de Fiano ni de conversaciones bajo la lluvia hasta la mañana siguiente cuando encontró las velas consumidas sobre la mesa y los dos vasos vacíos y llegó a las conclusiones que sus décadas de experiencia le permitían llegar sin necesidad de que nadie se las confirmara.

No dijo nada. Era Stefano.

La carretera estuvo cerrada dos días, que fue lo que Stefano había pronosticado y que Positano agradeció con su manera habitual de agradecer las cosas: siendo exactamente lo que era, que era suficiente.

Cuando la carretera abrió y volvieron a Nápoles con el sol de septiembre sobre el Mediterráneo recién lavado por la lluvia, ninguno de los dos mencionó la tormenta ni las velas ni la conversación de esa noche. No porque hubiera algo que esconder sino porque había cosas que existían mejor donde habían ocurrido y que nombrarlas en el viaje de vuelta habría sido como sacarlas del contexto donde eran lo que eran para ponerlas en otro donde serían algo diferente y probablemente menos verdaderas.

Stefano condujo con su silencio habitual.

El Mediterráneo brilló todo el camino de vuelta.

Y la casa de Positano se quedó cerrada pero ya no de la misma manera en que había estado cerrada antes, que era la diferencia que Enzo había ido a buscar sin saber exactamente que eso era lo que buscaba.

CAPÍTULO 10

Lo que Giuseppina sabe

La villa — El sexto mes

Giuseppina Esposito había llegado a la villa Aponte dieciocho años atrás con una maleta, una carta de recomendación de una prima que trabajaba en una casa del Vomero, y la convicción silenciosa de quien sabe lo que sabe sin necesitar explicarlo. Había llegado a los treinta y seis años, después de haberse ganado la vida en varias casas de familias napolitanas que habían aprendido a depender de ella con la eficiencia específica de quien hace bien un trabajo difícil y que por tanto resulta indispensable aunque nunca se lo digan explícitamente.

Lo que Giuseppina sabía sobre los seres humanos lo había aprendido en esas casas con la paciencia de quien tiene tiempo y atención y que usa ambos recursos sin despilfarrarlos. Había visto matrimonios funcionar y no funcionar, había visto hijos crecer con más o menos gracia dependiendo de lo que sus padres les habían dado y de lo que habían decidido hacer con

ello, había visto duelos que tardaban lo que tenían que tardar y duelos que no terminaban nunca de la manera en que los duelos deberían terminar. Toda esa experiencia se había sedimentado en ella con los años en algo que no era exactamente sabiduría en el sentido filosófico del término pero que funcionaba como la sabiduría funciona en la práctica: le decía con rapidez y precisión lo que era importante y lo que no lo era, y le permitía distinguir entre las cosas que requerían intervención y las que requerían simplemente tiempo.

Los primeros cuatro meses con Loretta habían requerido observación. Los siguientes dos habían requerido algo diferente, que Giuseppina había procesado con la lentitud característica de sus procesos internos y que a principios del sexto mes había resuelto en una conclusión que era, en la economía expresiva de Giuseppina, urgente.

Urgente significaba que había llegado el momento de decirlo.

Lo eligió un martes por la mañana, mientras preparaban juntas el desayuno con la rutina que habían establecido en las semanas iniciales y que se había convertido en uno de los momentos del día donde las dos estaban en el mismo espacio haciendo cosas concretas con las manos, lo cual era, en la experiencia de Giuseppina, el contexto donde las conversaciones importantes eran más fáciles porque la atención dividida entre lo que se hace y lo que se dice reduce la presión de ambas cosas.

—Loretta —dijo Giuseppina, pelando naranjas con el cuchillo que usaba siempre para pelar naranjas porque tenía el ángulo exacto que ella necesitaba.

—¿Sí? —dijo Loretta, que estaba preparando el capuchino de Enzo con la concentración del que ha aprendido el proceso y que sabe que la concentración hace la diferencia entre un capuchino correcto y uno que es simplemente café con leche.

—Llevo dieciocho años en esta villa —dijo Giuseppina.

—Lo sé —dijo Loretta.

—Y en dieciocho años he visto al señor Enzo en muchas situaciones —dijo Giuseppina—. Cuando era joven y los señores todavía vivían aquí. Cuando murieron y él se quedó solo. Cuando venían sus amigos. Cuando venían personas por negocios. Cuando no venía nadie.

Loretta escuchó esto sin decir nada, con la atención de quien reconoce que lo que viene merece espacio.

—Llevo seis meses esperando que alguien en esta casa diga lo que hay que decir —dijo Giuseppina—. Y como nadie lo va a decir, lo digo yo.

—¿Qué hay que decir?

Giuseppina dejó el cuchillo sobre la tabla y miró a Loretta con la franqueza de quien ha guardado algo suficiente tiempo como para que guardarlo más sería una forma de deshonestidad.

—Que el señor Enzo está enamorado de usted —dijo—. Con la intensidad de los que llevan años convencidos de que eso no va a ocurrirles y que cuando les ocurre no saben exactamente qué hacer con ello.

Loretta siguió con el capuchino durante un momento en silencio. Luego lo puso en el plato pequeño de porcelana blanca que usaba siempre para el capuchino de Enzo, con la precisión de quien está concentrándose en el objeto para no tener que concentrarse completamente en lo que acaba de escuchar.

—La situación es complicada —dijo.

—Las situaciones simples no necesitan ese nombre —dijo Giuseppina, volviendo a las naranjas con la serenidad de quien ha dicho lo que tenía que decir y que ahora puede continuar con las naranjas.

Loretta miró el capuchino.

—Hay cosas sobre la situación que yo sé y que él no sabe que yo sé —dijo.

—¿Y eso cambia lo que siente?

—No —dijo Loretta, después de un momento.

—Entonces no cambia nada que importe —dijo Giuseppina.

—Giusy.

—Loretta.

—No es tan simple.

—Nunca lo es —dijo Giuseppina—. Pero las cosas complicadas se vuelven más complicadas cuando uno las deja complicarse solas. Las que se atienden a tiempo son complicadas una sola vez.

Loretta miró a Giuseppina con la atención específica que merecía alguien que acaba de decir algo que es simultáneamente una simplificación y una verdad.

—¿Cómo sabe usted todo esto? —dijo.

—Dieciocho años —dijo Giuseppina—. Y antes otros veinte en otras casas. Los seres humanos se repiten más de lo que creen.

—¿Y yo me repito?

Giuseppina consideró la pregunta con la honestidad que era su único modo disponible.

—No —dijo—. Usted no se repite. Por eso llevo seis meses pensando que esta vez podría terminar de manera diferente.

Era la declaración más larga y más comprometida que Giuseppina había hecho sobre ningún ser humano en dieciocho años de observación, y las dos lo sabían aunque ninguna lo dijera.

Loretta tomó el capuchino y fue a llevárselo a Enzo, que estaba en el estudio con las llamadas de la mañana y que lo recibiría con el gesto

automático del hombre que ha incorporado ese café a la estructura del día sin haberlo decidido conscientemente. Giuseppina siguió con las naranjas.

Cuando Loretta regresó a la cocina, dijo:

—Giusy.

—Loretta.

—Hay algo que no sabe todavía sobre la situación —dijo Loretta—. Cuando pueda contarlo, se lo contaré. Por ahora lo único que puedo decirle es que lo que siente tiene la misma dirección de lo que usted dice.

Giuseppina asintió sin levantar la vista de las naranjas.

—Lo sé —dijo.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque lo he visto en usted desde el tercer mes —dijo Giuseppina—. No se lo dije antes porque no era el momento. Ahora lo es.

Loretta la miró durante un segundo largo.

—¿Cómo distingue los momentos?

—Con el tiempo se aprende —dijo Giuseppina—. La mayoría de las cosas son cuestión de tiempo.

Eso fue todo lo que Giuseppina dijo sobre el asunto ese día. Era suficiente. Giuseppina era de las personas que saben cuándo las conversaciones han llegado al punto donde más palabras añadirían menos de lo que quitarían, y ese punto había llegado exactamente ahí.

El resto de la mañana transcurrió con la normalidad de las mañanas que han contenido algo importante y que sin embargo siguen siendo mañanas con sus tareas y sus ritmos y su café y sus naranjas. María llegó con la ropa del tendedero. Armando empezó con el almuerzo. Carlo revisó los rosales del sector sur. Stefano llevó a Enzo a una reunión en el centro.

Y Loretta organizó la agenda de la tarde con la concentración de quien ha tomado mentalmente una decisión que todavía no tiene palabras pero que existe ya en el nivel donde las decisiones existen antes de tener palabras: el nivel donde uno sabe lo que va a hacer aunque todavía no sepa exactamente cuándo ni cómo.

Lo que iba a hacer era hablar con Piero. No porque Piero tuviera todas las respuestas, porque era evidente que Piero no las tenía, sino porque había cosas que necesitaban ser dichas en voz alta y que no podían decirse dentro de la villa sin cambiar la naturaleza de lo que había en la villa, y que por tanto necesitaban un interlocutor que estuviera suficientemente dentro de la situación para entenderla y suficientemente fuera para no ser cambiado por ella.

Piero era exactamente eso.

Lo llamó esa tarde desde el jardín, con los olivos de Carlo al fondo y el golfo al horizonte y la luz de octubre que hacía que todo pareciera más definido de lo que era.

—Piero —dijo.

—Loretta —dijo Piero, con el tono de quien reconoce en el nombre con que le llaman la calidad de la conversación que viene.

—Tenemos que hablar —dijo Loretta—. De lo que sabes y de lo que no me has dicho todavía.

Hubo una pausa breve.

—Lo sé —dijo Piero—. ¿Cuándo?

—Cuando puedas venir —dijo Loretta—. Prefiero en persona.

—El jueves —dijo Piero—. Si te parece bien.

—El jueves está bien —dijo Loretta.

Colgó. Se quedó mirando los olivos durante un momento. Carlo estaba podando con la concentración de siempre, en el mismo sector, con el mismo cuidado de siempre. Los olivos crecían como los olivos crecen, que es despacio y con determinación y sin que a nadie le sorprenda que mejoren con los años.

Giusy había dicho que los seres humanos se repetían más de lo que creían.

Loretta pensó que en este caso en particular esperaba que Giusy tuviera razón, aunque la repetición que esperaba era de la variante que termina bien y no de la otra, que era la más frecuente pero que no era la única.

Carlo levantó la vista de los rosales y la miró durante un segundo con la expresión serena del hombre que lleva veinte años en ese jardín y que por tanto conoce la diferencia entre las personas que miran el jardín y las personas que lo ven.

Asintió ligeramente, con la misma economía con que decía todo.

Loretta asintió de vuelta.

Luego entró a la villa a terminar la agenda de la tarde, porque la tarde tenía agenda aunque lo que había en ella fuera considerablemente más pequeño que lo que había ocurrido antes.

Enzo llegó de su reunión a las seis. Encontró la villa en orden, la cena a punto de estar lista, y a Loretta en la terraza con el libro que últimamente siempre tenía en la mano aunque la velocidad a la que avanzaba en él sugería que la lectura era más un pretexto para estar en la terraza que la actividad principal.

—¿Bien? —dijo Enzo, asomándose a la puerta de la terraza.

—Bien —dijo Loretta—. ¿La reunión?

—Larga pero útil —dijo Enzo—. Lo cual es la combinación más aceptable de las disponibles.

Loretta sonrió con esa sonrisa específica que tenía para las cosas que Enzo decía cuando era preciso sin pretenderlo, que era con frecuencia.

—Piero viene el jueves —dijo Loretta.

Enzo la miró.

—¿Lo llamaste tú?

—Sí —dijo Loretta—. Quería hablar con él.

—¿Sobre qué?

—Sobre la situación —dijo Loretta, con la calma de quien ha decidido que la honestidad directa es lo único que corresponde ahora—. Hay cosas que me dijo en Florencia que eran incompletas y que creo que ya es momento de que sean completas.

Enzo la miró durante un momento con la expresión del hombre que acaba de entender algo que era razonablemente previsible y que sin embargo le ha llegado antes de lo que había calculado que llegaría.

—De acuerdo —dijo.

—¿De acuerdo simplemente?

—De acuerdo —repitió Enzo—. Era inevitable. Y el jueves está bien.

Loretta asintió. Enzo asintió. El Vesubio al fondo estaba siendo el Vesubio con la indiferencia de siempre.

Cenaron con la normalidad de las noches que han contenido algo importante y que sin embargo siguen siendo noches con su comida y su conversación y su café. Hablaron de la reunión de Enzo, de un libro que Loretta había terminado esa semana, de la previsión del tiempo para el fin de semana que Armando había mencionado porque tenía consecuencias para las compras del mercado del domingo.

Cosas ordinarias de una vida que había encontrado su ritmo.

Y debajo de esas cosas ordinarias, en el espacio donde existen las cosas que todavía no tienen palabras pero que ya son reales, lo que el jueves iba a poner en movimiento esperaba con la paciencia de las cosas que saben que su momento llega inevitablemente porque es el único lugar al que la situación podía llegar desde donde estaba.

Giuseppina tenía razón: las cosas complicadas que se atienden a tiempo son complicadas una sola vez.

El jueves se acercaba.

Era hora de atender.

María, que había escuchado sin querer la segunda parte de la conversación de la cocina entre Giuseppina y Loretta porque estaba doblando las sábanas en el corredor adyacente y las voces llegaban con más claridad de lo que ninguna de las dos había calculado, procesó lo que había escuchado con la rapidez de sus veintidós años y fue a buscar a Armando a la cocina.

—Armando —dijo.

—María —dijo Armando, sin levantar la vista del caldo que estaba reduciendo.

—Creo que va a pasar algo —dijo María.

—Ya está pasando —dijo Armando.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde el día que me preguntó por la canela —dijo Armando—. Nadie pregunta por la canela si no le importa la persona que la toma.

María lo miró con la expresión de quien acaba de recibir una información que cambia retroactivamente la interpretación de varias semanas.

—¿Y no dijiste nada?

—No me preguntaste —dijo Armando.

—¡Pero podrías haberlo dicho!

—Las cosas que no se preguntan no se dicen —dijo Armando, con la filosofía culinaria del que ha aprendido que los sabores que se añaden sin que nadie los pida arruinan el plato—. Si hubiera querido saber, habrías preguntado.

María consideró esto durante un momento.

—Giusy lo dijo esta mañana —dijo.

—Lo sé —dijo Armando—. Escuché desde aquí. La voz de Giusy llega a todas partes cuando quiere llegar.

—¿Y Stefano?

—Stefano lo sabe desde Positano —dijo Armando—. Me lo dijo cuando volvieron. Dijo que las velas consumidas y los dos vasos vacíos eran información suficiente para cualquiera con ojos.

María se apoyó en el marco de la puerta con la expresión de quien acaba de descubrir que era la última persona de la villa en entender algo que todos los demás ya habían entendido.

—¿Por qué nadie me lo dijo?

—Porque estabas esperando que te lo dijeran —dijo Armando—. Y las cosas que uno espera que le digan suelen llegar más tarde que las que uno busca.

María lo miró durante un segundo.

—Eres muy filosófico para ser cocinero —dijo.

—Soy cocinero porque soy filosófico —dijo Armando—. Sin filosofía la comida es solo nutrición. ¿Me traes la albahaca del jardín o seguimos con esto?

María fue a buscar la albahaca.

Armando redujo el caldo.

La villa continuó siendo la villa, con todos sus habitantes sabiendo lo que sabían y haciendo lo que les correspondía hacer mientras lo que había que pasar esperaba el jueves con la paciencia que los jueves siempre llegan a tener cuando uno los está esperando.

CAPÍTULO 11

La verdad, por partes

La villa — El séptimo mes

Piero llegó el jueves con una puntualidad que en él era señal de que la visita era importante: cuando los asuntos eran ordinarios tendía a llegar con los diez minutos de variación que la vida real producía inevitablemente en los horarios previstos, pero cuando algo merecía exactitud la exactitud llegaba sola. Eran las once de la mañana del jueves y él estaba en la puerta de la villa a las once de la mañana del jueves con la misma sobriedad de quien viene a hacer algo que necesita hacerse y que prefiere hacerlo directamente.

Loretta lo recibió con el café de la mañana y la actitud de quien ha pasado tres días preparándose para una conversación y que por tanto llega a ella con la calma específica de las cosas que ya se han pensado suficiente. Lo llevó a la sala de la planta baja que daba al jardín, que era el espacio más neutro de la villa para una conversación que requería neutralidad: no la biblioteca que era el territorio de Enzo ni la cocina que era el territorio de Armando y de sus filosofías culinarias, sino esa sala intermedia que existía para los visitantes y que por tanto no pertenecía a nadie de una manera que pudiera pesar sobre lo que en ella se dijera.

Enzo estaba en el estudio con instrucciones de Loretta, transmitidas a través de María con la diplomacia de quien sabe que pedir directamente a alguien que se mantenga alejado de una conversación requiere una explicación que no está todavía disponible, de que tenía tres llamadas importantes esa mañana que no podían ser interrumpidas. Enzo había aceptado esto con la ecuanimidad del que ha comprendido que lo que iba a ocurrir esa mañana en la sala de la planta baja era parte del proceso y que su tarea en ese proceso era precisamente no estar.

Giuseppina había informado a María, que había informado a Armando, que había informado a Carlo, que el café de esa mañana se dejaba en la sala y que nadie entraba a la sala hasta que las personas de la sala salieran. Carlo, que no entraba a la sala en ninguna circunstancia porque su territorio era el jardín y respetaba los territorios ajenos con la misma firmeza con que esperaba que se respetara el suyo, consideró esta instrucción redundante pero no lo dijo porque había aprendido que decir lo redundante raramente añade algo útil.

Piero y Loretta se sentaron. Tomaron el café en silencio durante un momento que era el silencio de las personas que saben que lo que viene es

importante y que por tanto no tienen prisa en empezarlo antes de estar listos.

—¿Por dónde quieres que empiece? —dijo Piero.

—Por el principio —dijo Loretta—. Que en este caso es Antibes.

Piero asintió. Respiró. Y empezó.

Le contó Antibes con todos los detalles que había omitido en Florencia: el vino, la conversación, la naturaleza exacta de la apuesta con sus términos precisos incluyendo la casa en Suiza y la galería en Florencia. Le contó por qué había elegido a Loretta específicamente, que no era una decisión arbitraria sino el resultado de conocerla, aunque de lejos, lo suficiente como para creer que era exactamente el tipo de persona que podía funcionar en ese contexto. Le contó que Enzo no sabía que Loretta sabía que había una apuesta, porque eso era parte de los términos originales. Y le contó, porque la honestidad que la situación requería era la honestidad completa, que llevaba semanas sabiendo que la apuesta había dejado de importar pero que no había encontrado el momento correcto de decirlo.

Loretta escuchó todo esto sin interrumpir, con la atención de quien registra no únicamente lo que se dice sino también la manera en que se dice, que en este caso era la manera de alguien que dice la verdad aunque la verdad lo ponga en una posición difícil, lo cual era la única manera que importaba.

Cuando Piero terminó, hubo un silencio.

—¿Sabe Enzo que la apuesta ya está demostrada? —dijo Loretta.

—Sí —dijo Piero—. Se lo dije por teléfono hace un mes. En esos términos.

—¿Y qué respondió?

—Que llevaba semanas sin pensar en la apuesta —dijo Piero—. Y que eso lo decía todo.

Loretta miró su taza de café.

—¿Perdió la casa en Suiza?

—Técnicamente sí —dijo Piero—. Aunque la transferencia formal no se ha hecho todavía porque nadie ha considerado que fuera urgente.

—¿Le importa?

—No —dijo Piero—. Y eso también lo dice todo.

Loretta asintió despacio.

—Piero —dijo.

—Loretta —dijo Piero, con el tono de quien espera algo que sabe que viene pero que no sabe exactamente con qué forma va a llegar.

—Lo que organizaste es una manipulación.

—Sí —dijo Piero, sin intentar suavizarlo.

—Y al mismo tiempo funcionó de la manera en que tenía que funcionar.

—Sí —dijo Piero.

—Lo cual no cancela lo primero.

—No —dijo Piero—. Las dos cosas son verdad al mismo tiempo. Lo sé. Y lo llevaré conmigo durante un tiempo.

Loretta lo miró durante un momento con la atención que merecía alguien que acababa de decir algo que habría sido muy fácil no decir y que sin embargo lo había dicho porque era verdad.

—Gracias por eso —dijo.

—Era lo menos que podía hacer —dijo Piero.

—Era exactamente lo correcto —dijo Loretta—. Que no siempre es lo menos.

Hubo otra pausa. Afuera el jardín de Carlo tenía su calma habitual de las mañanas de octubre, con la luz de ese ángulo específico que hacía que los olivos proyectaran sombras largas sobre el suelo y que todo pareciera más quieto de lo que estaba.

—¿Y ahora? —dijo Piero.

—Ahora hay una conversación que no es contigo —dijo Loretta—. Que es la que importa.

—Lo sé —dijo Piero—. ¿Cuándo?

—Cuando sea el momento —dijo Loretta.

—¿Y sabrás cuándo es el momento?

Loretta pensó en Giuseppina pelando naranjas y diciendo que con el tiempo se aprende a distinguir los momentos. Pensó en Carlo mirando los rosales con la paciencia de quien sabe que las plantas hacen lo que hacen cuando están listas. Pensó en Armando y en el caldo que se reduce a la temperatura exacta sin que nadie lo fuerce.

—Creo que sí —dijo.

Piero asintió. Se levantó. Tomó la última parte del café que quedaba en su taza con el gesto del que ha terminado lo que vino a hacer y que sabe que lo siguiente no le corresponde a él.

—Loretta —dijo, antes de salir.

—¿Sí?

—Cuando todo esto haya pasado —dijo Piero—, y cuando hayas decidido cómo te sientes sobre lo que hice, me gustaría que siguieras hablándome. No por la apuesta ni por nada que tenga que ver con ella. Sino porque en estas semanas me he dado cuenta de que eres exactamente el tipo de persona con quien vale la pena hablar.

Loretta lo miró durante un segundo.

—Eso depende de ti —dijo—. No de mí.

—Lo sé —dijo Piero—. Por eso lo digo ahora, antes de que el resultado esté claro. Después sería más fácil de decir y por tanto menos significativo.

Loretta sonrió con esa sonrisa que tenía para las cosas que eran inteligentes sin pretenderlo.

—Hablaremos —dijo.

Piero salió de la sala con la dignidad de quien ha hecho lo que tenía que hacer y que no necesita que le confirmen que lo hizo bien para saber que lo hizo.

Loretta se quedó en la sala durante un momento mirando el jardín por la ventana. Luego tomó las dos tazas vacías y fue a la cocina, donde Armando estaba preparando el almuerzo con la concentración habitual y donde María doblaba servilletas con una meticulosidad que era claramente proporcional a su deseo de estar en la cocina cuando Loretta volviera de la sala.

—¿Todo bien? —dijo María, con la inocencia calculada de quien lleva veinte minutos esperando poder hacer esa pregunta.

—Todo bien —dijo Loretta.

—¿Segura?

—María —dijo Armando, sin levantar la vista del almuerzo—, dobla las servilletas.

María dobló las servilletas.

Loretta puso las tazas en el fregadero y miró por la ventana el jardín donde Carlo seguía con sus olivos y donde Piero cruzaba en ese momento hacia el coche que lo esperaba afuera con la postura del que ha cumplido con algo difícil.

Había una conversación pendiente. No con Piero, que ya había tenido su conversación. Con Enzo.

El problema, o más bien la particularidad, de esa conversación era que requería que Loretta dijera cosas que todavía no había dicho en voz alta a nadie, incluyéndose a sí misma, porque había cosas que existían en el nivel donde se saben sin decirse y que subirlas al nivel de las palabras las volvía reales de una manera diferente y con consecuencias que eran también de otra naturaleza.

Loretta era una persona que creía en decir las cosas. Era su manera de estar en el mundo. No decir las cosas que había que decir, en su experiencia, no las hacía desaparecer sino que las dejaba en ese espacio intermedio donde ocupaban sitio sin producir nada, que era el peor de los resultados disponibles.

Así que la conversación con Enzo ocurriría cuando ocurriera.

Lo que Loretta no sabía todavía era que la conversación con Enzo iba a comenzar esa misma tarde, no porque ella la buscara sino porque Enzo, que llevaba toda la mañana en el estudio haciendo las tres llamadas importantes que no podían ser interrumpidas con la eficiencia del que hace las cosas rápido cuando quiere que terminen, subió a buscarla a las cuatro

de la tarde con una pregunta que era la pregunta más sencilla disponible para la situación más complicada del año.

La encontró en la terraza con el libro de siempre y la vista de siempre, y se sentó en la silla de al lado con el café de la tarde que había preparado él mismo porque Armando estaba en un momento del almuerzo del día siguiente que requería su atención completa y porque ir a buscar a alguien que prepare café en lugar de prepararlo uno mismo era la decisión correcta en la mayoría de las circunstancias pero no necesariamente en esa.

—¿Cómo fue? —dijo Enzo.

—Bien —dijo Loretta—. Piero es honesto.

—Sí —dijo Enzo—. Es su mejor cualidad y a veces su peor defecto.

—En este caso fue su mejor cualidad —dijo Loretta.

Enzo tomó su café. Loretta no tomó el suyo todavía, que era su manera de indicar que la conversación era más importante que el café, lo cual era una señal que Enzo había aprendido a leer en los meses anteriores aunque nunca le hubiera dicho que la leía.

—¿Sabes todo? —dijo Enzo.

—Creo que sí —dijo Loretta.

—¿Y?

Era la pregunta más corta de la tarde y la más cargada, y Enzo la hizo con la calma de quien ha estado esperando poder hacerla y que ahora que puede prefiere hacerla directamente antes de que la oportunidad pase o se complique.

Loretta lo miró. El golfo estaba abajo con su azul de octubre y el Vesubio al fondo estaba siendo el Vesubio y Nápoles extendida entre los dos era Nápoles con toda su complejidad y su permanencia.

—Y que hay cosas que tengo que decirte que no he dicho todavía —dijo Loretta.

—¿Cuándo?

—Pronto —dijo Loretta—. Cuando las tenga con la forma correcta para decirlas.

Enzo asintió.

—De acuerdo —dijo.

—¿De acuerdo sin más?

—De acuerdo sin más —dijo Enzo—. Las cosas con forma correcta merecen esperar a tener la forma correcta.

Loretta lo miró durante un momento.

—Enzo.

—Loretta.

—La apuesta —dijo Loretta—. ¿Te importa haberla perdido?

Enzo la miró con esa expresión que era difícil de clasificar porque era demasiado honesta para caber en una sola categoría.

—La apuesta —dijo Enzo— dejó de existir en algún momento del tercer mes. Lo que ocurrió después no tiene que ver con ella.

—¿Y la casa de Suiza?

—Es una casa —dijo Enzo.

—Era una casa de veinticinco millones de euros.

—Sigue siendo una casa —dijo Enzo—. Lo que vale veinticinco millones y lo que vale una casa son dos cosas diferentes. La casa vale lo que vale. Los veinticinco millones son lo que cuestan ciertas decisiones cuando resultan ser las correctas.

Loretta lo miró durante un segundo largo.

—Eso es lo más caro que he escuchado decir a alguien sobre una decisión correcta.

—Hay decisiones que merecen serlo —dijo Enzo.

Tomaron el café. El golfo siguió siendo el golfo. El Vesubio siguió siendo el Vesubio. Y la conversación que quedaba pendiente esperó con la paciencia que le correspondía, que era la paciencia de las cosas que ya saben que van a ocurrir y que por tanto no tienen ninguna prisa que no sea la de ocurrir bien.

Giuseppina los vio desde el corredor interior con la mirada rápida del que verifica algo que esperaba encontrar y que lo encuentra. Luego fue a sus asuntos, que eran numerosos y que no podían esperar indefinidamente aunque el golfo y el Vesubio y los dos en la terraza pudieran hacerlo perfectamente.

María, que estaba en el corredor adyacente doblando más ropa de la que hacía falta doblar en ese momento, miró a Giuseppina con la pregunta en los ojos.

Giuseppina asintió con la cabeza, brevemente, sin decir nada.

María sonrió.

Armando, desde la cocina, escuchó ese silencio y supo sin que nadie le dijera nada que el almuerzo del día siguiente iba a merecer algo especial, y fue al armario donde guardaba los ingredientes de las ocasiones que requerían ingredientes de las ocasiones y empezó a pensar en qué correspondía hacer con ellos.

La villa entera respiró de una manera ligeramente diferente.

Y el jueves siguió siendo jueves hasta que se convirtió en viernes, con toda la promesa que los viernes tienen cuando lo que ocurrió el día anterior fue exactamente lo que tenía que ocurrir.

CAPÍTULO 12

Enzo sabe que Loretta sabe

La villa — La conversación que no pueden seguir evitando

Hubo entre el jueves de la conversación con Piero y el domingo siguiente cuatro días que transcurrieron con la calidad específica de los días que existen en la antesala de algo: completamente normales en su superficie, con sus reuniones y sus menús y sus olivos y su café con canela, y al mismo tiempo cargados debajo de esa superficie con algo que ninguno de los dos nombraba todavía pero que estaba presente en cada momento compartido con la insistencia silenciosa de las cosas que esperan ser dichas y que con el tiempo que esperan se vuelven más y no menos presentes.

Giuseppina observó esos cuatro días con la serenidad de quien sabe que el proceso tiene su propio ritmo y que apresurarlo no produce mejores resultados sino simplemente resultados más rápidos, que no era lo mismo. Armando preparó el almuerzo del viernes con los ingredientes de las ocasiones especiales porque había decidido que aunque la ocasión todavía no hubiera llegado oficialmente, el almuerzo del viernes podía ser una preparación razonable. María intentó no hacer preguntas con un esfuerzo que resultó visible pero que todos decidieron respetar porque el intento en sí mismo merecía reconocimiento. Carlo siguió con los rosales. Stefano siguió con el coche.

Y Enzo y Loretta siguieron con la villa y con su vida en ella, que tenía ya la textura de las vidas que se han establecido en un lugar con suficiente profundidad como para que los días ordinarios sean genuinamente ordinarios y no una colección de primeras veces.

El domingo llegó con el sol y con el golfo y con el Vesubio y con Armando que preparó el desayuno para las nueve y media porque era domingo y porque los domingos sin agenda tenían sus propias reglas que todos en la villa habían aprendido a respetar.

Desayunaron. Hablaron de cosas ordinarias con la naturalidad de quien ha aprendido que las cosas ordinarias son el tejido de lo que importa y no el relleno entre lo que importa. Y cuando el café estaba terminado y el desayuno recogido y la mañana todavía era mañana con toda la tarde por delante, Loretta dijo:

—¿Damos un paseo?

Era la misma pregunta que Enzo le había hecho tres meses antes sobre el mirador, formulada ahora desde el otro lado. Enzo la miró.

—¿Adónde?

—Al mirador —dijo Loretta—. Si te parece bien.

—Me parece bien —dijo Enzo.

Caminaron por el sendero que bordeaba el promontorio con el golfo apareciendo y desapareciendo entre los pinos y el silencio de los domingos de octubre que en esa ladera tenía la calidad específica de los silencios que están llenos de cosas aunque no haya sonido. No hablaron durante el

trayecto, no porque no hubiera nada que decir sino porque ambos habían aprendido que los silencios compartidos tenían su propio valor y que la conversación que venía requería el espacio que el silencio del sendero estaba construyendo.

Llegaron al mirador con el sol en el ángulo de las mañanas tardías que hacía que el golfo tuviera ese azul específico de octubre que era diferente del azul del verano y del azul del invierno y que era en cierta manera el más honesto de los tres porque no pretendía ser más de lo que era.

Se quedaron de pie frente al paisaje durante un momento que tenía la calidad del tiempo que se toma antes de empezar algo que merece empezarse bien.

Fue Loretta quien habló primero.

—Hay cosas que tengo que decirte —dijo, con la calma de quien lleva cuatro días preparando las palabras y que finalmente las tiene con la forma correcta.

—Lo sé —dijo Enzo.

—Lo primero es que sé más de la apuesta de lo que te dije el jueves —dijo Loretta—. Piero me contó los términos exactos. La casa en Suiza, la galería en Florencia, el año completo, las condiciones.

—De acuerdo —dijo Enzo.

—Lo segundo es que también encontré algo en internet antes de que Piero viniera el jueves —dijo Loretta—. Alguien del grupo de Antibes mencionó la apuesta en una publicación. No con todos los detalles, pero suficiente para que los motores de búsqueda la indexaran.

Enzo la miró.

—¿Cuándo?

—Hace tres semanas —dijo Loretta.

—¿Hace tres semanas? —repitió Enzo, con el tono del que acaba de recibir una información que recalibra varias semanas de historia reciente.

—Sí.

—¿Y no dijiste nada?

—Necesitaba tiempo para procesarlo —dijo Loretta—. Y necesitaba escuchar la versión completa de Piero antes de tener la conversación contigo. Porque la conversación contigo no podía ser a medias.

Enzo miró el golfo durante un momento. Luego la miró a ella.

—¿Y qué procesaste?

—Que lo que encontré en internet me dijo quién eres en términos de apellido y de fortuna —dijo Loretta—. Y que esa información, que debería haber cambiado algo, no cambió nada de lo que ya era real. Y que eso, que no cambiara nada, era la información más importante de las tres.

Enzo escuchó esto con la atención completa que le dedicaba a las cosas que importaban, que era la atención que no registraba únicamente las palabras sino también el orden en que venían y el peso que tenía cada una dentro de ese orden.

—¿Qué era real? —dijo.

Loretta lo miró. El golfo estaba abajo y el Vesubio estaba al fondo y Nápoles estaba entre los dos y el sol de octubre hacía lo que el sol de octubre hacía, que era exactamente lo que correspondía al momento.

—Que en siete meses he conocido a una persona —dijo Loretta—. No al presidente de la MSC ni al hombre más rico de Italia ni al objeto de una apuesta de veinticinco millones de euros. A una persona que lee los libros que tiene en los estantes y que va al mercado los domingos y que silba Puccini cuando está de buen humor y que se preocupa por las personas que trabajan con él de una manera que no necesita que nadie se lo pida. Que echó de menos a su madre en la bodega de Positano y que sabe dónde están las velas cuando se va la luz. —Una pausa—. Esa persona me importa. Con independencia de todo lo demás.

El silencio que siguió tenía la densidad de los silencios que no pueden ni deben ser llenados inmediatamente porque lo que acaba de decirse necesita el espacio que el silencio le da para terminar de existir completamente.

Enzo miró el golfo durante ese silencio. Luego la miró a ella. Y cuando habló, lo hizo con la voz de alguien que ha encontrado lo que buscaba en el único lugar donde podía encontrarse y que por tanto no necesita elaborar ni rodear ni preparar lo que dice porque lo que dice es exactamente lo que es.

—Loretta —dijo.

—¿Sí?

—Hay algo que no te he dicho todavía —dijo Enzo.

—Dilo —dijo Loretta.

—Que en siete meses he dejado de preguntarme si alguien puede acercarse a mí por razones que no tienen que ver con mi fortuna —dijo Enzo—. No porque haya llegado a una conclusión filosófica sobre ello. Sino porque la pregunta dejó de ser relevante en algún momento del tercer mes y no me di cuenta hasta que Piero me lo señaló por teléfono y entonces me di cuenta de que llevaba semanas sin hacérmela.

—¿Y?

—Y que lo que dejó sin espacio a esa pregunta eres tú —dijo Enzo—. Concretamente. No la apuesta ni el experimento ni ninguna conclusión sobre las personas en general. Tú, que pelaste las naranjas de Positano sin que nadie te lo pidiera y que sabías lo de la canela antes de que yo supiera que alguien podía saberlo y que te quedaste quieta en la oscuridad antes de que yo encontrara las velas porque sabías que moverte habría complicado las cosas.

Loretta lo miraba con esa atención que tenía para las cosas que importaban, que era la atención de alguien que no quiere perderse nada de lo que llega porque sabe que lo que llega importa.

—Enzo —dijo.

—¿Sí?

—Las naranjas las pelé en Nápoles, no en Positano —dijo.

Enzo la miró durante un segundo.

—Las naranjas de Nápoles, entonces —dijo.

—Y lo de la canela fue María —dijo Loretta.

—Lo de la canela fue María —confirmó Enzo—. Pero tú le preguntaste a María.

—Le pregunté a María —admitió Loretta.

—Porque te importaba —dijo Enzo.

—Porque me importaba —dijo Loretta.

Hubo otro silencio. Más corto que el anterior. De una calidad diferente: no el silencio del que espera que algo termine de instalarse sino el silencio del que ya sabe lo que viene y que simplemente lo está habitando antes de que llegue.

Enzo extendió la mano. Loretta la tomó. Y se quedaron así, de pie frente al golfo de Nápoles con el Vesubio al fondo y Nápoles extendida entre los dos y el sol de octubre haciendo lo que el sol de octubre hacía, que seguía siendo exactamente lo que correspondía al momento aunque el momento hubiera cambiado de naturaleza respecto al que había sido diez minutos antes.

No hubo declaraciones adicionales. No fueron necesarias. Las declaraciones necesarias se habían hecho y lo que quedaba era simplemente estar en el lugar donde estaban siendo lo que eran, que era suficiente y en ese momento era también todo.

Stefano, que había seguido al mirador a distancia prudencial porque tenía la costumbre de saber dónde estaban las personas a su cargo sin que esa costumbre requiriera anunciarse, observó desde el recodo del sendero lo que había que observar durante el tiempo necesario para observarlo y luego se giró y volvió hacia la villa por el mismo sendero.

En la villa encontró a María en el corredor mirándolo con la pregunta en los ojos.

Stefano asintió.

María contuvo un pequeño grito de alegría con el esfuerzo de alguien que ha aprendido que las alegrías excesivas en los corredores de las casas no siempre corresponden, y se fue a la cocina a decírselo a Armando.

Armando ya lo sabía. Armando sabía estas cosas antes de que nadie se las dijera porque llevaba doce años leyendo el estado de la villa en la

temperatura del ambiente y en la manera en que las personas se movían por los espacios y en el ritmo de los pasos en las escaleras, y el ritmo de esa mañana le había dicho desde el desayuno que el día iba a terminar de una manera específica.

Fue al armario. Sacó los ingredientes que había guardado el viernes para la ocasión especial que llegara. Y empezó a cocinar con la concentración del artista que sabe que lo que tiene entre manos merece todo lo que puede darle.

Giuseppina, que estaba en el piso de arriba doblando sábanas con la meticulosidad de siempre, escuchó a Armando en la cocina y reconoció por el sonido de los ingredientes y por el silencio específico que producía en Armando cuando cocinaba algo importante que la tarde iba a merecer la mesa grande de la terraza y las velas y el vino que Enzo tenía guardado para las noches que correspondían a ese vino.

Bajó a preparar la mesa.

Carlo vio desde el jardín que Giuseppina sacaba el mantel de las ocasiones y entendió lo que eso significaba con la velocidad de quien lleva veinte años leyendo los signos de esa villa y que sabe que el mantel de las ocasiones no sale sin una razón suficiente.

Sonrió para sí mismo, entre los olivos, con la satisfacción tranquila del hombre que ha visto llegar el momento que esperaba y que lo encuentra exactamente donde esperaba encontrarlo.

Enzo y Loretta volvieron del mirador cuando la tarde empezaba a ceder su luz hacia el atardecer, caminando por el sendero con las manos todavía juntas y la calma específica de las personas que han dicho lo que tenían que decir y que por tanto tienen el resto de la tarde disponible para ser simplemente las personas que son en el lugar donde están.

Encontraron la mesa de la terraza puesta con el mantel de las ocasiones y las velas y el vino que correspondía al vino de las grandes noches, y a Armando asomado a la puerta de la cocina con la expresión del que ha hecho su parte y que espera el momento de ver si la parte que hizo corresponde a lo que la noche necesitaba.

Enzo miró la mesa. Luego miró a Armando.

—¿Cómo sabías? —dijo.

—El viernes —dijo Armando—. Cuando elegí los ingredientes.

—¿El viernes? —dijo Enzo—. Si la conversación fue hoy.

—Las conversaciones importantes se anuncian antes de que ocurran —dijo Armando, con la filosofía culinaria del que ha aprendido que los sabores más profundos necesitan tiempo—. El que sabe escuchar las escucha llegar.

Enzo lo miró durante un momento con algo que era difícil de clasificar pero que sus doce años de convivencia le habrían permitido a Armando

identificar sin dificultad: era la expresión que ponía cuando alguien decía algo que era completamente verdad y que él no había formulado todavía.

—Gracias —dijo Enzo.

—Para eso estoy —dijo Armando, y volvió a su cocina con la dignidad del artista que no necesita más reconocimiento que el que el plato le da cuando es lo que tiene que ser.

Se sentaron a la mesa de la terraza con el golfo abajo y el Vesubio al fondo y las velas encendidas aunque todavía no hubiera anochecido del todo, porque algunas cosas merecen empezarse antes de que el momento las requiera estrictamente, que es exactamente la filosofía con que Armando había elegido los ingredientes el viernes y que es también, aunque en lenguajes diferentes, la misma filosofía con que Gian Paolo Aponte había puesto el Fiano di Avellino en la bodega de Positano con instrucción de no tocarlo hasta 2024 o después.

Algunas cosas saben mejor cuando se esperan el tiempo correcto.

Y la noche que vino fue exactamente esa clase de cosa.

CAPÍTULO 13

Los amigos y la galería de arte

Nápoles, Florencia — Las consecuencias de la apuesta

La noticia llegó a los amigos de maneras distintas según el canal que cada uno de ellos usaba habitualmente para recibir las noticias que importaban, lo cual decía tanto sobre los canales como sobre las personas que los usaban.

Piero la supo por Enzo, que lo llamó el lunes por la mañana con la brevedad característica de quien comunica algo importante sin necesitar elaborarlo porque la importancia habla sola.

—Piero.

—Enzo.

—Tenías razón.

Una pausa.

—Lo sé —dijo Piero—. ¿Cuándo?

—El domingo.

—¿En el mirador?

—En el mirador.

Otra pausa, más larga que la primera, con la calidad de las pausas que contienen cosas que no caben en palabras pero que tampoco necesitan palabras para existir completamente.

—Gracias por no decir que te lo dije —dijo Enzo.

—Te lo digo ahora —dijo Piero—. Porque ya puedo.

—Te lo permito una vez —dijo Enzo.

—Es suficiente —dijo Piero—. ¿Cuándo firmamos lo de la casa?

—Cuando quieras —dijo Enzo—. No tengo prisa.

—Yo tampoco —dijo Piero—. Pero hagámoslo bien. Con todos presentes. En Florencia.

—De acuerdo —dijo Enzo—. Avisa a los demás.

Piero avisó a los demás.

Ugo lo supo por Piero con todos los detalles que Piero había podido reunir en cuarenta y ocho horas, que eran considerables porque Piero era un hombre que cuando se ponía a recopilar información lo hacía con la misma minuciosidad con que hacía todo lo demás. La reacción de Ugo fue la que era previsible en Ugo: un silencio inicial de aproximadamente cuatro segundos seguido de una carcajada que duró considerablemente más, seguida de la pregunta de si podía abrazar a Enzo cuando lo viera o si había alguna restricción sobre los abrazos en esa fase específica de la situación.

Piero le dijo que no había ninguna restricción.

Ugo dijo que bien, porque de todas formas lo iba a abrazar.

Edoardo lo supo por Ugo, que se lo dijo mientras los dos almorzaban en un restaurante de Milán el martes siguiente, y su reacción fue más compleja de lo que Ugo habría anticipado: primero la satisfacción del que ha visto venir algo durante meses y que encuentra en su previsión confirmada una fuente de placer genuino, luego algo más suave que era difícil de clasificar en el vocabulario habitual de Edoardo pero que Ugo, que lo conocía desde hacía muchos años, reconoció como alivio, y finalmente la pregunta de si Loretta sabía lo de la apuesta completa y si eso había cambiado algo, que era la pregunta más perspicaz que Edoardo había hecho en meses.

Ugo le dijo que sí a la primera parte y no a la segunda.

Edoardo asintió con la expresión del que ha recibido la respuesta correcta a la pregunta correcta y que por tanto puede seguir con el almuerzo con la conciencia tranquila.

Paolo lo supo solo, que era la manera en que Paolo solía saber las cosas que importaban: sin que nadie se las dijera, por el proceso de observación acumulada que era su método habitual de conocer el mundo. Lo supo el miércoles cuando Enzo le mandó un mensaje que decía únicamente *el domingo en el mirador*, que para cualquier otro receptor habría sido críptico pero que para Paolo, que había estado en el mirador el día de la primera visita y que había visto a los dos caminar hacia él con esa postura específica de las personas que van a algún lugar por razones que superan la logística, era perfectamente legible.

Respondió con dos palabras: *lo sabía*.

Enzo respondió con otras dos: *lo sé*.

Y así quedó.

La reunión en Florencia se organizó para el último fin de semana de octubre con la eficiencia que producía el hecho de que los cinco tenían agendas complicadas pero también la disposición específica de quien quiere hacer algo que merece hacerse bien. Piero reservó mesa en el restaurante donde la familia Castellani celebraba las ocasiones que merecían restaurante desde 1987, que era un lugar en el Oltrarno con la calidad de los restaurantes que no necesitan estar de moda porque tienen su propia versión de la excelencia que es independiente de lo que esté de moda, y organizó la firma ante notario para el sábado por la mañana de manera que la tarde fuera libre para lo que la tarde debía ser.

La firma fue lo que las firmas ante notario son: un proceso breve, preciso y completamente desprovisto del drama que la ocasión podría haber sugerido, porque los notarios florentinos del tipo de Matteo Ricci, que era el notario de la familia Castellani desde hacía veintidós años, habían aprendido que su función era dar forma legal a las decisiones que las personas ya habían tomado y que añadir énfasis al proceso no servía a ninguno de los propósitos que importaban.

Enzo firmó la transferencia de la casa de Suiza con la misma eficiencia con que firmaba los documentos de la MSC, que era la eficiencia de quien ha aprendido que los trámites se hacen para que terminen y que lo que importa empieza después de que terminan.

Piero firmó la aceptación con algo en la cara que el notario Ricci, que había visto firmar muchas cosas en veintidós años, identificó como la expresión específica de quien recibe algo que en realidad ya tenía antes de recibirlo y que por tanto la recepción formal es más un reconocimiento que una adquisición.

—¿Alguna observación? —dijo el notario Ricci, con la fórmula protocolaria de cierre.

—Ninguna —dijeron los dos, al mismo tiempo, con el medio segundo de diferencia que habían tenido desde Antibes en los momentos donde coincidían sin haberlo planeado.

El notario Ricci guardó los documentos con la meticulosidad de quien sabe que lo que guarda importa aunque no sepa exactamente por qué importa de la manera en que importa, y los despidió con la cortesía profesional que era su marca personal.

En la calle, con el sol de octubre sobre el Arno y los turistas y los florentinos mezclados en la proporción habitual de los sábados del Oltrarno, Piero miró a Enzo durante un momento.

—¿Y bien? —dijo.

—Y bien —dijo Enzo.

—¿Cómo te sientes?

—Como alguien que acaba de firmar la transferencia de una casa de veinticinco millones de euros y que no encuentra eso particularmente relevante en el contexto general del fin de semana —dijo Enzo.

Piero sonrió.

—Eso es exactamente la respuesta correcta —dijo.

—Lo sé —dijo Enzo—. Tú me pusiste en la situación donde podía llegar a ella.

—Lo hice de una manera cuestionable.

—Sí —dijo Enzo—. Y también de la única manera que habría funcionado.

—Las dos cosas son verdad —dijo Piero.

—Las dos cosas son verdad —confirmó Enzo—. Y voy a vivir con la incomodidad de que sean las dos cosas al mismo tiempo durante un tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Suficiente —dijo Enzo—. Y luego se acabará, que es lo que pasa con las incomodidades que tienen razón de ser.

Caminaron hacia el restaurante por las calles del Oltrarno que tenían esa calidad específica de los barrios florentinos que llevan suficiente tiempo siendo lo que son como para no necesitar probarlo, con los otros tres que llegaban desde distintas direcciones con la puntualidad variable que los caracterizaba: Ugo primero porque siempre llegaba primero, Paolo exactamente a la hora porque Paolo era Paolo, y Edoardo con siete minutos de retraso porque siete minutos de retraso era su equilibrio entre llegar y ser notado por llegar.

La cena fue lo que las cenas de ese grupo solían ser cuando el motivo era real y no simplemente el pretexto de verse: más larga de lo que el restaurante habría anticipado, más ruidosa de lo que las mesas cercanas habrían preferido, y más honesta de lo que las cenas con pretexto permitían serlo.

Loretta estaba en la mesa porque Enzo la había invitado y porque Piero había organizado el restaurante para seis y porque la alternativa, que era que ella no estuviera, habría sido la decisión incorrecta en todos los sentidos disponibles.

Ugo la abrazó en cuanto la vio, con el abrazo que había prometido que daría, que resultó ser de los abrazos que incorporan el cuerpo completo y que duran más de lo que los protocolos habituales recomiendan pero que en Ugo resultaban completamente naturales porque en Ugo todo lo afectivo era natural.

—Eres exactamente lo que Piero dijo —le dijo Ugo, cuando terminó el abrazo.

—¿Qué dijo Piero? —dijo Loretta.

—Que eras la persona más honesta que había conocido en mucho tiempo —dijo Ugo—. Y que eso iba a complicar todo de la mejor manera posible.

—Lo complicó —confirmó Loretta.

—Se nota —dijo Ugo, con la satisfacción del que ve el resultado de algo que esperaba y que lo encuentra mejor de lo que anticipó.

Edoardo la saludó con la cortesía elaborada que usaba cuando quería demostrar que podía ser cortés sin esfuerzo, lo cual era una manera de demostrar que el esfuerzo existía, y luego le dijo, bajando la voz apenas lo suficiente para que pareciera confidencial sin serlo:

—Fui el primero en preguntarte qué pensabas de él. Me debes una respuesta honesta.

—Te di una respuesta honesta —dijo Loretta.

—Me diste la respuesta que la situación pedía —dijo Edoardo—. Que no es lo mismo.

—Es una distinción que te honra —dijo Loretta—. Y la respuesta honesta es que en ese momento todavía estaba procesando, así que la respuesta que te di era la única honesta disponible.

Edoardo la miró durante un segundo con algo que era claramente respeto aunque en el repertorio facial de Edoardo el respeto raramente tomaba esa forma sin mezcla de otras cosas.

—Me gusta —le dijo a Enzo, en voz suficientemente alta para que Loretta lo escuchara.

—Ya lo sé —dijo Enzo.

—No estás celoso.

—No —dijo Enzo.

—Interesante —dijo Edoardo, como si eso confirmara algo que había estado evaluando.

Paolo llegó en el momento exacto en que hacía falta que llegara alguien que no dijera nada elaborado para que la mesa se asentara, que era su don habitual. Le dijo a Loretta, con la economía que lo caracterizaba:

—La última vez que hablamos en el jardín te dije que esto iba a ser más complicado de lo que Piero calculó.

—Lo recuerdo —dijo Loretta.

—¿Lo fue?

—Sí —dijo Loretta.

—¿Y valió la pena?

—Sí —dijo Loretta.

—Bien —dijo Paolo—. Eso era lo que importaba saber.

Y se sentó y pidió el vino con la practicidad del que ha dicho lo que tenía que decir y que ahora puede dedicarse a la cena con la conciencia tranquila.

La conversación durante la cena fue la que fue: larga, variada, con los desvíos y las vueltas que producen las personas que se conocen bien y que por tanto no necesitan mantener ninguna línea narrativa coherente para que la conversación tenga sentido. Hubo un momento donde Edoardo intentó explicar su teoría sobre por qué las ciudades costeras producen mejores personas que las ciudades de interior, que resultó en un debate que involucraba a todos menos a Stefano, que no estaba en la cena porque Stefano nunca estaba en las cenas, y que terminó en un empate que a nadie satisfizo pero que tampoco necesitaba satisfacer porque el proceso de llegar al empate había sido suficientemente entretenido.

Hubo otro momento donde Ugo contó algo sobre una pareja de huéspedes de uno de sus hoteles que habían llegado a la recepción con un malentendido sobre la reserva que había resultado en una aventura de cuatro horas por la costa amalfitana que terminó con los dos declarándose amor en una calle de Positano, lo cual produjo en la mesa el silencio de medio segundo que producen las historias que aterrizan en el lugar exacto donde la mesa tiene algo que decir pero que ninguno de los presentes dice porque el silencio lo dice mejor.

Y hubo al final, cuando el postre estaba sobre la mesa y el último vino estaba en las copas y la noche florentina afuera de las ventanas del Oltrarno tenía esa calidad de las noches de octubre que son templadas sin ser frías y oscuras sin ser cerradas, el brindis de Piero.

No lo anunció. Simplemente levantó su copa.

Los demás levantaron las suyas.

—Por las apuestas que merecen hacerse —dijo Piero.

—Por las apuestas que merecen hacerse —repitieron los demás, con el medio segundo de diferencia habitual.

Loretta levantó su copa con los demás y miró a Piero durante un instante con algo que era difícil de clasificar pero que Piero, que la había estudiado durante semanas antes de que todo esto empezara y que por tanto tenía un archivo mental sobre ella que otros no tenían, identificó sin dificultad: era la expresión de alguien que ha decidido que lo que se le hizo, aunque fuera cuestionable en su método, fue hecho con la intención correcta, y que esa intención, aunque no cancele el método, merece ser reconocida.

—Por las apuestas que merecen hacerse —dijo Loretta, mirando a Piero—. Y por las personas que saben cuándo hay que hacerlas.

Piero asintió con la dignidad de quien recibe algo que no esperaba recibir exactamente de esa manera.

Los demás bebieron sin saber completamente qué habían presenciado pero con la intuición de que había sido algo que valía la pena presenciar.

La noche en Florencia continuó siendo la noche en Florencia, con el Arno abajo y los puentes iluminados y la ciudad que llevaba siglos siendo exactamente lo que era: hermosa de una manera que no pedía permiso y que no necesitaba que nadie lo notara para seguir siéndolo.

Exactamente como las cosas que importan de verdad.

CAPÍTULO 14

La Signora Alexa opina

Florencia — La familia de Loretta

La Signora Alexa Ferrigno supo lo que había pasado el mismo domingo del mirador porque Loretta la llamó esa tarde desde la terraza de la villa, con el golfo todavía brillando abajo y la voz de alguien que ha tenido un día importante y que necesita contárselo a la persona que mejor entiende qué significa que un día sea importante de esa manera específica.

La conversación duró cuarenta minutos, que era más de lo que Loretta y su madre solían hablar por teléfono en circunstancias ordinarias pero que en circunstancias de esta calidad resultaba razonable. La Signora Alexa escuchó con la atención específica que dedicaba a las historias de su hija, que era una atención que combinaba la escucha activa con el procesamiento paralelo de lo que escuchaba, de manera que cuando Loretta terminaba de contar algo su madre ya tenía una perspectiva formada que no era simplemente la perspectiva de quien ha escuchado sino la de quien ha pensado mientras escuchaba.

Cuando Loretta terminó, hubo una pausa.

—¿Y él? —dijo la Signora Alexa.

—¿Qué pasa con él?

—¿Cómo es?

—Te lo conté.

—Me contaste lo que hace —dijo la Signora Alexa—. Pregunto cómo es.

Era la distinción que su madre siempre había hecho y que Loretta siempre había encontrado útil aunque a veces incómoda: entre la descripción de los actos y la descripción de la persona, que no siempre coincidían y que requerían modos diferentes de observación.

—Es honesto —dijo Loretta—. No de la manera fácil, que es serlo cuando no cuesta nada. De la manera que cuesta algo.

—¿Por ejemplo?

—Admitió que la apuesta había dejado de importar en el tercer mes y que no se había dado cuenta hasta que alguien se lo señaló —dijo Loretta—. No lo presentó como virtud. Lo contó como hecho.

—Eso es honestidad de la buena —dijo la Signora Alexa.

—Sí.

—¿Y te trató bien en estos siete meses?

—Sí —dijo Loretta—. Con la corrección que viene de querer tratar bien a alguien, no de seguir un protocolo.

—¿Hay diferencia?

—Es la diferencia más importante que hay —dijo Loretta.

Otra pausa. Loretta conocía estas pausas de su madre: eran el tiempo que se tomaba para verificar que lo que había escuchado correspondía a lo que había escuchado antes de responder, que era su manera de asegurarse de que su perspectiva estaba basada en lo que su hija le decía y no en lo que ella habría querido que le dijera.

—¿Estás bien? —dijo la Signora Alexa.

—Sí —dijo Loretta.

—¿Segura?

—Más de lo que esperaba estarlo en esta situación —dijo Loretta.

—Eso me parece suficiente —dijo la Signora Alexa—. Para empezar.

Enzo fue a Florencia tres semanas después. No por ninguna razón de negocios, aunque la MSC tenía presencia en Florencia suficiente para proporcionar una razón de negocios si alguien la hubiera pedido. Fue porque Loretta le dijo que su madre quería conocerlo y porque Enzo, que había aprendido en ocho meses que las personas que importaban a Loretta importaban también por razones que superaban el protocolo, entendió que ir no era únicamente lo correcto sino lo necesario.

Llegaron a Florencia el sábado por la mañana. Stefano los dejó frente a la galería de la Via dei Servi y se fue a buscar dónde tomar el café de las once con la discreción habitual de quien sabe que algunas visitas requieren que el conductor desaparezca y que hacerlo bien es también parte del trabajo.

La galería estaba abierta. La Signora Alexa estaba en el interior revisando el estado de un cuadro que había llegado esa semana para una exposición de febrero y que tenía en el ángulo inferior derecho una zona que requería atención antes de ser exhibido. Cuando oyó la puerta lo supe sin necesidad de girarse: el paso de Loretta lo conocía desde que Loretta tenía seis meses y caminaba por primera vez, y el paso que venía junto a él era nuevo pero tenía una calidad que se aprende a reconocer cuando se lleva muchos años leyendo cómo las personas se mueven por los espacios que son de otro.

Se giró.

—Mamá —dijo Loretta—. Este es Enzo.

La Signora Alexa miró a Enzo durante un segundo con la atención específica que merecían las primeras impresiones cuando eran de las que importaban. Vio lo que veía y lo registró con la rapidez de quien ha aprendido a leer las personas en el tiempo que las personas tardan en entrar a un espacio.

—Buongiorno —dijo.

—Buongiorno, Signora —dijo Enzo—. Gracias por recibirme.

—No hay de qué —dijo la Signora Alexa, con el tono que usaba cuando la cortesía era real y no simplemente protocolar—. ¿Le molesta si seguimos con el cuadro? Llegó esta semana y tiene una zona que me preocupa.

—En absoluto —dijo Enzo.

—Bien —dijo la Signora Alexa, y volvió al cuadro.

Era una prueba. No de las pruebas que se diseñan con ese propósito sino de las que emergen naturalmente cuando alguien necesita ver cómo responde una persona ante lo inesperado, que era mucho más informativo que ver cómo responde ante lo preparado. Enzo pasó la prueba de la única manera en que se puede pasar: siendo exactamente lo que era, que era alguien que se acercó al cuadro con genuina curiosidad y que miró la zona que preocupaba a la Signora Alexa con la atención del que está mirando algo que le interesa y no de quien está fingiendo que le interesa.

—¿Es el barniz? —dijo Enzo, señalando el ángulo inferior derecho sin tocarlo porque había aprendido de Piero que los cuadros no se tocaban a menos que hubiera una razón específica para hacerlo.

La Signora Alexa lo miró.

—¿Por qué lo dice?

—Porque la textura en ese ángulo es diferente del resto —dijo Enzo—. Como si hubiera sido tratado con algo diferente en algún momento.

—Tiene razón —dijo la Signora Alexa—. Fue restaurado parcialmente hace unos veinte años y el restaurador usó un barniz que en ese momento era estándar pero que con el tiempo ha mostrado incompatibilidades con el barniz original.

—¿Se puede corregir?

—Sí —dijo la Signora Alexa—. Con tiempo y el restaurador correcto. No es urgente pero hay que hacerlo antes de que avance.

—¿Y tiene el restaurador?

—Tengo uno muy bueno —dijo la Signora Alexa—. Pero su lista de espera es larga.

—¿Cuánto?

—Seis meses.

—Si me da el nombre —dijo Enzo—, puedo intentar acelerar el proceso. Tengo colecciones en depósito en varias ciudades italianas y los restauradores que trabajan con ellas a veces tienen acceso más rápido a los colegas de su campo.

La Signora Alexa lo miró durante un momento con esa atención que no era evaluación sino algo más parecido a la verificación de algo que ya había sospechado.

—Lo haré —dijo.

Siguieron con el cuadro durante otro momento. Loretta los observaba desde la discreta distancia de quien sabe que la mejor manera de estar presente en esa situación era no intervenir, que era la habilidad que su madre le había enseñado antes de que pudiera articularla: que a veces estar es simplemente estar y que añadir no siempre suma.

La Signora Alexa terminó lo que necesitaba verificar del cuadro y se giró hacia los dos con la expresión de quien ha llegado a una conclusión y que no tiene razón para no compartirla.

—¿Han desayunado? —dijo.

—En el tren —dijo Loretta.

—Eso no cuenta —dijo la Signora Alexa—. En el tren se come porque hay que comer, no porque valga la pena. Hay una cafetería en la Via dei Servi que hace el café más honesto de Florencia. Cierro la galería media hora.

—No tiene que cerrar por nosotros —dijo Enzo.

—No cierro por ustedes —dijo la Signora Alexa—. Cierro porque son las once de la mañana del sábado y las once de la mañana del sábado es la hora del café, que es una ley de la naturaleza que no tiene excepciones razonables.

Enzo la miró durante un segundo con algo que Loretta reconoció inmediatamente: la expresión que ponía cuando alguien decía algo que era completamente verdad y que él no había formulado todavía en esos términos pero que una vez formulado reconocía como propio.

—Tiene toda la razón —dijo Enzo.

En la cafetería de la Via dei Servi, que tenía la calidad de los lugares que llevan suficiente tiempo siendo lo que son como para no necesitar probarlo, con el café que olía a café y los pasteles que olían a pasteles y la luz que entraba por las ventanas con el ángulo específico de las mañanas de noviembre en Florencia, la Signora Alexa hizo lo que Loretta había anticipado que haría porque la conocía bien: ignoró las preguntas que habría sido fácil hacer y se concentró en las que eran difíciles.

No le preguntó por los negocios. No le preguntó por la fortuna. No le preguntó por las intenciones con su hija, que habría sido la pregunta más obvia y que por tanto era la menos informativa.

Le preguntó por su infancia.

Era la misma pregunta que Loretta le había hecho en Positano durante la tormenta, y Enzo la reconoció con la claridad de quien ve el mismo ángulo de aproximación en dos personas distintas y comprende que esa coincidencia no es accidental.

Respondió con la misma apertura que le había respondido a Loretta, porque había aprendido que la apertura era la única respuesta que funcionaba con ese tipo de pregunta y porque la Signora Alexa, como Loretta, era el tipo de persona ante quien la apertura no producía vulnerabilidad sino reconocimiento.

Habló de los septiembres en Positano. Del mercado del Vomero con su madre. De lo que Gian Paolo le había enseñado sobre la MSC y lo que Rafaela le había enseñado sobre todo lo demás. De la diferencia entre las dos enseñanzas, que no eran contradictorias sino complementarias de una manera que había tardado años en entender completamente.

La Signora Alexa escuchó todo esto con la atención que merecía, sin interrumpir, sin añadir nada que no fuera necesario añadir. Cuando Enzo terminó, tomó su café y lo miró durante un momento con esa expresión que Loretta conocía bien y que significaba que había llegado a una conclusión.

—Sus padres hicieron bien su trabajo —dijo la Signora Alexa.

—Sí —dijo Enzo.

—Y usted hizo bien el suyo al aprender lo que le enseñaron.

—Intenté hacerlo —dijo Enzo.

—Intentar bien es suficiente —dijo la Signora Alexa—. Los que lo intentan mal suelen no saber que lo están haciendo mal. Los que lo saben, que podrían estarlo haciendo mejor, suelen corregir.

Enzo la miró.

—¿Cómo sabe usted cuáles son cuáles?

—Con el tiempo —dijo la Signora Alexa—. Y con la pregunta de la infancia. Las personas que hablan de su infancia con honestidad tienen la misma honestidad en lo demás. Las que la embellecen o la omiten, suelen embellecer u omitir también en lo demás.

—¿Y la mía?

—Honesta —dijo la Signora Alexa—. Con la calidad específica de la honestidad que costó algo. Que es la que vale.

Loretta los miraba a los dos con la satisfacción de quien ve que una cosa que esperaba que funcionara está funcionando y que además funciona de la manera correcta, que no siempre es la misma.

Cuando terminaron el café y la Signora Alexa se levantó para volver a la galería, Enzo se levantó también con el gesto automático del que ha aprendido que levantarse cuando las personas mayores se levantan es una cortesía que no requiere que nadie le recuerde que existe.

La Signora Alexa lo notó. No dijo nada sobre ello. Pero lo notó.

En la puerta de la cafetería, mientras Loretta pagaba en la caja con la naturalidad de quien paga en los sitios de su ciudad cuando está con su madre, la Signora Alexa se quedó un momento junto a Enzo con la actitud de quien tiene algo que decir y que elige el momento con la misma precisión con que elige todo lo demás.

—Enzo —dijo.

—Signora.

—Mi hija —dijo la Signora Alexa, con la voz de alguien que dice una cosa importante y que por tanto no necesita añadir adjetivos—, es la persona más honesta que he conocido. Y lo digo como observadora objetiva, que es difícil de ser sobre los hijos propios pero que intento serlo.

—Lo creo —dijo Enzo.

—Bien —dijo la Signora Alexa—. Y lo que digo a continuación también lo creo: que la honestidad de Loretta necesita a su alrededor la misma honestidad. No puede existir bien en espacios donde la honestidad sea opcional.

—Lo entiendo —dijo Enzo.

—Lo que encontró en usted en estos ocho meses —dijo la Signora Alexa— es que la honestidad en usted no es opcional aunque a veces le cueste. Eso es lo que importa.

Enzo la miró durante un momento con algo en la cara que era difícil de clasificar pero que tenía todos los elementos del reconocimiento genuino.

—Gracias —dijo.

—No me dé las gracias todavía —dijo la Signora Alexa, con algo que en su cara hacía las veces de sonrisa—. Déselas cuando hayan pasado diez años y cuando todavía tenga razón en lo que acabo de decir. Eso sí merecerá las gracias.

Loretta llegó de la caja en ese momento y los encontró en la puerta con esa conversación terminada pero todavía presente en el aire entre los dos con la calidad de las cosas que se han dicho y que ocupan el espacio un momento más después de haber sido dichas.

—¿Todo bien? —dijo Loretta, mirando a su madre.

—Todo bien —dijo la Signora Alexa.

—¿Segura?

—Loretta —dijo la Signora Alexa, con el tono que usaba cuando la pregunta era redundante—, te crie sola durante veintiséis años. Sé evaluar una situación.

—Lo sé —dijo Loretta—. Por eso pregunto.

La Signora Alexa miró a su hija durante un segundo con esa mirada específica que las madres tienen para los hijos que las conocen bien y que por tanto preguntan exactamente lo que preguntan.

—Está bien —dijo.

Era la misma frase que había dicho en la galería ocho meses atrás cuando Piero le había explicado el trabajo. Dos palabras. Sin elaboración. Y con exactamente el mismo peso que la primera vez, que era el peso de una mujer que había aprendido que las palabras necesarias raramente son muchas y que las que no son necesarias raramente añaden algo que las necesarias no puedan decir.

Volvieron a la galería. La Signora Alexa abrió de nuevo. Estuvieron otra hora mirando las obras con esa calidad específica que tiene mirar arte en una galería pequeña con personas que saben mirarlo: sin prisa, sin el circuito prefijado de los museos grandes, deteniéndose donde había algo que requería detenerse y pasando rápido por lo que no lo requería.

Enzo se detuvo frente a una acuarela del siglo diecinueve que representaba el golfo de Nápoles desde un ángulo que reconoció aunque el ángulo hubiera cambiado con los siglos.

—Este es el promontorio de Posillipo —dijo.

—Sí —dijo la Signora Alexa, que había llegado a su lado sin que él lo notara, que era su manera de moverse por la galería—. El artista vivió en Nápoles tres años en los 1850. Hizo una serie de vistas del golfo que ahora están dispersas en colecciones privadas.

—¿Esta forma parte de la serie?

—Sí —dijo la Signora Alexa—. Es de las pocas que han circulado en el mercado en los últimos veinte años.

Enzo la miró durante un momento.

—¿Está en venta?

La Signora Alexa lo miró con algo que en su cara era la versión contenida de la sorpresa.

—Podría estarlo —dijo—. Depende del comprador.

—¿Y de qué depende que el comprador sea el correcto?

—De que la quiera por lo que es —dijo la Signora Alexa—. No por lo que vale.

Enzo miró la acuarela durante un momento más. El golfo pintado en 1850 tenía la misma calidad que el golfo que veía desde la villa de Nápoles: ese azul que era difícil de reproducir exactamente y que el artista había reproducido con la precisión de quien lo había mirado suficiente tiempo como para entender que el secreto no era el color sino la luz que hacía que el color fuera ese y no otro.

—La quiero por lo que es —dijo Enzo.

—Bien —dijo la Signora Alexa—. Hablaremos.

Loretta, que había escuchado esto desde el otro lado de la sala con la atención dividida entre una fotografía de principios del siglo veinte y la conversación entre su madre y Enzo, pensó que la visita había resultado ser algo diferente de lo que cualquiera de los tres habría podido anticipar antes de que ocurriera y que esa diferencia era exactamente la que hacía que valiera la pena haberla tenido.

Stefano llegó a las dos con la puntualidad de siempre. La Signora Alexa los despidió en la puerta de la galería con la economía expresiva que era su marca: un beso en la mejilla de Loretta, un apretón de manos a Enzo que

duró lo que duran los apretones de manos que dicen más de lo que un apretón de manos suele decir, y el gesto de quien vuelve a sus asuntos porque sus asuntos la esperan y porque ella los espera también.

En el coche de vuelta, con Florencia desapareciendo por las ventanillas y la autopista abierta hacia el sur, Enzo dijo:

—Tu madre es una persona notable.

—Lo sé —dijo Loretta.

—¿Te lo ha dicho alguien antes?

—Sí —dijo Loretta—. Pero pocas veces alguien que la haya conocido durante tres horas.

—Algunas personas no necesitan más tiempo que ese —dijo Enzo.

—No —dijo Loretta—. Las que saben mirar, no.

Stefano condujo con su silencio habitual. El sol de noviembre acompañó el trayecto desde Florencia hasta Nápoles con la constancia de algo que no tiene agenda propia pero que está disponible para quien lo necesite.

Y la acuarela del golfo de Nápoles pintada en 1850 quedó en la galería de la Via dei Servi esperando la conversación que la Signora Alexa había prometido y que Enzo sabía que tendría, porque las personas que dicen que hablarán son las que hablan, y la Signora Alexa era exactamente ese tipo de persona.

Como su hija.

CAPÍTULO 15

El año termina

Nápoles — El balance

El año terminó un martes.

No hubo ninguna ceremonia para marcarlo porque ninguno de los que vivían en la villa Aponte era de los que necesitaban que los momentos tuvieran ceremonias para ser reales, y porque la realidad de ese martes específico era suficientemente elocuente sin añadirle nada: era exactamente un año desde que Loretta Ferrigno había llegado a la villa con dos maletas y la actitud de quien va a hacer algo inusual completamente, y ese año había producido algo que en ningún momento de los doce meses anteriores había tenido exactamente la forma que tenía ahora.

Armando lo supo antes que nadie. No porque nadie se lo dijera, sino porque Armando calculaba los calendarios de la villa con la precisión del que tiene la memoria de los eventos domésticos incorporada al cuerpo como una segunda naturaleza, y porque había estado esperando ese martes durante semanas con la anticipación específica del artista que sabe que tiene algo que preparar pero que quiere esperar el momento exacto para hacerlo.

El momento exacto llegó el lunes por la noche.

Fue a la despensa con la linterna pequeña que usaba cuando quería revisar los ingredientes sin encender todas las luces, que era una costumbre de veinte años de cocinar en casas donde las personas dormían en horas en que él necesitaba trabajar. Revisó el estado de lo que tenía. Hizo la lista de lo que faltaba. Y el martes por la mañana, antes de que nadie más hubiera bajado, fue al mercado del Vomero a comprar lo que correspondía a una cena que merecía sus mejores ingredientes.

Volvió a las siete y media con las bolsas y con el humor tranquilo del que ha encontrado lo que iba a buscar, que en el mercado del Vomero no siempre era garantizado pero que ese martes de noviembre había resultado ser exactamente lo que esperaba.

Giuseppina llegó a las ocho con la puntualidad de siempre y encontró a Armando en la cocina con los ingredientes desplegados sobre la isla central con la geometría específica de sus preparaciones importantes: cada cosa en su lugar, el orden que correspondía al orden de los procesos, la concentración que era la señal más clara de que lo que venía requería toda su atención.

Lo miró durante un momento sin decir nada.

—¿Es hoy? —dijo finalmente.

—Es hoy —dijo Armando.

Giuseppina asintió. Fue a preparar las habitaciones con la meticulosidad adicional que las ocasiones que lo merecían producían en ella, que era perceptible para quien la conociera bien aunque no consistiera en hacer las cosas de manera diferente sino en hacerlas con más presencia.

María llegó a las ocho y media, vio a Armando en la cocina y a Giuseppina con el carrito de la limpieza dirigiéndose al ala principal, y entendió sin que nadie le dijera nada que el día tenía una calidad diferente de los días ordinarios.

—¿Qué puedo hacer? —le preguntó a Giuseppina.

—Las flores —dijo Giuseppina, sin detenerse—. Las del jardín de Carlo que están listas. Las de la terraza y las del comedor.

María fue con Carlo, que ya lo sabía también, y que ya había cortado lo que correspondía con el criterio del que lleva veinte años sabiendo qué flores de su jardín corresponden a qué ocasiones.

Stefano apareció a las nueve con el coche limpio, que no era el estado en que el coche estaba cuando no había ningún plan específico para el día pero que era el estado en que lo dejaba cuando había.

La villa, en silencio y sin que nadie lo hubiera organizado explícitamente, se estaba preparando para la noche.

Enzo bajó a las nueve y cuarto. Encontró la cocina con el olor específico que tenía cuando Armando estaba en modo de cena importante, que era un olor compuesto por varios ingredientes simultáneos que individualmente eran

reconocibles pero que juntos producían algo diferente de cualquiera de sus partes.

—Armando —dijo Enzo.

—Señor Enzo —dijo Armando, sin levantar la vista de lo que estaba haciendo.

—¿Qué es hoy?

Armando levantó la vista.

—Hoy hace un año —dijo.

Enzo lo miró durante un momento con la expresión de quien acaba de recibir una información que ya tenía pero que al escucharla de otra boca adquiere un peso diferente.

—Lo sé —dijo Enzo.

—Bien —dijo Armando—. ¿El capuchino en la terraza o en el comedor?

—En la terraza —dijo Enzo—. Gracias, Armando.

—Para eso estoy —dijo Armando, y volvió a sus ingredientes.

Loretta bajó a las diez menos cuarto. Había dormido bien, que era la señal más confiable del estado de las personas que duermen bien cuando están bien y mal cuando no lo están, y bajó con la calma específica de quien tiene el día por delante sin nada que la urgencia requiriera atender primero.

Encontró a Enzo en la terraza con el café y el golfo y el Vesubio, que seguían siendo exactamente lo que siempre habían sido y que en ese contexto específico tenían una calidad que era diferente de la que tenían en cualquier otro contexto, que era la calidad de las cosas que forman parte de un fondo que se ha vuelto propio.

—Buongiorno —dijo Loretta.

—Buongiorno —dijo Enzo—. Hace un año.

—Lo sé —dijo Loretta.

—Armando lo sabe también —dijo Enzo.

—Armando sabe todo —dijo Loretta—. Es su mejor cualidad y a veces su defecto más útil.

Enzo sonrió con esa sonrisa que tenía para las cosas que Loretta decía cuando eran exactas sin pretenderlo.

—¿Qué tienes hoy? —dijo Loretta.

—Nada que no pueda esperar —dijo Enzo—. Y algo que no puede.

—¿Qué no puede esperar?

—Esta conversación —dijo Enzo—. Que llevas un año esperando que ocurra aunque ninguno de los dos la haya nombrado exactamente así.

Loretta tomó su café. El golfo estaba abajo siendo el golfo. El Vesubio estaba al fondo siendo el Vesubio. Nápoles extendida entre los dos era Nápoles con toda su permanencia específica.

—¿Cuál conversación? —dijo Loretta.

—La de qué viene después del año —dijo Enzo—. Porque el contrato era de un año y el año terminó hoy y lo que venga después del año no puede ser el mismo contrato porque lo que existe ahora es diferente de lo que existía cuando el contrato empezó.

—¿Y qué propones?

—No un contrato —dijo Enzo—. Un contrato tiene términos y los términos tienen fecha de vencimiento y lo que tengo en mente no tiene fecha de vencimiento.

Loretta lo miró durante un momento.

—¿Qué tienes en mente?

—Que te quedes —dijo Enzo—. No como asistente personal. Como lo que eres, que es la persona que se sienta en esta terraza y que sabe dónde están las velas cuando se va la luz y que entiende por qué el azafrán de primera cosecha no tiene sustituto posible y que le da importancia a las cosas pequeñas de la manera en que las cosas pequeñas merecen que se les dé importancia.

—Enzo.

—¿Sí?

—Llevo ocho meses en Nápoles —dijo Loretta.

—Lo sé.

—Y en ocho meses la villa se ha convertido en un lugar que reconozco como mío aunque no lo sea —dijo Loretta—. Y tú te has convertido en alguien que reconozco como importante aunque la situación que nos puso aquí fuera inusual.

—¿Y?

—Y que quedarme no es una decisión que requiera pensarse mucho —dijo Loretta—. Porque las decisiones que se piensan mucho suelen ser las que uno ya sabe que va a tomar y que solo necesitan el tiempo de procesarlas para que parezcan decisiones y no confirmaciones de lo que ya se sabía.

—¿Y esta es una confirmación?

—Sí —dijo Loretta—. Desde hace al menos tres meses.

Enzo la miró con la expresión del hombre que ha recibido exactamente lo que esperaba y que sin embargo no estaba completamente preparado para la forma específica en que llegó.

—¿Tres meses? —dijo.

—Tres —confirmó Loretta—. Giusy lo sabía antes. Armando desde el primer mes, según él. Y Stefano desde Positano.

—Stefano —dijo Enzo, con el tono del que acaba de comprender que el hombre de los silencios y las cuatro palabras exactas llevaba meses sabiendo cosas que él mismo había tardado en saber.

—Stefano —confirmó Loretta—. Las velas consumidas y los dos vasos vacíos.

Enzo miró el golfo durante un segundo con la expresión del que está procesando el hecho de que su propio personal lo conoce mejor de lo que él mismo se conoce.

—¿Y tú cuándo lo supiste realmente?

—En Positano —dijo Loretta—. Cuando me preguntaste si estabas bien ahí y respondiste que más de lo que esperabas. Fue la respuesta más honesta que había escuchado sobre una cosa difícil en mucho tiempo.

—¿Y eso fue lo que importó?

—Eso fue una parte —dijo Loretta—. La otra fue que cuando se fue la luz y estuve quieta en la oscuridad esperando que encontraras las velas, no tuve ningún impulso de moverme. Y eso, quedarme quieta sin ningún impulso de moverme en la oscuridad en casa de alguien, fue información sobre lo que había pasado en los meses anteriores.

Enzo la miró durante un momento largo con esa atención completa que dedicaba a las cosas que importaban.

—Loretta.

—¿Sí?

—Gracias por quedarte quieta en la oscuridad —dijo Enzo.

Loretta lo miró durante un segundo. Luego sonrió con esa sonrisa específica que tenía para las cosas que eran exactas e inesperadas al mismo tiempo.

—De nada —dijo—. Las velas estaban donde debían estar.

—Siempre están donde deben estar cuando alguien las ha puesto ahí —dijo Enzo.

Tomaron el café con el golfo y el Vesubio y la mañana de noviembre que tenía esa calidad del final del otoño mediterráneo que no era triste sino simplemente honesta: las cosas eran lo que eran, el año había terminado de la manera en que había terminado, y lo que venía después no tenía nombre todavía pero tenía dirección, que era lo único que hacía falta tener cuando el destino todavía no estaba claro pero el camino sí.

Giuseppina los vio desde el corredor interior con la verificación rápida de quien comprueba que lo que esperaba está siendo lo que esperaba, y siguió con su trabajo con la satisfacción tranquila de los dieciocho años bien empleados.

María, que estaba arreglando las flores de la terraza y que por tanto estaba físicamente en el espacio aunque a suficiente distancia para que su presencia no interrumpiera nada, terminó de arreglarlas con una delicadeza

adicional que ningún manual de protocolo le había enseñado pero que la situación le había producido de manera natural.

Carlo podó un rosal que no necesitaba ser podado todavía pero que estaba en la línea de visión correcta para poder observar la terraza sin que nadie lo notara, y llegó a la conclusión de que los olivos que llevaban veinte años a su cargo habían tenido razón en crecer con esa paciencia que él había admirado siempre: las cosas que esperan el tiempo correcto terminan siendo lo que tienen que ser.

Stefano, desde el garaje donde pulía el coche con la meticulosidad del sábado aunque fuera martes, supo por el silencio específico de la villa que la mañana estaba yendo como tenía que ir. Era el tipo de silencio que producen los lugares cuando las personas que los habitan están donde deben estar haciendo lo que deben hacer, y que los lugares como la villa Aponte, que llevaban suficiente tiempo siendo habitados como para tener carácter propio, comunicaban con claridad al que sabía escucharlos.

La cena de esa noche fue la que Armando había preparado con los ingredientes del martes, que resultó ser una de las mejores que había cocinado en doce años en esa villa según su propio criterio, que era el único que le importaba porque era el más exigente disponible. La comieron en la terraza con las velas que María había puesto en los candelabros de las noches importantes y con el vino que Giuseppina había elegido del armario donde Enzo guardaba las botellas que correspondían a las noches que correspondían a ese vino, con el golfo abajo y el Vesubio al fondo y Nápoles extendida entre los dos siendo exactamente lo que siempre había sido.

Hablaron de lo que surgió, que era la calidad de las conversaciones que no necesitan tema previo porque las personas que participan en ellas tienen suficiente mundo común como para que el mundo común produzca conversación por sí solo: de la acuarela del golfo que Enzo iba a comprarle a la Signora Alexa y que tendrían que encontrar el lugar correcto para colgarla en la villa, del libro sobre el helenismo que Loretta había terminado por fin y que había producido en ella tres preguntas sobre Alejandría que ningún libro posterior había respondido satisfactoriamente todavía, de los rosales del sector sur que Carlo consideraba que estaban listos para el invierno y que por tanto merecían un momento de reconocimiento antes de que el frío llegara.

Cosas ordinarias de una vida que había encontrado su forma.

Y en algún momento de esa noche, cuando las velas habían consumido la mitad de su longitud y el vino estaba en las últimas copas y el golfo abajo era oscuro y brillante al mismo tiempo con las luces de Nápoles reflejadas en el agua, Enzo dijo algo que no había planeado decir en ese momento pero que dijo porque la noche y el vino y el año que terminaba produjeron en él esa apertura específica de los momentos que no se planifican y que por eso son los más verdaderos.

—Piero me preguntó en Antibes si creía que existía alguien que pudiera acercarse a mí por razones que no tuvieran que ver con mi fortuna —dijo—. Y yo dije que no creía que existiera. Y tenía razón en ese momento porque no había encontrado a nadie así. Pero estaba equivocado en la conclusión porque la conclusión era que nunca existiría.

—¿Y ahora? —dijo Loretta.

—Y ahora sé que la diferencia entre no haber encontrado algo y no poder encontrarlo es la diferencia más importante que existe —dijo Enzo—. Y que confundir las dos cosas es el error más costoso que he cometido en treinta años.

—No el más costoso —dijo Loretta.

—¿No?

—El más costoso habría sido seguir confundiéndolas —dijo Loretta.

Enzo la miró durante un momento.

—Sí —dijo—. Eso es lo que quería decir.

La noche de Nápoles siguió siendo la noche de Nápoles, con sus luces y su golfo y su Vesubio discretamente oscuro en el horizonte, completamente indiferente a lo que ocurría en la terraza de la villa Aponte como siempre había sido y como seguiría siendo.

Que esa indiferencia no cambiara nada de lo que ocurría en la terraza era también, pensó Loretta mientras miraba las velas consumirse con esa lentitud de las cosas que tienen combustible suficiente para el tiempo que necesitan, exactamente como debía ser.

Las cosas que importan no necesitan que el mundo las note para importar.

Solo necesitan las personas correctas en el lugar correcto en el momento correcto.

El resto, como siempre había dicho la Signora Alexa, era saber cuándo estarlo.

EPÍLOGO

Piero y la galería de arte

Florencia, seis meses después

El notario Matteo Ricci recibió a Piero Castellani en su despacho de la Via dei Tornabuoni un miércoles de mayo con la puntualidad que era su marca personal y con los documentos ya preparados sobre el escritorio porque era ese tipo de notario: el que no hace esperar a nadie por razones de protocolo cuando el trabajo puede estar listo antes de que el cliente llegue.

La transferencia de la casa de descanso de Enzo en Suiza, que técnicamente había ocurrido en octubre cuando se firmaron los primeros documentos, adquiría en esa mañana de mayo su forma definitiva con los últimos trámites que los procesos inmobiliarios transfronterizos requerían y

que habían tardado seis meses en completarse porque eso era lo que tardaban y porque ninguno de los dos propietarios involucrados había tenido ninguna razón para apresurarse.

Piero firmó con la misma pluma que había usado en octubre. El notario Ricci selló, fechó, archivó. Le entregó a Piero su copia con la sobriedad profesional de quien ha realizado esta tarea miles de veces y que sabe que la solemnidad innecesaria no añade nada al valor de lo que se formaliza.

—¿Alguna observación? —dijo el notario Ricci, con la fórmula de cierre.

—Ninguna —dijo Piero.

Salió a la Via dei Tornabuoni con la carpeta bajo el brazo y el sol de mayo sobre Florencia que era el sol de mayo sobre Florencia: generoso, directo, con esa calidad de la primavera avanzada que hace que todo parezca más real que en invierno porque la luz tiene más horas para revelarlo.

Caminó hasta la galería de la Via dei Servi, que seguía siendo la galería de la Via dei Servi con la Signora Alexa adentro revisando el catálogo de la exposición de junio con la meticulosidad que dedicaba a todo lo que consideraba que merecía meticulosidad, que era todo.

Lo recibió con el café de siempre y sin preguntas sobre la carpeta, porque la Signora Alexa era de las personas que entendían que las cosas se cuentan cuando se está listo para contarlas y que preguntar antes no acelera ese proceso sino que lo complica.

Piero tomó el café. Miró la galería con la mirada del propietario, que era una mirada que tenía ya desde hacía años aunque solo en los últimos meses hubiera empezado a ser también la mirada de alguien que la mira sabiendo que detrás de ella hay una historia que va más allá del inventario.

—¿Y bien? —dijo la Signora Alexa, cuando el silencio había durado lo suficiente.

—Y bien —dijo Piero—. Ya es completamente mía. Las dos.

—¿Y cómo se siente?

Piero consideró la pregunta con la honestidad que la Signora Alexa merecía y que él había aprendido, en los meses de relación que habían construido al margen de la historia principal pero que era en sí misma una historia propia, que era la única manera de responderle.

—Como alguien que ganó lo que apostó —dijo—. Y que al mismo tiempo sabe que lo que ganó no es lo más valioso de lo que la apuesta produjo.

—¿Qué es lo más valioso?

—Que funcionó —dijo Piero—. De la manera correcta. Que Loretta se enamoró de Enzo siendo Loretta, y que Enzo se enamoró de Loretta siendo Enzo. Sin que ninguno de los dos tuviera que ser otra cosa de lo que era. —Una pausa—. Eso no tiene título de propiedad.

La Signora Alexa lo miró durante un momento con esa atención que merecían las cosas que eran verdad de una manera que superaba su formulación.

—No —dijo—. No lo tiene.

—Y aun así —dijo Piero— es lo que yo me llevo de esto. La casa y la galería son consecuencias. Lo que ocurrió entre ellos es la cosa misma.

La Signora Alexa tomó su café.

—Piero —dijo.

—Signora.

—¿Usted es feliz?

Era la pregunta que nadie le había hecho directamente en los seis meses anteriores porque nadie había considerado que correspondía hacérsela, y que la Signora Alexa le hacía ahora con la naturalidad de quien considera que las preguntas que corresponden se hacen cuando corresponden independientemente de si alguien más las haría.

Piero la pensó durante un momento real.

—Más que antes —dijo—. Que no es lo mismo que completamente, pero es una dirección.

—Las direcciones son lo que importa —dijo la Signora Alexa—. Los destinos llegan solos si la dirección es correcta.

Piero asintió.

—¿Y la acuarela? —dijo, mirando el espacio de la pared donde la acuarela del golfo de Nápoles había estado hasta hacía tres semanas.

—La recogió Enzo en marzo —dijo la Signora Alexa—. La colgaron en la biblioteca de la villa. Me mandó una fotografía.

—¿En qué pared?

—Frente al sillón de lectura —dijo la Signora Alexa—. Donde él se sienta cuando lee.

—Para verla —dijo Piero.

—Para verla —confirmó la Signora Alexa—. Aunque creo que ya no la ve mucho porque hay algo más interesante en la misma dirección.

Piero sonrió con algo en la cara que era difícil de clasificar pero que la Signora Alexa, que llevaba suficiente tiempo observando personas como para reconocer los estados emocionales complejos, identificó como la mezcla específica de satisfacción genuina y añoranza de algo que uno no tiene pero que se alegra de que exista, que era uno de los estados más honrados disponibles para una persona que había organizado la felicidad de otros desde la posición del arquitecto que no habita lo que construye.

En Nápoles, en ese mismo momento de mayo, la villa Aponte tenía las ventanas abiertas por primera vez desde el otoño porque mayo en Nápoles era la estación en que las ventanas debían estar abiertas, según una ley

que Carlo enunciaba cada año en esta fecha con la solemnidad de quien enuncia algo que no requiere argumentación pero que merece ser dicho de todas formas.

Enzo estaba en el estudio con las llamadas de la mañana que ya no duraban lo que duraban antes porque había aprendido, en los meses transcurridos desde el martes en que el año del contrato terminó, que las cosas que se hacen bien en dos horas no mejoran si se hacen en cuatro, y que las horas que se liberan así tienen usos que la agenda anterior no había considerado porque no había tenido razón para considerarlos.

Loretta estaba en el jardín con Carlo, que le había enseñado en los últimos meses lo suficiente sobre los olivos como para que ella pudiera distinguir los que necesitaban atención de los que simplemente necesitaban tiempo, que era la distinción más importante en el cuidado de los olivos y también, como Carlo señalaba ocasionalmente con la filosofía botánica que le era propia, en el cuidado de la mayoría de las cosas que merecían cuidado.

Giuseppina observó desde el corredor que Loretta estaba en el jardín y que el jardín la tenía con esa postura de quien está en un lugar que reconoce como propio, y siguió con sus asuntos con la satisfacción tranquila de los dieciocho años que habían producido exactamente lo que merecían producir.

María dobló sábanas en el piso de arriba con la velocidad de quien ha aprendido a doblarlas bien y que por tanto ya no necesita ser cuidadosa sino simplemente eficiente, y de vez en cuando miraba por la ventana el jardín con la expresión de quien todavía encuentra en lo que ve algo que la hace sonreír aunque ya no sea la primera vez que lo ve.

Armando preparó el almuerzo del martes con los ingredientes del mercado del lunes, que eran buenos ingredientes de un lunes ordinario, y los preparó con la misma concentración con que habría preparado los de una ocasión especial porque había llegado a la conclusión, en algún momento de los últimos meses, de que la diferencia entre un martes ordinario y una ocasión especial dependía más de quien cocinaba que de lo que cocinaba, y que por tanto la distinción era menos útil de lo que había creído durante doce años.

Stefano limpió el coche aunque no hubiera ningún viaje previsto para esa tarde, que era su manera de decir sin decirlo que la villa estaba en orden y que si surgía algo él estaba listo, que era la forma en que Stefano comunicaba la mayoría de las cosas que merecían ser comunicadas.

Y en algún momento de esa mañana de mayo con las ventanas abiertas y el olor del jardín llegando a los interiores con esa calidad específica de los meses en que la naturaleza recuerda que existe, Enzo terminó su última llamada de la mañana, bajó del estudio, cruzó la terraza y llegó al jardín donde Loretta y Carlo estaban evaluando el estado de uno de los olivos más jóvenes con la seriedad que el olivo merecía.

Carlo los vio llegar y recordó de pronto que tenía algo que revisar en el sector norte del jardín, que estaba exactamente en la dirección opuesta a

donde estaban los otros dos, y se fue hacia allí con la prontitud discreta del que tiene una tarea urgente y la habilidad específica de que esa tarea siempre aparece en el momento oportuno.

—¿Cómo está? —dijo Enzo, mirando el olivo.

—Bien —dijo Loretta—. Carlo dice que en dos años dará aceitunas.

—¿Dos años?

—Los olivos no tienen prisa —dijo Loretta—. Es una de sus mejores cualidades.

—Carlo lo dice cada semana —dijo Enzo.

—Porque cada semana es verdad —dijo Loretta.

Enzo miró el olivo durante un momento. Luego miró a Loretta con la atención completa que le dedicaba a las cosas que importaban, que en los últimos meses había aprendido que era la misma que había estado disponible siempre pero que antes no encontraba el objeto correcto para ejercerla.

—¿Sabes lo que le dijo Piero a Edoardo en Antibes cuando le preguntó qué apostaba? —dijo Enzo.

—¿Qué le dijo?

—Que apostaba en algo real —dijo Enzo—. Que eso no era apostar sino invertir.

—¿Y?

—Y que tenía razón —dijo Enzo—. Pero que lo que ganó no es la casa ni la galería.

—¿Qué ganó?

—Haber tenido razón —dijo Enzo—. Que para Piero es considerablemente más valioso que cualquier propiedad.

Loretta lo miró durante un segundo.

—¿Y tú? —dijo—. ¿Qué ganaste tú?

Era la pregunta que nadie le había hecho todavía en esos términos, quizás porque la respuesta parecía obvia, pero que al ser formulada producía en Enzo el efecto de las preguntas cuya respuesta uno conoce y que sin embargo al decirla en voz alta adquiere un peso diferente de cuando existe únicamente en el pensamiento.

—Descubrí que me había equivocado en algo que daba por cierto —dijo Enzo—. Y que eso, descubrir que uno estaba equivocado, es el mejor resultado posible cuando la cosa en que uno estaba equivocado es lo suficientemente importante.

—¿Y la casa de Suiza?

—Era una casa de descanso —dijo Enzo—. Ahora tengo Positano. Y Positano ya no está cerrada.

Loretta lo miró con esa sonrisa que tenía para las cosas exactas.

—Positano ya no está cerrada —repitió.

—No —dijo Enzo—. Y en septiembre volvemos.

—¿Con tormenta o sin tormenta?

—Con lo que toque —dijo Enzo—. Las tormentas en la Amalfitana tienen sus propios planes y no consultan los nuestros.

—No —dijo Loretta—. Pero saben dónde están las velas.

Enzo la miró durante un momento.

—Sí —dijo—. Eso también.

Carlo apareció desde el sector norte con la cara del que ha terminado lo que tenía que revisar y que por tanto puede volver a donde estaba, y evaluó el estado del olivo joven con la mirada experta de los veinte años y llegó a la conclusión de que en dos años daría aceitunas, lo cual era exactamente lo que había dicho la semana anterior y lo que diría la semana siguiente, porque los olivos no tenían prisa y él tampoco cuando se trataba de las cosas que merecían esperar su tiempo.

En Florencia, Piero salió de la galería de la Via dei Servi a las doce y media con la carpeta del notario bajo el brazo y el sol de mayo sobre los tejados rojos y el Arno brillando al fondo entre los puentes con esa calidad de los ríos que llevan siglos siendo parte de una ciudad y que por tanto la reflejan de maneras que ningún espejo artificial podría replicar.

Llamó a Enzo desde la calle.

—Piero —dijo Enzo, que estaba en el jardín con Loretta y el olivo y Carlo.

—Enzo —dijo Piero—. Todo firmado.

—Bien —dijo Enzo.

—¿Cómo estás?

—Bien —dijo Enzo—. Aquí en el jardín con Loretta y con Carlo evaluando si el olivo joven está en condiciones de dar aceitunas en dos años.

—¿Y está?

—Carlo dice que sí —dijo Enzo—. Carlo siempre dice que sí. La diferencia es que ahora lo creo.

Piero escuchó esto durante un segundo con la atención de quien reconoce en una frase pequeña el resumen de algo grande.

—Enzo —dijo.

—Sí.

—Me alegro —dijo Piero.

—Lo sé —dijo Enzo—. Gracias por haber apostado.

—Aposté en lo que merecía —dijo Piero—. El mérito es tuyo y de Loretta.

—Y tuyo —dijo Enzo—. No te quites el mérito de haber tenido razón.

—Una vez me dijiste que te lo permitías una sola vez.

—Te lo amplío —dijo Enzo—. Por esta vez.

Piero sonrió en la Via dei Servi de Florencia con el sol y los tejados y el Arno. Enzo sonrió en el jardín de la villa Aponte con los olivos y el golfo y Loretta que lo miraba con la expresión de quien ha escuchado suficiente para entender de qué era la conversación aunque solo hubiera escuchado la mitad.

—¿Era Piero? —dijo Loretta cuando Enzo colgó.

—Era Piero —confirmó Enzo—. Todo firmado.

—¿Y está bien?

—Está más que bien —dijo Enzo—. Está en la dirección correcta.

—¿Cuál dirección?

—La que lleva a donde debe llegar —dijo Enzo—. Que es lo único que importa de las direcciones.

Loretta lo miró durante un momento con esa atención que tenía para las cosas que eran exactas e inesperadas al mismo tiempo.

—Eso lo dijo mi madre.

—Lo sé —dijo Enzo—. Me lo dijo ella. En la cafetería de la Via dei Servi.

—¿Y lo recuerdas?

—Recuerdo todo lo que dice tu madre —dijo Enzo—. Es demasiado precisa para no recordarla.

Carlo tosió suavemente desde el lado del olivo joven con la delicadeza del que recuerda que existe sin interrumpir, y señaló hacia el sector sur del jardín con el gesto del que tiene algo concreto que mostrar y que puede esperar el tiempo que haga falta para mostrarlo pero que prefiere no esperar indefinidamente.

Fueron los tres hacia el sector sur con el sol de mayo sobre el jardín y el golfo abajo y el Vesubio al fondo y Nápoles extendida entre los dos siendo exactamente lo que siempre había sido.

Algunas historias terminan.

Esta había encontrado su forma.

Y la forma que había encontrado era, como todas las formas que merecen ser encontradas, suficientemente amplia para que todo lo que necesitaba caber en ella cupiera, y suficientemente propia para que nadie que la mirara desde afuera pudiera confundirla con ninguna otra.

Que eso fuera suficiente era, pensó Piero mientras caminaba por Florencia con la carpeta del notario y el sol de mayo, exactamente lo que una apuesta bien hecha merecía producir.

No la casa.

No la galería.

Eso.